



*Morriena Esstringana*

**EL YOUTUBER  
QUE ME ENAMORÓ**  
A CITY OF LOVE: VOL. 2

# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2019

© 2019 Moruena Estríngana

© de la cubierta: Borja Puig

Copyright © de las fotos de cubierta: shutterstock, Mathew Schwartz

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

© Ediciones Kiwi S.L.

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

## Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios,

eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 2](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 3](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 4](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 5](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 6](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 7](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 8](#)

[Claudia](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 9](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 10](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 11](#)

[Niccolo](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 12](#)

[Niccolo](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 13](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 14](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 15](#)

[Niccolo](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 16](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 17](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 18](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 19](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 20](#)

[Niccolo](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 21](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 22](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 23](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 24](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 25](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 26](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 27](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 28](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 29](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 30](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 31](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 32](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 33](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 34](#)

[Claudia](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 35](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 36](#)

[Claudia](#)

[Niccolo](#)

[Capítulo 37](#)

[Claudia](#)

[Niccolo](#)

[Claudia](#)

[Capítulo 38](#)

[Claudia](#)

[Epílogo](#)

[Niccolo](#)

[Tiramisú con canela](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

Dedicado a todas esas personas que creen en el amor a primera vista.

Yo he vivido dos veces ese flechazo: una con mi marido, ya que supe que era especial desde la primera vez que lo vi, y otra con mi hijo... Desde que lo arropé entre mis brazos, comprendí lo que es amar para siempre.

# Prólogo

—No lo vas a encontrar. —La madre de Niccolo miraba a su hijo de reojo mientras limpiaba los platos.

—No voy allí por eso —dijo, refiriéndose a la familia paterna que nunca había conocido. Quería creer que este viaje no tenía nada que ver con ellos, con su pasado.

—Entonces lo haces para huir de este trabajo que te amarga la vida. Yo te conozco mejor que nadie y veo la verdadera razón.

—Ese trabajo paga la casa en la que vivimos.

—Preferiría vivir bajo un puente a ver cómo te vendes. Ya te he dicho que podríamos apañárnoslas sin él.

Niccolo miró a su madre y vio la maleta en la puerta. Se iban a separar por unos días, algo habitual por su trabajo, pero, en esta ocasión, él viajaba por primera vez a la tierra natal de esta.

La miró, a la espera de un gesto de cariño por su parte, pero este no llegó. Expulsó el aire que retenía en su interior y se acercó a ella para darle un frío beso en la frente que le sabía a poco. Su madre no se volvió para verlo marchar... o eso creyó él porque cuando la puerta se cerró, la mujer dejó su vista fija en el lugar que había ocupado su hijo, rogando que todo le fuera bien.

Niccolo montó en su coche ajeno a todo esto. Su madre no era la única que se arrepentía del trabajo que ejercía; llevaba ya un tiempo que le asqueaba seguir en ese mundillo, y sus justificaciones de por qué lo hacía ya no le parecían suficientes. Lo que empezó como un juego se había transformado en su pesadilla personal, y, tal vez, tras este viaje tomaría decisiones que no iban a agradar a todo el mundo.

# Capítulo 1

## Claudia

Me bajo del avión en Ciampino, cerca de la ciudad que siempre he soñado visitar desde niña: Roma; y por eso la elegimos para nuestra luna de miel... A la que ahora vengo sola, tras cancelar mi boda con Eneko, mi actual ex.

Todo ha pasado lento y a la vez muy rápido.

El fin de semana pasado se hubiera celebrado nuestra boda. Todo estaba listo. Tenía todo preparado y mi vestido, a falta de unos retoques pequeños, era precioso.

Nada indicaba que la boda no se celebraría...

Entonces, una noche vi su verdadera cara y me pregunté con qué hombre me iba a casar. Lo peor: es como si lo mirara por primera vez en mucho tiempo y no lo reconociera ni me sintiera ya enamorada de él.

Estábamos cenando y empezamos a hablar con sus padres de cómo nos veíamos tras la boda. Él contestó por los dos sin dejarme intervenir a mí. Les dijo que yo me iba a pedir una excedencia en mi trabajo para ocuparme de los niños que íbamos a buscar en nuestra noche de bodas.

Sentí que me faltaba el aire y salté de inmediato con mi negativa. Me miró y me dio un apretón por debajo de la mesa como diciendo: «cállate».

Estaba sorprendida... molesta. Estar viviendo esa situación con la persona que se suponía que me conocía mejor que nadie, ya que llevábamos juntos desde el instituto, me dejaba desconcertada. Me pregunté en qué momento nos habíamos distanciado tanto hasta el punto de que él había cambiado sin yo darme cuenta.

La cena siguió y, cuando montamos en su coche al terminar, le comenté que solo tenía veintiocho años y que entre mis planes no entraba ser madre ahora que acababa de conseguir un puesto de trabajo en una escuela dando clases a tercero de primaria. Me había costado muchos años llegar hasta ahí y

encima mi puesto no era seguro, por lo que seguía estudiando para las oposiciones, para tener un puesto fijo, deseando conseguirlo tarde o temprano.

Se rio y me dijo que no iba a perder nada, que con su trabajo podíamos vivir de sobra sin que yo tuviera que trabajar; para él mi trabajo no era tan importante como el suyo, ya que era el jefe de una importante empresa.

En ese momento, lo miré a los ojos y le pregunté por mis aficiones, y, como yo temía, me mencionó las que tenía cuando éramos jóvenes y alocados, cuando solo existía nuestro primer y gran amor.

Hacía tiempo que mi prometido vivía para el trabajo, y yo lo justificaba todo porque era importante para él pero, sin darnos cuenta, seguíamos juntos por inercia y no por amor.

Lo más triste es que cuando le dije que lo nuestro no podía seguir así, y que tal vez deberíamos buscar ayuda en alguien entendido o empezar de cero para conocernos como las personas que éramos ahora, se rio y no hizo nada por luchar por mí. Me indicó que si no lo aceptaba como era ya sabía dónde estaba la puerta.

Tal vez creía que yo nunca cruzaría la línea...

Pero lo hice.

Me fui con lo justo, porque en el fondo esperaba que todo se arreglara, que regresara y me enamorara de nuevo como la primera vez. Quería sentir otra vez las mariposas del principio y ese loco amor de cuando eres una chica joven que cree en los amores para toda la vida.

Me ha costado ver que lo que hubo se enfrió hasta apagarse y extinguir las pocas ascuas que pudieran quedar.

Cancelamos la boda y pagamos todo a medias. Le di su parte del viaje y decidí venirme sola a la ciudad que siempre había querido visitar y, entendí, que no lo hice antes por él. Ahora soy consciente de que por mantener lo que ya no se sostenía de ninguna manera, me fui anulando hasta el punto de que ahora me cuesta recordar cómo soy en verdad sin él.

Por eso estoy aquí, para descubrirme y disfrutar; para vivir esta bella ciudad, disfrutar de su gente y sus monumentos. Pasear por la Roma antigua y la moderna, una ciudad que esconde en su nombre una palabra preciosa: amor; si la dices al revés; para reconstruir los pedazos que quedan de mí,

queriéndome más que nunca.

# Capítulo 2

## Claudia

Llego con el autobús que me trae del aeropuerto a la estación de tren. Por suerte, nos deja cerca y nos evitamos todo el trasiego de personas que hay por aquí a estas horas. Saco mi pequeña maleta y busco con mi móvil dónde está mi hotel. Ya comprobé desde mi casa, en España, que no quedaba muy lejos, pero, como soy tan mala para las distancias y los mapas, lo mismo me pierdo y doy mil vueltas.

Le pongo que me guíe hasta el hotel Exe Internacional Palace y, con una mano en el móvil y otra en la maleta, me marcho esperando no chocarme o no ser atropellada por algún vehículo.

Al final, doy una vuelta enorme pero llego sana y salva. Me encanta el hotel en cuanto lo veo, ya que es un palacio remodelado. Es más bonito que en las fotos y tiene ese toque antiguo que hace que me imagine viajando en el tiempo, creyendo que en vez de una chica del siglo XXI soy una dama del siglo pasado llegando con mi carruaje hasta la mismísima puerta.

Entro y voy hacia la recepción.

No he informado de que viajaba sola. No le importa a nadie que haya cancelado la boda y paso de que me miren con lástima.

El recepcionista me dice cuál es mi suite y me marcho hacia ella.

Entro y me encuentro enfrente con el aseo. Dejo la maleta y me pongo a cotillear la habitación.

Me encanta.

El cuarto es enorme y me han dejado una botella de champán enfriándose para celebrar la supuesta luna de miel.

La abro y le doy un gran trago a morro. No soy de beber mucho pero hoy me apetece hacerlo y brindar por mí, por la vida que me espera cuando regrese.

Me está costando mucho encontrar mi sitio porque, para bien o para

mal, me había acostumbrado a hacer que todo girara en torno a mi relación, pero no estoy aquí para pensar en ello. Estoy aquí para encontrar las tiritas que hagan de mi corazón uno lleno de remiendos, y porque sigo siendo esa niña soñadora que creía en el amor... No pienso dejar que el que está por venir pague los destrozos que dejó una tormenta pasada que ya no va a regresar a mi vida.

Es hora de mirar hacia el sol que se cuele por el horizonte.

Lo peor no fue dejarlo y descubrir cómo era, fue darme cuenta de que me dejaba llevar sin preguntarme con quién me iba a casar y por qué; si estaba enamorada o solo era comodidad.

Me doy una ducha rápida y me cambio de ropa para dar un paseo, sin importarme que esté anocheciendo. Ya he escrito a mi familia para decir que todo ha ido bien y les he mentado indicándoles que me quedaba en el hotel. Es más fácil explicar eso que contar a mis padres que he venido a Roma sin reglas y con la meta clara de dejarme llevar, hasta donde me lleven mis pasos.

Sin darme cuenta acabo cerca del monumento de Víctor Manuel II, aquí conocido como «el pastel de boda» por lo blanco que es, debido al mármol usado para su construcción, y que ahora está bien iluminado para que la noche no lo deje a oscuras.

Me parece increíblemente grande e impresionante.

Ando un poco por la zona y me encuentro con mis primeras ruinas. Es de noche y apenas se ve nada, pero sí lo suficiente para que sienta la emoción de estar viajando en el tiempo. Estoy deseando que amanezca y recorrer todos los lugares de la ciudad que soñaba visitar.

De camino al hotel, me paro en LasaGnaM, un lugar que llama mi atención porque es como si fuera un Burger pero, en vez de tener hamburguesas, lo que ofrecen como comida rápida son lasañas. Tienen también una gran variedad de dulces que llaman mi atención.

Regreso al hotel muy cansada, pero sin ganas de quedarme sola. Últimamente, cuando me meto en la cama y cierro los ojos, me invade la inseguridad, y el miedo, ya que me asusta no saber hacia dónde quiero dirigir mi futuro, uno que yo creía ya resuelto hacía tiempo. Pero, si soy sincera,

también me embarga la emoción de preguntarme hacia dónde me llevarán mis pasos y quién conseguirá enamorarme de nuevo. Creo en el amor, lo que conlleva que, aunque estemos llenos de golpes, busquemos remendar nuestro pequeño corazón.

# Capítulo 3

## Claudia

Me levanto temprano para bajar a desayunar e irme al Coliseo.

Estoy deseando verlo.

He dormido fatal y por eso en cuanto entro en el bufé, busco la cafeína como si fuera un vampiro tras sangre fresca. Me fijo de camino que el comedor está lleno y lo que más me gusta es que, por los acentos, se nota que hay personas de muchas partes del mundo unidas en este mismo lugar.

Veo una gofrera y, tras poner el café en una mesa, me acerco a ella para ver cómo hacerme uno. El primero se me sale un poco por los lados, es lo que tiene ser un poco torpe, y por eso el segundo acaba haciéndomelo el metre.

Le doy las gracias en inglés, recordando tarde que estoy en Italia. Tengo por defecto hablar en inglés para comunicarme con personas extranjeras y eso que es un idioma que casi no domino, pero el italiano menos; cuando me hablan entiendo un poco, sobre todo lo que se dice de manera similar en español, pero me cuesta bastante.

Termino de desayunar y salgo con mi móvil listo, y una pequeña mochila con provisiones para ver mi destino: el Coliseo.

Camino por la ciudad siguiendo las indicaciones del móvil. Me pierdo unas cuantas veces, pero, al final, lo veo a lo lejos y me quedo parada, sin palabras.

Es increíble.

Ando rápido hacia él y cuanto más me acerco, más impactada estoy.

¿Cómo es posible que aguante tras tantos años en pie?

Me parece espectacular, y me muero por adentrarme tras sus paredes.

Me sitúo cerca de él y hago cientos de fotos, además de varios selfies para mandárselos a la familia.

Busco un grupo que hable español para una visita guiada. Me acerco a

uno y me dicen que están llenos pero que pregunte en otro que hay un poco más lejos.

Al igual que en el primero, está lleno.

Miro a mi alrededor para ver si encuentro otro grupo en español, pero no lo veo y pienso si esperar a los siguientes horarios o entrar sola.

Estoy yendo hacia la taquilla cuando alguien me llama.

—Perdona... —Me giro y veo a un hombre moreno muy guapo sonreírme.

Me quedo observándolo como una tonta, ya que me cuesta apartar la mirada mientras se acerca. Tiene un hoyuelo en la cara, el pelo moreno le cae sobre al frente y sus ojos oscuros son de esos que atrapan en el brillo de su mirada todas las luces y colores dándoles vida. Va vestido con una chaqueta de cuero negra sobre un jersey gris y unos chinos oscuros.

Estoy impactada notando toda la sensualidad que mana de su cuerpo. Es la primera vez que siento un coletazo tan real, algo que, hasta ahora, pensaba que no existía... Tal vez porque al tener novio era de las tontas que pensaba, que por mirar a los chicos guapos, era infiel de alguna forma a mi pareja.

Me sonríe y pasa una mano por delante de mi cara, devolviéndome al presente.

Sin dudarlo, le doy un manotazo, notando que todo lo que he sentido acaba de desplomarse porque he visto que bajo esa perfección de cuerpo hay un idiota.

—Lo siento, pensaba que te había dado un aire.

—Y yo que tú eras un tío bueno que tenía sesos en el cerebro, pero se ve que los has quemado todos en el gimnasio.

Mi comentario le gusta. Lo puedo ver en sus ojos.

—Lo siento, de verdad pensaba que te pasaba algo.

—Ya claro, lo has hecho porque has visto que te devoraba con la mirada y has dicho voy a ir de listo dejándola mal.

—Empecemos de nuevo. —Me tiende una mano caballeroso.

—No quiero empezar nada contigo.

—Por favor, ya has conocido mi mayor defecto...

—¿El ir de sobrado?

—El saber lo que piensa la gente y anticiparme a veces siendo un poco

borde. Lo siento. —Parece sincero—. Me llamo Niccolo y he visto que buscabas un grupo para entrar a ver el Coliseo. —Señala a su amigo que anda con un móvil grabando o haciendo fotos. Se da cuenta y nos saluda—. Mi amigo y yo vamos a entrar, y he leído bastante sobre el Coliseo. Puedo hacerte de guía. No te cobro nada.

—No, gracias.

—Puedo comportarme como un casi caballero.

—Y yo como una princesa de esas que no besan sapos, y tú tienes pinta de ser uno muy gordo. Adiós.

Me voy hacia la taquilla y me sigue.

—Yo también voy a comprar entradas —se defiende.

Lo ignoro y voy a la taquilla a por mi entrada. Al final, por culpa de este chulito, la opción de buscar otro grupo la descarto porque lo que quiero es entrar y perderlo de vista. Una tarea difícil porque, al colocarme en la cola para entrar, él y su amigo se ponen cerca.

—¿Sabes de qué son tantos agujeros? —me pregunta Niccolo cerca del oído.

Me da un puñetero escalofrío por su aliento aterciopelado y su sensual voz susurrante que odio. Espero que comente algo de cómo reacciona mi cuerpo por su cercanía, pero esta vez se queda callado, evitando que me mortifique más por ser tan transparente.

—En la guerra se necesitó cobre y sacaron todo el metal que había dentro de las paredes del Coliseo. De ahí los agujeros. —Señala con la mano.

—Qué triste...

—Me has hablado.

—No me lo tengas en cuenta, sigo pasando de ti.

—Me lo merezco, pero soy muy cabezota.

—Bien por ti.

Tardamos un rato en entrar y para mi sorpresa no dice nada. Me giro y lo miro disimuladamente de reojo. Está contestando algo en el móvil. Su amigo no para de grabar o de hacer fotos, habla poco y me pone algo nerviosa. Se da cuenta de que lo miro y me sonrío. Es una sonrisa falsa. No es como la de Niccolo en la que, aunque se nota que tiene mucha cara, ves una pizca de dulzura en sus rasgos. En su amigo, no ves nada. Es escalofriante.

Me aparto todo lo que puedo de ellos y entro, por fin, al Coliseo.

Saco mi móvil y hago fotos. Me sorprende que esté tan oscuro por dentro, hasta que pienso en la cantidad de historias que hay atrapadas en las paredes de estos muros y que hablan del clima y la vida de esta ciudad.

Me da rabia mirar a mi alrededor y no entender lo que veo. No saber dar vida a la historia.

Veo una pareja dándose besos mientras se hacen un selfie con un palo y me quedo mirándolos, pensando en que podría haber sido así en mi luna de miel, si hubiera mirado hacia otro lado y me hubiera dejado anular... Pero un día la magia se hubiera ido y hubiera visto la realidad sobre la que se cimentaba nuestro matrimonio.

—Lo acabas de dejar con tu novio —dice el pesado de Niccolo a mi lado—. Eres muy expresiva y se nota que te duele mirar a la gente que se da arrumacos.

—¿Has pensado perderte por ahí?

—Sí, pero me intrigas y me das un poco de lástima con esa aura de soledad. Si me alejo de ti, temo que se te acerque algún buitro.

—El mayor de todos está a mi lado.

—Por eso mismo estoy cerca, así no vendrán más.

—¿Te soportas a ti mismo? —Se ríe y su risa me contagia.

—¡Te has reído! En el fondo, sabes que no soy mal tipo, que solo soy un poco...

—Creído.

—No soy creído. Sé que estoy muy bueno y que soy guapo, pero porque soy sincero y realista, no porque me lo tenga creído.

—Ahh..., claro. Si tú lo dices.

—¿Acaso tú no sabes que eres preciosa? Seguro que sí. No reconocerlo solo te hace ser tonta, porque nadie te tiene que mirar con mejores ojos que tú misma.

Lo dice de verdad y eso me gusta. Tal vez por eso, cuando empiezo a andar y me sigue, no le digo que se pierda, aceptando de alguna forma que me haga de guía.

Tiene toda la razón. Nadie te tiene que querer más que tú mismo, y yo me di cuenta tarde de que quería mucho más a mi ex que a mí misma. Le

permití que me hiciera sombra hasta que la suya casi se tragó mi persona... Soy consciente de que mi ex no tuvo la culpa, ya que con el paso del tiempo he aprendido a darme cuenta de que yo le di ese poder. Él no me lo pidió.

# Capítulo 4

## Claudia

—La Iglesia usó el Coliseo, cuando ya no se utilizaba para los espectáculos de gladiadores, como cantera y a esto le tienes que sumar los terremotos que han sacudido la ciudad. Es toda una proeza que siga en pie.

—Sí, es increíble y me alegro porque me encanta ser parte de esta historia viva.

—Ahora te voy a enseñar un lugar y después de esto seguro que aprecias más tu trabajo, sea el que sea.

—Me encanta mi trabajo.

—Suerte que tienes. Yo trabajo en lo que me ha salido, y no en lo que me gustaría.

—A ver, sorpréndeme.

Nos ponemos ante una sala y me dice que la mire. Es una sala alargada y no me dice mucho.

—Aquí estaban los servicios de la clase alta y, para que tuvieran el lugar calentito, cuando querían usarlo sus trabajadores se sentaban ahí.

—Vamos, que tenían un trabajo de mierda. —No puedo evitar señalar, haciéndole reír—. ¿Eso es cierto?

—¿Quieres saber la verdad? —me pregunta, apoyándose en una pared no muy lejos de mí.

—Claro, odio las mentiras.

—Es cierto que he leído algo sobre la historia del Coliseo y es la primera vez que visito Roma, pero no la primera que estoy en el Coliseo. Vine ayer con mi amigo y un grupo, y esto es lo que nos dijo la guía.

—Gracias por tu sinceridad.

—Y porque te estás ahorrando los quince euros que me cobró. —Asiento—. Tengo muy buena memoria y eso sumado a lo que he leído, te estoy haciendo una gran visita guiada.

—Eso te lo diré al final.

—Bien. —Se incorpora—. Sigamos.

La verdad es que lo explica todo muy bien, y me lo imagino como profesor de Historia... Uno de esos profesores que vuelven loca a media clase.

Cuando acabamos me coge del codo y me lleva hacia el Arco de Constantino.

—Cuando volvían tras una guerra, les construían un arco en el que contaban sus proezas —me dice, mientras pisamos el auténtico suelo de esa época.

—Qué triste que se hicieran monumentos por las guerras, donde moría tanta gente inocente.

—Sí. Y si este sigue en pie, fue porque Constantino legalizó la Iglesia cristiana en Roma, evitando que la Iglesia lo saqueara para robar el mármol. Otra vez palabras de la guía... Lo primero sí sé que es verdad. Lo otro, no sé si es la razón por la que sigue tan esplendoroso... —Se encoje de hombros y me guiña un ojo.

—Leí que al anfiteatro se le llama Coliseo por la enorme estatua que había de Nerón.

—Sí.

Seguimos andando hacia las ruinas y me cuenta varias cosas que captan mi atención, sobre todo una puerta que queda a unos tres metros del suelo porque decidieron excavar y se comprobó hasta dónde llegaba el suelo original.

Estoy encantada y Niccolo me lo cuenta todo de una forma que, si cierro los ojos, me puedo imaginar paseando por el foro romano lleno de gente que viene a comprar o pasear.

Se hace la hora de comer y Niccolo llama a su amigo para ver dónde se encuentra. Este le dice que se ha cansado y se ha ido a comer algo.

—Vaya amigo...

—Piensa que me hace un favor al dejarme a solas contigo.

Lo entiendo perfectamente y me sonrojo.

—Bueno, gracias por todo —le digo cortante.

—Nunca haría nada que no quisieras —me indica serio—. He leído que hay un sitio cerca que hacen muy ricas las pizzas. ¿Te animas? Luego me

puedes mandar a la mierda.

—Vale, pero solo porque me muero de hambre y no sé dónde ir.

Vamos no muy lejos, a una pizzería que se llama Wanted.

Nos ponen en una mesa y miro la carta.

—Si quieres te traduzco...

—¿Por qué das por hecho que no sé italiano?

—Ya te he dicho que me fijo mucho en la gente y no lo sabes — comenta seguro—. Como también sé que eres española.

—Es fácil, hasta la recepcionista me habló nada más verme en español.

—¿Y yo?

—Hablas el español sin acento pero te he escuchado hablar italiano a la perfección, con el chico que se acercó a preguntarte por unas ruinas. Y, si te miro bien, tienes rasgos italianos... Tal vez por eso se te acercaron.

—Mis padres son italianos, pero yo nací en España y siempre he hablado más en español que en la lengua de mis progenitores para mortificación de mi madre. —Al hablar de su madre, se le endulza la mirada. Se nota que la quiere.

Le digo lo que quiero y cuando viene el camarero pedimos.

—Una pizza de tono y ci... —Me pongo roja, Niccolo se ríe por lo bajini y mortificada digo el resto—... cipolla.

El camarero asiente tras tomar nota de mi pizza de atún y cebolla, y se marcha.

—Puedes decir polla —me pica.

—Tonto.

—O mejor me puedes decir tu nombre. Me lo merezco por haberte hecho de guía.

Lo pienso. Me gusta el misterio, que no sepa mucho de mí, pero decirle mi nombre, no hace que sepa más de mi persona.

—Claudia.

—Me gusta. Yo Niccolo y mis amigos me dicen Nic.

—Es bueno saberlo, pero nunca llegaremos a esa intimidad.

—Quién sabe... Lo mismo un día recordamos el Coliseo por ser el lugar donde nuestros caminos se cruzaron.

—¿Eso te funciona con otras? Porque conmigo, no.

Se ríe.

—No uso la labia para llevarme a una mujer a la cama. No soy un ligón.

—Ya claro...

—Es cierto. Me he acostado con alguna que otra mujer, tras dejarlo con mi exnovia con la que llevaba ocho años, pero no me gusta la frialdad que se queda cuando desaparece la pasión.

—No eres muy mayor. Debías llevar con ella desde la adolescencia.

—Treinta. Y tú casi los rondas...

—No sé si sentirme ofendida por parecer una treintañera.

—No lo hagas. Los años hay que lucirlos con orgullo... Por lo menos eso dice siempre mi madre.

—Mi padre piensa igual. —Miro hacia fuera y veo a su amigo paseando en la acera de enfrente—. Mira. —Señalo la calle—. Tu amigo.

Su amigo nos observa desde fuera.

—Ahora vengo. Le escribí para que viniera un momento. No tardo.

Asiento y espero.

Una parte de mí se pregunta qué hago aquí sentada, a la mesa con un extraño, alguien que seguro no quiere nada de mí, salvo ver si luego acabamos la visita en su hotel o en el mío.

Nunca he hecho algo así y tal vez por eso me aferro a esa pizca de miedo y deseo que anida en mi estómago. Una parte de mí quiere salir corriendo en busca de mi cordura y otra quiere volverse loca por unos días sin pensar en nada.

# Capítulo 5

## Niccolo

Regreso a la mesa y cuando veo que Claudia sigue ahí, juro que siento alivio. Temía que se hubiera ido. Sé que no sabe qué hace a mi lado, que se pregunta por qué no ha salido corriendo y se deja guiar por un extraño.

Cuando la vi sola buscando un guía, me fijé en ella. Esa aura de tristeza llama la atención. Sus ojos dorados con motitas verdes están tristes, pero se encienden con fuego cuando me pica y eso me tiene fascinado. Pocas mujeres siguen mi ritmo y no me miran como corderitos solo porque soy guapo, cosa que me aburre. Yo no pedí esta cara, pero sí he elegido cómo quiero ser. Aunque no me amarga que me digan guapo, disfruto más cuando la gente valora las cualidades que llevo ocultas. Sobre todo porque en mi trabajo lo que más se tiene en cuenta es mi cara y el morro que tengo por subir los vídeos que grabo.

Por la cara que puso cuando me vio, no me reconoció de las redes sociales. Me miró con deseo, pero no con reconocimiento.

Llego hasta ella y alza la mirada con una sonrisa.

Tras la visita al Coliseo creo que es muy interesante y que merece la pena conocerla. Además, por qué no admitirlo, también es tremendamente sexi, sobre todo porque no es consciente de todo el potencial que tiene.

—Sigues aquí —le digo al sentarme a su lado.

—Iba a irme pero... por alguna razón no lo hice.

En sus ojos veo pasar el deseo y las ganas de aferrarse a la locura que le hace no marcharse. Se nota que esto no lo ha hecho muchas veces y, por la cara de tristeza que le he visto al mirar a varias parejas, sé que hace poco que lo ha dejado con quien ocupara su corazón. He visto esa misma mirada al mirarme al espejo tras la ruptura con mi ex...

Nos traen la comida y Claudia mira extrañada su pizza.

—No tiene tomate. —Lo busca por debajo del queso como si estuviera

escondido cuando es evidente por lo blanco de la pizza que carece de este.

—Dale una oportunidad, a veces probar experiencias nuevas es bueno.

—Si lo dices por ti, aún no tengo claro que tras la comida te diga adiós y por la pizza... tengo hambre. Me comería cualquier cosa... Miento, prefiero quedarme con hambre que comerme algo que no me gusta. Me encanta comer.

—A mí también y cocinar. Mi madre me ha enseñado todo lo que sabe.

—Seguro que haces mucha dieta. Se nota que vas al gimnasio y seguro que tienes obsesión por la comida para coger volumen.

—Fui jugador de hockey hace años, antes de lesionarme. Cuando me recuperé, ya había pasado mi momento. Ahora entreno a dos equipos de niños y niñas pequeños. Son mi debilidad.

Me mira enternecida como ya suponía y no me gusta haber usado esto para hacer que piense que no soy mal tipo. Por una vez, se lo he dicho porque quería contarle algo más de mí. No como a otras chicas que sé qué decirles para que me hagan un poco de caso y sentirme menos solo, aunque luego yo fuera el que las dejara con la miel en los labios al perder las ganas de irme con ellas a la cama.

—Pero soy un entrenador horrible, no paro de exigirles —le digo la verdad—. Lo hago porque yo aprendí así. Aprendí que para ser el mejor, tienes que demostrar que cuando pierdas seguirás con fuerzas para levantarte y luchar por ganar el siguiente.

—Sí, pero en la vida no todo es rectitud. Deja que aprendan divirtiéndose y lo harán sin darse cuenta. Es lo bonito de enseñar.

—¿Eres maestra?

Agranda los ojos y eso confirma mis palabras.

—Tal vez es mejor que me vaya...

—Vale, no quieres que sepa de ti. Solo lo he sabido porque hablas con pasión de que los niños aprendan. Se nota que disfrutas haciéndolo. No confirmes nada si no quieres, pero al menos prueba tu pizza.

Asiente.

Tengo que recordar que cuando intuya algo, mejor callarme. Llevo toda la vida observando a la gente. De niño no hablaba mucho. No hablaba casi nada y, como mi madre tenía que llevarme a sus trabajos, observaba a la gente

sentado.

Era camarera y también trabajaba limpiando un teatro de mi pueblo. Allí aprendí a interpretar las emociones de las personas y, luego, cuando iba con ella a la cafetería, ponía en práctica lo que sabía y me empeñaba en descubrir la vida de las personas que se reunían allí. Muchas veces adivinaba pero otras no; aun así, me encantaba mirar a las personas y fijarme en todos los pequeños detalles.

Mi madre es una buena mujer, pero muy fría. Nunca le ha gustado abrazarme o darme cariño. Sé que me quiere, pero también que ella no deseaba un hijo y tuvo que cargar conmigo. Para que no me faltara nada, perdió su vida y su juventud.

Se lo debo todo.

Claudia mira la pizza y decide darle un bocado. Saborea la masa y todo lo que lleva, y noto como sus pupilas se agranda por la impresión.

Le gusta.

Saca la lengua y lame esos labios rojos del color de las fresas, que me he descubierto mirando más de una vez, preguntándome a qué sabrán sus sonrisas, si consigues atrapar una en el momento justo en el que los besas.

Me encanta la gente que es capaz de sonreír aunque sus ojos se inunden de lágrimas.

—Acabo de tener un orgasmo —me suelta dejándome impactado al principio, para a continuación no poder evitar reírme. Claudia se da cuenta de lo que ha dicho y se sonroja—. Tú ya me entiendas.

—Te entiendo. Acabas de tener un orgasmo conmigo...

—Contigo cerca, no porque tú me lo hayas proporcionado.

—Me da igual. Me ha gustado ser parte de tu placer —indico con toda la intención de excitarla y lo logro. Por eso aparta la mirada.

He iniciado un juego... Era algo que quería, pero ahora, al mirarla y ver lo que remueve en mi interior, no sé si estoy preparado para jugar... Quizás sería mejor abandonar la partida. Al fin y al cabo, ya lo dicen: una retirada a tiempo es una victoria.

# Capítulo 6

## Claudia

Disfruto de la comida aunque no hablamos de nada que no sea lo visto en el Coliseo. Me encanta la pizza. Mis amigas tienen la esperanza de que acabe aborreciéndola, para que deje de pedirla cuando nos vamos de cena, pero creo que va a ser muy complicado... O quizás sí, pero porque acabo de descubrir lo maravillosa que puede ser la original. No tiene nada que ver con lo probado con anterioridad.

Tras la comida salimos dando un paseo sin ningún rumbo fijado.

Pasamos por una cafetería que también tiene té y, tras decirle a Niccolo que no tardaré, entro a pedirme una de estas bebidas para llevar. Él entra tras de mí y se pide un café también para llevar.

Salimos con lo solicitado y seguimos andando, hasta que nos sentamos en un pequeño parque con nuestra bebida.

Me pregunto qué hago aquí, por qué sigo a su lado.

Lo miro... Se percata y me sonrío. Me encanta su hoyuelo y esa sonrisa que parece tan sincera.

—Así que te gusta el té.

—Me gusta mucho, sí. —Doy un trago a mi té y lo saboreo lentamente—. Hubo una época de mi vida en la que iba muy estresada. Justo al acabar la carrera y ver que ejercer de maestra no iba a ser tan fácil. Opositar es complicado y no todos entran. Empecé a buscar trabajo y no salía nada. Me agobié tanto que me acabó dando un ataque de ansiedad muy fuerte que me produjo pánico. Te juro que cuando salía a la calle pensaba que el suelo se abriría a mis pies y levantarme de la cama sin llorar era casi un mérito. —Sonrío—. Te preguntarás por qué te cuento esto y qué tiene que ver con el té.

—Me gusta que hables de lo que sea. Me encanta tu voz —dice sincero.

—Bueno, pues ahí estaba yo, que me costaba todo un mundo y se lo ocultaba a todos. A nadie le dije que tenía tanto pánico y lo mucho que me

aterraba salir a la calle y dar unos pocos pasos. Eso en parte me ayudó a pensar que cada día iba un poco mejor, porque la gente no me trataba de manera diferente y yo me hacía la fuerte. Entonces encontré una tetería y les pedí un té que me relajara, para que me ayudara a estar más tranquila, ya que no quería tomar medicamentos para eso. Me prepararon varias mezclas y me funcionaron. Tal vez, en verdad, no hicieron nada, pero yo creía que sí, y eso hacía que mi mente, cuando se lo tomaba, pensara de manera positiva y viera más próxima mi recuperación.

—¿Cómo lo superaste?

—Se pasó solo, porque me di cuenta de que para dejar de tener miedo tenía que pensar que no pasaba nada si me desmayaba, si me caía o si me ponía mal. Con el pensamiento de que iba a salir de ello, lograrlo, cada día iba un poco mejor. Al final, sin darme cuenta, se fue ese miedo y lo mejor de todo es que desde ese día disfruto con más intensidad de mi té, mis momentos de relax y de salir a la calle.

—Así que cuando te tomas un té, sientes que estás haciendo algo bueno por ti.

—Se puede decir que sí. Ahora lo uso para perder peso, ya que es depurativo. No veas cómo cuesta quitar los kilos de más.

—A mí me pasa algo así con el café. Me recuerda a mi madre, a levantarme y verla con uno en la mano antes de irme con ella a trabajar. No me podía dejar en casa solo y siempre iba con ella cuando era pequeño. Al despertar, siempre tenía mi desayuno listo y su cafetera puesta. Era nuestro momento de paz antes de la rutina. —Huele su café y sonrío—. Mi madre compraba café italiano y sé que lo era porque le recordaba a su casa.

—Seguramente. A mí el café también me recuerda a mi padre. Cuando me levantaba ya olía la casa a café recién hecho. Aunque creo que, a mí parecer, huele mejor de lo que sabe.

—Está delicioso. —Le da un trago con esos labios que aunque no quiera no puedo dejar de mirar.

—No está mal, pero a veces me gusta más lo que siento al olerlo que al beberlo.

Asiente.

—Ahora que me has contado más cosas de ti... ¿Te gusta el cine? A mí

me encanta ir y sobre todo en el estreno, para que nadie me fastidie la película con los spoilers. En las redes sociales, se suelen filtrar cientos de cosas y no lo soporto.

Me río.

—Me encanta el cine, pero no me disgustan los spoilers. Me gusta ir al cine y las palomitas con chocolate...

—¿Con chocolate?

—Sí, un poco de chocolate y cuando se mezcla con la sal de las palomitas... Delicioso.

—Ya lo veo. —Me mira fijamente y se me cierra la boca del estómago por la intensidad de sus ojos. Me muerdo el labio y veo como sigue mis movimientos, obligándome a apartar la mirada agitada.

—Lo probaré... —Por su forma de decirlo no sé si refiere a las palomitas o a mis labios.

—Como te decía... —Doy un trago a mi té—. Me gusta el cine pero también las series. Soy de las que como empiece un episodio y me guste, no paro hasta fundirme toda la serie.

—A mí me pasa igual, y con los libros más de lo mismo.

Me quedo mirándolo porque me siento cómoda a su lado. Demasiado... Aunque solo hace unas horas que lo conozco, tengo la sensación de que estamos juntos desde hace toda una vida.

Termino mi té y tiro el vaso en una papelera. Niccolo me observa, tal vez esperando mi próximo movimiento.

—¿Andamos un poco?

Asiento y lo sigo por las calles de Roma que son testigos de cómo me dejo llevar por un atractivo hombre.

# Capítulo 7

## Claudia

Me siento bien, muy bien y no quiero que este paseo acabe.

Un ciclista pasa a toda velocidad por nuestro lado y Niccolo me coge atrayéndome hacia él para que no me dé. Mis manos se posan en su duro pecho y siento un cosquilleo en la yema de mis dedos por mi deseo de tocarlo todavía más.

No lo hago.

Cierro los ojos y su perfume nubla mis sentidos. Me encanta como huele.

«¿Qué estoy haciendo?».

—¿Vamos a la Plaza de España? —sugiere, soltándose y alejándose un poco con una sonrisa ladeada—. Todavía no la he visto. Ayer solo visité el Coliseo y quise repetir:

—No sé si...

Noto un nudo de nervios en el estómago. Lo debería dejar aquí y seguir mi camino. Es lo mejor:

—No voy a insistir pero siento que si me dejas ir, nuestros caminos se van a cruzar de nuevo.

—Lo dudo mucho... —Sonrío y a Niccolo le cambia la cara. Creo que ha adivinado lo que voy a decir—. Dejemos que haga de las tuyas tu amigo el destino. Si nos encontramos de nuevo, no me cuestionaré el seguir visitando Roma contigo... Claro, siempre que a ti te apetezca.

—¿De verdad quieres dejar tus decisiones la destino? ¿No te gusta más el poder de elección, de decidir qué quieres? Recuerda que el destino es jugueteón y puede que pases de no ver nunca a una persona, a encontrártela cada vez que sales a la calle.

—Es imposible que nos veamos de nuevo. En el fondo, espero que no pase y así seguir siendo yo.

—¿Y no lo eres a mi lado? Explícame eso.

—¿No eras tan listo?

—Sé que lo has dejado hace poco con quien era tu pareja y, tal vez, llevabais muchos años... Yo sería el primer tío con el que estarías que no es tu pareja. —Mi mirada confirma sus sospechas—. Pero no entiendo por qué a mi lado no puedes ser tú misma. Yo nunca te pediría ser otra persona. No te conozco y puedes ser quien más te apetezca de todas las versiones de ti misma que existen, pero, si me dejas elegir, me gustaría que simplemente te dejaras llevar.

Alza la mano y me acaricia la mejilla. Noto como se me cierra la boca del estómago y como mi respiración se acelera. Cierro los ojos cuando acaricia mis labios y su contacto me quema. Mi pecho baja y sube a la espera de más...

Deseo más...

Quiero más...

Me aparto asustada por este latigazo de deseo que nunca he experimentado y del que solo he escuchado hablar.

—Déjemoslo al destino —dice Niccolo—. Espero que esté de mi parte. Si no, ha sido un placer encontrarme contigo.

Asiento y me marchó no muy convencida. Me giro cuando he dado unos pasos y lo veo allí plantado mirándome con las manos en los bolsillos. Sé que me está diciendo que sea valiente y que no huya, pero lo hago porque tal vez soy una cobarde.

Me giro tras mirarlo una última vez y memorizando cada parte de su cuerpo para recordar a ese hombre que, sin conocerlo de nada, fue capaz de erizar cada milímetro de mi piel.

Sé que si no nos volvemos a ver, siempre recordaré este momento. Este acontecimiento tan extraño que, fuera de lugar, me ha hecho pensar por una milésima de segundo que los flechazos pueden existir.

Hay personas que no necesitan mirar más de una vez para sentir la conexión, que, con el primer contacto de sus ojos, sabes que desde el instante que lo viste, una chispa creció entre los dos, que o bien se extingue o sirve como mecha para algo mucho más grande.

Me monto en el metro y voy dirección a la plaza de España. Después de dar muchas vueltas con el mapa del metro en la mano, he acabado tomando esta dirección porque no era capaz de mirar o de pensar en otra.

Salgo y voy hacia la plaza, pensando que quizás me encuentre con Niccolo.

Llego y veo una gran cantidad de gente, lo que consigue desinflar mis esperanzas.

Es casi imposible que nos encontremos.

Me sentía feliz con mi decisión hasta que pensé que si huía de él, era por cobarde. Una vez más me salió esa vena responsable y buena que siempre he tenido. La que piensa en lo que debería hacer y no en lo que quiero hacer. Me salió esa maestra de niños que se supone que debe dar ejemplo...

Fue lo que colmó el vaso.

Soy una buena profesora pero lo que haga fuera del aula, a nadie le importa. Me pagan para dar clases, no para que toda mi vida se vea condicionada por ello, como si vivir haciendo lo que deseamos, fuera malo.

Por eso me sentí tonta por no haber aceptado su oferta. No hemos hablado de acostarnos, por mucho que el deseo esté presente cada vez que su mirada oscura se conecta con la mía. Pero, si pasara, no haría nada malo.

¿No dije que este viaje era para mí? Pues a dejarse llevar y a pensar menos.

Camino por la plaza y, aunque es preciosa, no soy capaz de fijarme en nada que no sea buscar en cada turista a Niccolo. Busco esa medio sonrisa o esa mirada tan penetrante que parece que sea capaz de colarse en tu alma hasta tus secretos más escondidos.

No lo encuentro y veo la preciosa fuente donde un hombre bebe agua. Me llama la atención que lo haga porque en mi mente esa agua no es potable.

Debo de estar equivocada.

Veo las escaleras que, si mal no leí, están formadas por ciento treinta y cinco escalones que se crearon para comunicar la embajada española, con la iglesia de Trinità dei Monti, y por eso se la conoce como plaza de España. La verdad es que esto lo vi en un capítulo de Mickey Mouse y los superpilotos con mi sobrino, e investigué en el móvil para comprobar que fuera cierta la historia que contaban en los dibujos. Si es que se dice que de todo se aprende,

hasta de los dibujos animados, por mucho que algunos padres no los aprecien.

Todo en pequeñas dosis puede ser educativo.

Hago el ánimo suficiente y subo todos los escalones parando varias veces. Seguro que Niccolo no me lo quiere poner fácil y está arriba del todo esperándome.

Llego a la cima faltándome el aire y lo busco.

Ha empezado a refrescar, ya que estamos a finales de marzo y el frío no se ha ido del todo. Meto las manos en los bolsillos de mi chaqueta y lo busco. No lo encuentro y aunque me quedo hasta que cae la noche, no aparece.

Bajo las escaleras, desanimada, sabiendo que la culpa de todo esto es mía. Niccolo tenía razón: al destino se le dejan solo las elecciones que no tenemos claras, no las que deseamos y hacen que lo desafemos.

Es tarde cuando regreso de camino al metro y vuelvo a mi hotel.

Esta noche, al irme a la cama por primera vez desde que rompí con mi ex, no pienso en él. No pienso en cómo me siento por la ruptura y solo me recrimino lo tonta que soy por pensar tanto en vez de dejarme llevar. Al fin y al cabo, esto solo es un paréntesis en mi vida, algo con fecha de caducidad.

Ahora ya es tarde para saber cómo hubiera sido todo, ya que dudo que el destino nos reúna de nuevo.

# Capítulo 8

## Claudia

Llego a la Fontana di Trevi cuando está a punto de atardecer. Quería verla en el momento indicado, con la mejor luz para disfrutar de esta fuente que tanto deseo ver.

Esta mañana regresé a la plaza de España y, tras no ver a Niccolo, decidí dejar mi búsqueda.

Ando entre la gente asombrada por lo bonita que es.

Parece mágica.

Había leído que la plaza donde se encuentra era más pequeña de lo esperado, pero a mí me parece perfecta. De esta manera, protege a su adorada fuente y parece más acogedora, rodeada de estas casas.

Me muevo entre la gente y hago cientos de fotos mientras el anaranjado atardecer da a la fuente un toque más mágico y místico. Pierdo la cuenta de las fotos que hago y mando al grupo de la familia.

Me acerco hacia la fuente y saco dos monedas, pues he leído que si lanzas dos, te aseguras un nuevo romance. La vida es para los que se arriesgan, para los que deciden vivir con fuerza y para los que no se preguntan por el tiempo en el que deberían suceder las cosas. Es para los que saben que solo hay una vida y hay que vivirla con fuerza.

Es lo que yo quiero hacer.

Lanzo una moneda y me giro para ver como cae. Sostengo la segunda moneda y, sintiéndome como una niña, la lanzo.

Sonrío aún con los ojos cerrados hasta que noto que alguien se pone ante mí y pone sus manos en mi cintura. Abro los ojos al tiempo que veo a Niccolo sonreírme antes de acercarse y darme un pico muy largo. De esos que te quitan el aliento y despiertan todos tus sentidos.

Noto el palpitar de mis venas en mi labio y cómo su beso me ha robado todas las palabras que se mueren por salir de mi boca.

Si no me he apartado, ha sido porque me siento más viva que nunca experimentando esta locura.

—Hola, preciosa. Te dije que el destino nos juntaría de nuevo.

Lo miro.

Está sonriente, seguro de sí mismo, y con esa aura del que siente que tiene todo bajo control. Su cercanía me gusta. Aunque noto que me quiero apartar, solo porque es lo que debería hacer, por lo que ignoro ese sentimiento y apoyo mis manos en su pecho.

—¿De verdad ha sido cosa del destino? Lo sigo dudando.

—No. —Sonríe y su hoyuelo se acentúa—. Supuse que vendrías a ver la Fontana di Trevi tarde o temprano. Además, mi hotel —señala uno que tenemos cerca—, tiene vistas a la plaza. He estado haciendo guardia.

—¿Por qué? —Recelo y me separo. Él no duda en dejarme ir.

—Más que nada para decir «te lo dije» —comenta sincero—. No me gusta dejar que el destino decida mis pasos. Me gusta ser dueño de mi vida en la medida de lo posible.

Asiento y recuerdo que yo también lo he buscado.

—¿Dónde vamos ahora? —pregunto.

—A disfrutar de este espectáculo para la vista.

Buscamos un sitio y nos sentamos juntos viendo como la fuente se ilumina. Es aún más bonita, si cabe, iluminada y, aunque hace algo de frío, ver esa agua tan azul, me dan ganas de meterme a nadar entre sus aguas.

—Dos monedas... ¿Quieres un nuevo amor?

—Pasar página, sí.

—Yo también tiré dos. Me gustaría volver a enamorarme aunque me da miedo —reconoce.

—A mí también —admito—. ¿Querías mucho a tu ex?

—¿Dónde está lo de no saber nada del otro?

—No voy a decirte donde vivo, ni mi apellido por si me buscas... Pero siempre viene bien hablar con un extraño y, tú y yo, es lo que somos.

Asiente y se queda mirando la fuente. Por un segundo creo que no va a decir nada hasta que empieza a hablar.

# Niccolo

—La quería mucho. Con ella supe lo que era estar enamorado de alguien y cuando la perdí... Me costaba ver mi futuro y no verla a ella. Me costó mucho eliminarla de mis deseos y de la vida que se formaba ante mí con los pasos que daba.

—Te entiendo... Este se supone que era mi viaje de novios. Estaba todo listo para casarnos, para seguir viviendo con mi primer novio y con el que deseaba envejecer. Ahora que no estamos juntos, me asusta el futuro incierto que veo ante mí.

—Sé lo que es eso, pero se supera aunque una parte de ti siempre será suya.

—Es posible. Cada día que pasa estoy menos enfadada con lo sucedido y aprendo a perdonarlo, o a perdonarnos. Yo no supe ver los cambios... Cuando vi que el hombre que era no me gustaba, lo dejé todo.

—Seguro que los veías, pero dejarte llevar era más fácil. Aceptarlos era tener que aceptar el final, y la comodidad nos tiene atrapados en una falsa realidad. Nuestra relación hacía tiempo estaba rota. Mañana se casa... El día que nosotros elegimos para casarnos hace tres años.

—¿En serio? —Asiento—. ¿Y no lo ha cambiado?

—No, ella quería una boda perfecta en una catedral importante de España. Nada de datos... —Asiento—. Lo quería preparar todo con tiempo. Por eso contratamos a una empresa de bodas que llevaban un par de hermanos. Empezó a interesarse mucho por todo lo relacionado con la boda... sin mí. Hasta que me confesó que se estaba viendo con uno de los hermanos, que se había enamorado de él sin poder evitarlo... Lo cancelamos todo o eso creía. Tiempo más tarde me enteré de que todos los planes de la boda seguían igual, pero había cambiado el nombre del novio. Es como si mi presencia nunca hubiera importado o yo solo fuera el enlace para que ella se encontrara con el amor de su vida. Nunca la he visto tan feliz como lo es a su lado y duele saber que por mucho que lo di todo por nosotros, nunca fue suficiente porque yo no era él.

—Lo siento... Por lo que dices crees que hay una persona destinada a

cada uno.

—Me gusta creerlo. —Le guiño un ojo—. Me miras sorprendida. Ya me estás juzgando. ¿Acaso los chicos sexis y guapos como yo no pueden soñar con encontrar a alguien que acepte todas sus rarezas? ¿El romanticismo es solo para mujeres?

—No. Lo siento. ¿Es cierta la historia o solo me la cuentas para acostarte conmigo?

Me pierdo en sus ojos ahora más oscuros que brillan por las luces de la fuente.

—Tristemente es la verdad. No la cuento mucho. Solo a las extrañas guapas con las que me reencuentro.

—¿Te avergüenzas de lo que te pasó?

—¿Te apetece cenar algo? —le pregunto queriendo cambiar de tema.

—Yo también lo hago. Sobre todo porque más de una vez he estado tentada de decirle que quería volver con él, para que todo siguiera igual... Lo más triste es que sé que no estoy enamorada de él... desde hace tiempo. El problema es que me gustaba ser parte de algo...

—Pero ese no es un problema porque ya eres parte de algo. Eres parte de ti misma. No necesitas a nadie para estar completa. Ya lo estás.

—¿Y entonces por qué buscas el amor?

—Por lo bonito que es sentir que una persona que puede estar en cualquier otro lugar, decide, por alguna extraña razón, permanecer a tu lado.

Me levanto y empiezo a andar queriéndome alejar un poco de ella, del deseo de abrirme a alguien que hasta hace unos días no sabía que existía.

Me giro a ver si me sigue. Sigue sentada sin dejar de mirarme, con dudas en sus ojos. Ha sabido ver que quería estar lejos.

Dudo pero le tiendo una mano que acepta.

Por alguna razón no puedo escapar de ella.

Hoy al menos no.

# Capítulo 9

## Claudia

Vamos a cenar a una pizzería que conoce porque fue donde comió cuando llegaron hace ya tres días su amigo y él. Su amigo está de turismo. Han venido juntos pero van por libre. No entiendo muy bien qué sentido tiene venir de viaje con un amigo y que cada uno haga sus planes. Cuando habla de él, noto que por su mirada pasa una oscuridad que me inquieta.

Me pido una pizza, como no, pero le digo que pienso quitarle un poco de su pasta y eso hago cuando se la traen a él primero.

—Si te tomas estas confianzas conociéndome solo de unos días, no quiero imaginar cómo sería estar a tu lado cuando tengamos cientos de batallitas a nuestras espaldas que contar. —Sonríe como si fuera un comentario sin importancia o como si eso pudiera pasar.

—Solo somos un par de extraños. No te olvides. —Le saco la lengua y sigo probando su pasta que está deliciosa.

Me traen mi pizza y, aunque está deliciosa, sigo recordando la de ayer. Me impactó su sabor y me prometo volver antes de irme.

De postre pedimos profiteroles con chocolate. Los he comido muchas veces en España pero la explosión de sabor que siento en mi boca, cuando la primera cucharada se adentra en mis papilas gustativas, me desarma y gimo sin poder evitarlo.

—¡Joder! —exclama Niccolo—. Creo que no me voy a poder levantar en un rato.

—Tonto. Está delicioso.

—No me he dado cuenta —dice con ironía.

—Me encanta comer, hasta un punto que a veces, cuanto termino de comer algo, estoy pensando en qué habrá para luego. Para que te hagas una idea, a veces sonrío al levantarme si sé que me espera un desayuno delicioso o algo de chocolate escondido en casa.

—No se nota por el tipo que tienes.

—Me toca estar a régimen cinco días a la semana y, luego, el fin de semana es todo mío para permitirme todos los placeres culinarios que me dé la gana. Imagínate como me pongo si la comida es un asco.

—Me lo puedo imaginar.

Niccolo coge un poco de postre que compartimos y se lo lleva hacia su boca. Antes de probarlo se lo piensa mejor y lo acerca a la mía. Yo no dudo en coger el delicioso bocado y lo saboreo. Lo miro a los ojos y los veo muy cerca porque ahora son sus labios los que se han cambiado por el chocolate.

Me besa con dulzura, algo para lo que no estaba preparada, y me muerde el labio con deseo al acabar, atrapando en ese punto cientos de escalofríos. Debe de saberlo porque regresa a ese punto ligeramente lastimado y me besa levemente.

—Me encantas. No escondes nada de lo que sientes. Te han tenido que hacer mucho daño por eso mismo —añade, haciendo que mi felicidad se chafe un poco al recordar cómo la gente es capaz de tratar de herir a los que, como yo, somos un libro abierto.

—Tal vez, pero me gusta sonreír al recordar que yo soy mejor que todos aquellos que me han hecho daño porque no me enorgullezco de herir a la gente.

—Tienes suerte de pensar así. Yo no deajo que nadie sepa lo que pienso.

—Pues yo veo claramente en tus ojos que te mueres por verme desnuda, así que piénsate bien eso de que ocultas lo que piensas.

Se ríe y hace que yo me ría con él. Lo de decir lo que pienso me ha metido en muchos problemas porque, al contrario que otras personas, no sé mentir o esconder las cosas. Se me da fatal guardar un regalo y esperar pacientemente a que se lleven una sorpresa. Soy de las que los compra el día señalado para no estropearla porque me encanta ver la cara de emoción cuando lo destapan y no puedo aguantar. Tampoco me gusta hablar con alguien y saber que tengo un secreto por mucho que sea un regalo... Soy amante de los spoilers y no me gusta tener que callarme en el final de una peli porque a la gente no le gustan como a mí. Lo termino haciendo pero estoy deseando que la vea por si se me escapa y les molesto. Tampoco soy de dar mil vueltas a algo; si alguien me pide perdón y he decidido perdonarlo, no

ahondo más en el tema. Lo perdono y punto.

Niccolo no dice nada, solo coge un poco de postre y lo degusta sin comentar nada de lo hablado. Tal vez he ido de lista o... he leído mal las señales. ¿Y si me pide ir a su hotel? ¿Es lo que quiero?

—¿No vas a comerte más? —me pregunta cambiando de tema.

Niego con la cabeza. Tengo el estómago cerrado. Observo como Niccolo no dice nada cuando se levanta y me indica sin más que ahora regresa.

Cuando lo hace, coge su chaqueta.

—¿Nos vamos?

—Hay que pagar...

—Hoy invito yo. Otro día dejo que lo hagas tú.

—Otro día... Das por hecho que quedaremos más veces.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Dentro de una semana sale mi avión de vuelta a España.

Sonríe. Hoy es viernes y quedan todavía siete días para seguir explorando Roma.

—Sale el mismo día que el mío. Lo mismo hasta viajamos en el mismo avión de vuelta a Madrid.

—Puede ser el que va a Valencia o a Alicante...

—Puede... pero te delatas. He acertado. Viajas a Madrid.

—No vivo allí por si te da por pensar que sí. Sigo diciendo que tal vez te equivocas.

Me pongo mi chaqueta y salgo hacia la noche; él me sigue.

—Te lo he preguntado porque quiero pasar juntos todos esos días.

—A ver cómo te portas. Lo mismo me canso antes de ti.

—Es posible. —Sonríe y se queda quieto—. ¿En qué hotel estás alojada? Por acompañarte...

Noto como mis ilusiones de pasar la noche con él se van a la mierda. Me quedo algo chafada y me siento tonta por haber pensado que ocurriría. Ahora, por lo menos, tengo la respuesta a mi pregunta, a si quería tener sexo con él.

Se lo digo y saca su iPhone para meter la dirección. Se ve immaculado, no como mi Note 8 que tiene un sinfín de rayajos. Ve donde está y, tras estudiar el mapa, lo guarda en el bolsillo.

—¿No vas a mirarlo más? —le pregunto cuando compruebo que, pasados unos minutos, anda como si se conociera esa ciudad—. Yo he tenido que sacar mi móvil cientos de veces de camino aquí.

—Tu hotel está en una de las calles más populares. He pasado por ella varias veces y sé ir desde aquí.

Asiento y sigo sin comentar nada mientras nos adentramos por la ciudad.

Me fijo en las calles iluminadas por la luz anaranjada que tan poco me gusta, pero, que reconozco, que le queda tan bien ya que parece sacada de un cuento de hadas.

Llegamos a mi hotel y estoy decidida a despedirme sin meter de nuevo la pata.

—Nos vemos...

—¿No quieres quedar para mañana? —Parece divertido.

—No me gusta quedar con personas que son tan raras como tú.

—Preguntaba cuánto tardarías en decirme lo que pasa por tu cabecita. Y tienes razón, no sé ocultar lo mucho que me muero por tenerte desnuda y besar cada parte de tu cuerpo hasta descubrir tus zonas más erógenas y poder deleitarme con ellas con tranquilidad. —Acaricia mi mejilla. Me cuesta tragar—. ¿Puedo subir a tu cuarto?

—Espera que piense... Tenía cosas que hacer...

—Tal vez esto te convenza.

No hace falta que me convenza pero aun así se acerca y me besa esta vez con deseo, cogiéndome de la cintura y acercándose a él hasta que mi cuerpo se amolda al suyo siendo muy consciente de como el calor pasa de un cuerpo a otro.

—Ya estaba convencida —digo cuando se separa un segundo.

Me mira. Hay mucha intensidad en su mirada, demasiada para ser solo dos extraños que se acaban de conocer.

Me separo y tiro de su mano para dejar de pensar, dejar las dudas en la puerta de este maravilloso palacio reconvertido en hotel.

# Capítulo 10

## Claudia

La puerta de mi cuarto se cierra y me apoyo en ella mirando a Niccolo. Se quita la chaqueta y la apoya sobre una silla sin dejar de mirarme. Luego se desabrocha los botones de los puños de la camisa y, solo entonces, me tiende una mano para que vaya a su lado.

Yo esperaba que este cuarto fuera testigo de mi piel desnuda siendo amada por un hombre, pero en mi mente iba a ser mi marido, no un amante que hasta hace tres días no sabía que existía.

Creí que iba a ser de esas mujeres que solo hacían el amor con una persona y ahora me veo aceptando los cambios.

Ando hacia él, sabiendo que cada paso que nos acerca, más me aleja de mi ex, cerrando así con ello ese capítulo de mi vida que siempre creí que sería un para siempre y no un punto y final.

Me quito la chaqueta y las botas.

Ando hacia él y cojo su mano.

No habla pero sé que ha visto mis dudas y mi miedo, y por eso me deja que sea dueña de los pasos que damos.

Alzo la mano y acaricio su mejilla ya con la barba incipiente que le da ese toque tan sexi. Sigo mi escrutinio y bajo mi mano a su cuello. Paso las yemas de mis dedos por sus venas notando como palpitan con mi contacto. Llevo la mano hasta los botones de su camisa y se los abro uno a uno.

Su piel se eriza conforme se va quedando desnuda, expuesta a mis deseos.

Hace mucho tiempo que no me tomaba tiempo para disfrutar del acto sexual; la monotonía hacía de este intercambio algo tan cotidiano como un saludo. Es triste que sin darnos cuenta el deseo siguiera latiendo con fuerza pero nos conformáramos aunque yo deseaba más. Fue mi culpa por no decir lo que quería... No puedo culparlo a él. Esta noche no soy de nadie, solo de

mis deseos.

Le quito el último botón y observo su cuerpo. Está marcado pero no hinchado. Me encanta.

Llevo mis dedos hasta su tableta y la disfruto tanto o más que el dulce de antes.

Lo miro a los ojos antes de acercar mis labios y besar cada ángulo de su anatomía. Me encanta ver como con cada beso su respiración se acelera más y más.

Le quito la camisa del todo antes de alzarme y buscar su boca.

Niccolo me corresponde al beso como si lleváramos toda la vida haciendo esto. Estamos sincronizados y casi abrimos la boca al mismo tiempo para que nuestras lenguas se saluden.

Niccolo baja sus manos a mis glúteos y me alza haciendo que mis piernas se enreden en su cintura. Me agarro a su cuello. Tiro de su pelo y devoro su boca.

Quiero más.

Estoy ardiendo y necesito sentir su piel acariciar la mía.

Me tira sobre la cama y sonrío antes de tirar de mi camiseta para que la prenda deje de interponerse entre los dos.

Le ayudo a quitármela, al igual que mis vaqueros.

Me mira solo vestida con mi ropa interior de color azul oscuro de encaje. Noto como le gusta y me hace sentir coqueta.

Me pongo de rodillas y llevo mi mano a su cintura. Se la desabrocho y bajo sus vaqueros. Luce un bóxer Calvin Klein negro que en su cuerpo me parece tremendamente sexi pese a lo sencillo que es.

Se aparta para quitárselos y busca un preservativo en su cartera. Lo deja a mi lado en la cama y busca otra vez mi boca mientras su cuerpo se cierne sobre el mío como un depredador.

Noto como todo mi ser palpita ante su contacto. Cuando su piel se pierde entre la mía no puedo evitar gemir de placer. Me remuevo para acariciar con mi cuerpo el suyo.

Aprieta la boca, está tenso.

Alza mis manos sobre mi cabeza un segundo antes de besarme de nuevo. Con la mano libre busca el cierre de mi sujetador y lo abre con

facilidad. Busca mis pechos que ya están duros, ávidos de su contacto. Me los acaricia mientras su lengua hace que me olvide hasta de mi nombre. Me muerde levemente el labio antes de dejar un reguero de besos por mi cuello y pequeños mordiscos que solo hacen excitarme más.

Lleva sus labios hasta mis endurecidos pezones y mima uno, para pasar al otro a continuación.

Mis manos, ya sueltas, se enredan entre su pelo oscuro. Tiro de él mientras gimo y me retuerzo.

Para y juro que si no lo llega a hacer me hubiera corrido sin que me hubiera tocado ese punto en el que están todos mis nervios concentrados ahora mismo.

Me quita las braguitas mientras no pierdo detalle de su cuerpo. Todo en él está muy bien proporcionado. Coge el preservativo y se lo pone ante mi atenta mirada.

Sé que me está dando la posibilidad de negarme. De cambiar de idea aunque es evidente que me desea.

Me sitúo en el centro de la cama y abro las piernas a modo de invitación.

Tiemblo cuando se sube a la cama y se sitúa entre ellas, sobre todo cuando noto su sexo en mi entrada y sé que no es solo de deseo. Mi temblor es por lo que significa todo esto para mí.

Estoy aprendiendo a vivir de nuevo y aceptar lo nuevo que está por venir.

Niccolo coge mi cara entre sus manos y me besa secando las lágrimas que ignoraba que hubiera derramado.

Se adentra poco a poco en mi interior.

Noto como mi sexo se llena con él y me encanta notarlo por entero.

Se queda quieto y me mira. Su ternura me desarma y me hace buscar sus labios y besarlo con sed. Enredo mis piernas en su cintura para que se adentre aún más si cabe.

Entra y sale de mí, robándome cientos de gemidos que se entrelazan con los suyos. Nos movemos juntos, bailando con una sincronización perfecta y no hace falta más para que explote en cientos de pedazos, robando de esta forma su orgasmo, haciéndolo mío.

La pasión se disipa con lentitud y espero el miedo o el arrepentimiento.

Algo que no llega. Algo que no sucede.

No me arrepiento.

Me abraza y me acuna entre sus brazos como si en vez de ser extraños fuéramos amantes, como si en vez de haber practicado sexo hubiéramos hecho el amor. Y, aunque solo es una quimera que oculta la realidad, me gusta pensar que aunque no haya sentimientos de por medio, esta noche ha surgido entre los dos esa magia que solo los que hacen el amor entienden.

# Capítulo 11

## Niccolo

Me visto tras darme una ducha. Pienso en irme y dejar una nota a Claudia pero al final la despierto sentándome en la cama y acariciando su mejilla.

La idea de irme a hurtadillas tras lo vivido no me gusta. No es que no lo haya hecho nunca, pero antes me daba igual. Con Claudia no me da igual.

—¿Te vas? —me pregunta tras abrir los ojos y ver que estoy vestido.

—Sí, pero te espero mañana en la puerta de tu hotel a las diez. ¿Te parece bien?

Asiente más relajada que cuando vio que me iba.

—Mejor a las nueve y media o no veremos nada.

—Como quieras. Ponte vaqueros. —Asiente y la beso deleitándome con su sabor una vez más antes de marcharme.

Me gustaría quedarme, pero son mis ganas por hacerlo las que me asustan y me hacen querer buscar un poco de distancia.

Llego a mi hotel tras dar un paseo y veo a mi amigo Rafa en mi cama durmiendo. Tiene su propio cuarto pero dice que no le gusta tanto como mi habitación. Recojo mis cosas y cojo su llave de la cartera y me marcho a su cuarto para poder dormir algo. Seguramente pensó que pasaría la noche fuera y no me enteraría.

A veces la confianza da asco.

Entro en su cuarto y veo varias cámaras espía por la mesa. Me siento en la cama y cojo una de ellas pensando y dando vueltas a mi vida, y como está expuesta.

Necesito un respiro, dejar de pensar tanto en conseguir seguidores, en innovar, en seguir ahí para no pasar al olvido... Necesito por un momento desconectar mi mundo de youtuber y pensar solo en mí. El problema es que no sé si puedo, si ya estoy tan metido en esto que no hay marcha atrás hasta

que me hunda con mi canal y pueda perderlo todo.

## Claudia

Me cambio varias veces de ropa. Estoy nerviosa y con ganas de ver a Niccolo. Hacía mucho tiempo que no sentía estos nervios ante la perspectiva de quedar con alguien. Me siento más llena de vida.

Mi hermana me manda un mensaje para ver cómo me va todo. Es temprano pero su hijo mayor de cuatro años es muy madrugador y siempre va a buscarla a la cama para despertarla, si no lo está ya por su pequeña de un año.

Dudo un momento antes de llamarla.

Me siento en la cama mientras espero que lo coja.

Mi hermana es mayor que yo, cuatro años, pero la edad nunca nos ha distanciado. De hecho, mis amigas son las suyas. Siempre me he sentido más cómoda saliendo con ellas que con las chicas de mi edad.

—Hola enana —me dice a modo de saludo—. ¿Qué tal te lo estás pasando? ¿Te has liado con un italiano buenorro?

—Bueno...

—¿En serio? Yo lo decía por decir... ¡¡Me voy a mi despacho, que nadie me moleste!! —grita a su marido. Escucho como anda y cierra la puerta—. Soy toda tuya. Al menos durante unos minutos, hasta que en mi casa estalle la tercera guerra mundial porque no saben vivir sin mí ni cinco puñeteros minutos.

—Relájate —digo, sabiendo que ahora mismo está casi hiperventilando.

—Estoy genial. Cuenta.

—Conocí a alguien en el Coliseo. Me atrajo desde el primer momento pero, tras pasar un rato con él, pensé que lo mejor era irme por mi lado... Fui una tonta porque no era lo que deseaba. Cuando lo volví a ver... No le di muchas vueltas y acabamos en mi cama...

Mi hermana no dice nada y por un segundo temo que la haya defraudado. No debería, soy adulta y todo eso...

—¿Sigues ahí?

—¡Claro que sigo aquí! Es solo que... ¡Joder! No esperaba que te lanzaras, pero me alegro mucho por ti. Estás pasando página. Mi hermana se hace mayor.

—He estado a punto de casarme...

—Ya, pero a mí, tu ex, no me ha caído nunca bien como cuñado. No encajaba en la familia. Tal vez al principio, cuando era un locuelo y no pensaba tanto todo, sí, pero, con los años, se fue haciendo viejo mentalmente y te arrastraba con él. No me gustaba ver como tus decisiones pasaban antes por preguntarte que querría él. Por eso, ahora que has hecho esto, estoy feliz porque salga como salga has decidido elegir.

—Sí. He quedado ahora con él.

—¿Está bueno?

—Mucho. —Voy a contarle más, pero escucho a mi sobrina llorar tras la puerta como si pasara algo. Mi hermana abre la puerta del despacho y esta se calma cuando ve a su madre.

—Te tengo que dejar. Dudo que me dejen sola de nuevo. Escíbeme contándome todo. Disfruta, pequeña.

Cuelgo y, tras coger mi bolso mochila, bajo a desayunar.

Como algo sin ganas y mareo el café.

Estoy nerviosa.

No paro de recordar todo lo vivido la pasada noche y, cada vez que lo hago, noto como mi piel se enciende recordando su contacto y como lo sentí dentro de mí.

Cierro los ojos un momento para recobrar la compostura.

Miro a mi alrededor, temiendo que mis pensamientos sean demasiado visibles, pero la gente no se percata de mi presencia. Algo normal.

Miro el reloj y confirmo que queda un cuarto de hora hasta la hora acordada con Niccolo. Miro el móvil y me parece que los minutos no pasan. Al final me levanto y voy hacia la entrada. Tal vez quede de desesperada pero no es eso... No del todo. Es que soy siempre tan puntual que acabo por llegar a los sitios con tanta antelación que termino por esperar a todo el mundo.

Voy hacia la puerta y veo a Niccolo esperarme sobre una Vespa roja.

Al verme me sonrío y me cuesta mucho no ir hacia él dando saltitos. ¿Qué me pasa? Nada de esto tiene sentido y no sé si estoy atrapada por una

locura o que, al estar lejos de todo, hace que lo viva como si en vez de ser la realidad fuera solo un sueño.

Llego hasta él que está tan jodidamente impresionante como siempre.

Me pone el casco en la cabeza y me lo ata al cuello acariciándolo.

Se acerca y a un centímetro de mis labios se lo piensa mejor y me da un beso en la mejilla.

¿Con que esas tenemos? Bien, pues yo también sé jugar a este juego.

Me aparto y le tiendo mi mochila.

—Conduzco yo —digo.

—Como quieras. ¿Sabes dónde vamos?

—Ni idea. Pero si tú sí, me puedes guiar.

—Perfecto. Así mientras tú conduces, te meto mano.

Me sube un escalofrío y me pregunto qué narices hago cuando hace años que no monto en moto y esta ciudad no la conozco. No me amilano y me subo delante cuando él me deja las llaves. Se pone detrás y se pega mucho a mí... demasiado. Soy muy consciente de como su cuerpo se amolda al mío.

Trago con dificultad.

Estoy temblando de deseo una vez más. Es capaz de hacerme arder con solo una caricia.

Me explica hacia donde tengo que ir y, tras asentir, sigo sus indicaciones.

Lo hago bien hasta que se cuela su mano bajo mi chaqueta y luego por mi camiseta para tener acceso libre hasta mi piel.

Este viaje va a ser muy largo.

# Capítulo 12

## Niccolo

Cuando aparcamos cerca del Vaticano estoy más caliente que el tubo de escape, y esa no era mi idea.

Tardo un poco en bajar de la moto.

Claudia está mirando el móvil y respondiendo mensajes. Aún no nos hemos besado y no es por falta de ganas, es más bien porque en cuanto la bese me olvidaré de visitar esta ciudad en la que he querido estar desde niño, desde que mi madre me dijo que nació aquí.

Vamos hacia la entrada y nos ponemos a la cola de los que ya tienen la entrada.

—¿No deberíamos comprar las entradas primero?

—Las he cogido por internet.

—Pues te las pienso pagar.

—Siempre me puedes invitar luego a comer.

—Eso no lo dudes.

Entramos entre una maraña de gente y casi nos empujan de una sala a otra. Es por eso que busco la mano de Claudia y entrelazo sus dedos con los míos para no perderla entre esta multitud y, si soy un poco sincero, porque me encanta sentir como su piel conecta con la mía.

—Impresionante —dice parada ante la pintura de La Escuela de Antenas creada por Rafael Sanzio—. La he visto muchas veces, incluso con otras caras de famosos... Nada es comparable a esto. Tenerla delante y sentir la magia que hay tras cada trazo...

—A mí también me gusta mucho.

—Una vez alguien me dijo que hoy en día podemos ver los cuadros sin tener que ir a los museos, que no habría diferencia. Pero sí hay diferencia porque cuando ves el arte de cerca, es como si por unos instantes te metieras en la mente del creador y pudieras estar cerca de ese artista que usó su don

para dar vida a lo que su mente proyectaba.

Me mira con una sonrisa y me quedo bobo perdido en el rojo de su boca. Es por eso que no puedo evitarlo y me acerco para besarla sediento por robar parte de esa alma que seguro que, si algún artista la viera, querría inmortalizarla en un lienzo.

—Pensé que no querías besarme.

—No quería privarte de ver Roma, por mi parte solo pensaba en descubrir todos tus secretos escondidos en vez de los de esta ciudad eterna.

Se sonroja y se aparta un poco para hacer cientos de fotos.

Andamos hacia la Capilla Sixtina, y, antes de entrar, nos dicen que ni fotos ni vídeo. Entramos y miramos asombrados el techo y las paredes.

—No sé por qué, pero me la imaginaba más redonda... No una sala rectangular.

—Eso es porque al llamarse capilla, te imaginas una iglesia.

—Puede ser.

—Pese a eso es impresionante. Me encanta La Creación de Adán. — Señala la parte del techo más famosa de la Capilla, donde Dios y el hombre están casi tocándose, y de pronto veo que Claudia saca el móvil y hace una foto, sin flash, del techo.

—Eres una delincuente. —Me saca la lengua—. Nos van a detener por tu culpa y en la cárcel se come fatal.

—Tonto. Lo he hecho disimuladamente. He visto que mucha gente lo hace...

—Y tú no querías ser menos.

—Se la quería mandar a mi familia. —Por la forma que tiene de decirlo sé que su familia le importa y mucho.

Seguimos andando, guiados por la masa de gente en todo momento. Claudia se detiene al llegar a la Piedad de Miguel Ángel, que hay en la basílica de San Pedro, y noto dolor en su mirada.

—Es preciosa la obra, pero, al mirarla, se siente el dolor de María y creo que al ser representada tan joven... Es porque ante el dolor todos somos unos niños perdidos que no sabemos cómo salir del pozo. Es mi apreciación...

—Me gusta. Te la robo —le indico guiñándola un ojo.

Seguimos andando y admirando todo lo que nos rodea, mientras le

cuento algunas cosas que sé. Claudia hace muchas fotos pero, tras ellas, busca mi mano de manera natural y tira de mí con una confianza que me gusta.

Salimos hacia la plaza y, cómo no, hace otras cientos de fotos más. Miro a mi alrededor y me quedo petrificado al ver a mi amigo. ¿Qué hace aquí?

—¿Me esperas un momento? Me ha parecido ver a mi amigo Rafa. —  
Asiente—. Voy a hablar con él.

—Claro. Estaré por aquí.

Muevo la cabeza de manera afirmativa y me marcho inquieto a buscar a mi amigo.

## Claudia

Pasa más de una hora y Niccolo no regresa. He llamado a mis padres y a mi hermana para contarles cómo va todo. A mis padres no les he contado nada de Niccolo; si tuviera que hacerlo, se lo contaría antes a mi padre que a mi madre. Él lo entendería mejor y, como siempre, trataría de apoyarme para dejar que me equivoque sola, si así ocurriera. Mi madre va de moderna pero, a la hora de la verdad, está chapada a la antigua.

Doy vueltas hasta que me siento tonta y pienso que no va a volver.

No lo conozco tanto como para no saber que ha buscado una excusa para salir corriendo. Lo mismo se está riendo de mí con su amigo, no muy lejos, pensando en lo tonta que soy por seguir esperando a un extraño.

Agobiada por donde me llevan mis pensamientos, empiezo a andar hacia donde hemos dejado la moto. Me pierdo varias veces hasta que doy con ella, y al llegar compruebo que sigue en el mismo sitio con nuestros dos cascos colgados.

Me siento en ella mientras dudo si irme o quedarme.

Me da tanto miedo que la gente me haga sentir tonta o se ría de mí que, en ocasiones, como esta, siento que me hago pequeña. Pierdo esa confianza que nuestro y me siento desnuda. Expuesta.

—¡Joder! —dice Niccolo corriendo hacia donde estoy.

Tiene el gesto desencajado y parece preocupado. Abro la boca para hablar pero cuando llega no puedo porque su abrazo me pilla por sorpresa.

No es el abrazo de dos amantes, es más el de dos personas que se aprecian y buscan el consuelo en los brazos del otro, sabiendo que cuando la fuerza del abrazo te atrapa, eres capaz de sentir paz.

Estoy empezando a disfrutar mucho de este gesto cuando se aparta y pone distancia entre los dos.

Me mira perdido como si no supiera cómo explicar lo sucedido.

—Hay un restaurante cerca. —Empieza a andar sin esperarme.

Parece que quiere poner distancia entre los dos, aunque hace un segundo hubiera demostrado que se alegraba de verme porque temía me hubiera ido. Lo sigo, sabiendo que no sería el primero que puede acostarse con alguien pero al que le cuesta dar un gesto cariñoso, tal vez porque es más íntimo y expresa algo más complicado que el deseo.

Me mira cuando ha dado unos pasos para ver si lo sigo y, al comprobar que es así, su oscura mirada se relaja.

—¿Has encontrado a tu amigo?

—Sí, hemos tenido una larga charla. Siento haberte hecho esperar. Temía que te fueras. Deseaba que no... pero no te hubiera culpado por haberlo hecho.

—Yo creía que no ibas a volver.

—Si no fuera a volver, te lo diría. No te voy a mentir.

—Me alegro.

—Es porque quiero ser sincero y, por eso, quiero decirte cuanto antes que tengo que trabajar. En principio, solo estaré fuera mañana.

—Pensé que estabas de viaje de placer...

Hemos llegado al restaurante. Abre la puerta y paso.

No me responde hasta que nos sentamos a una mesa. Yo pienso que no lo va a hacer y por eso miro la carta sin saber cómo interpretar la desilusión que siento por lo que me ha contado.

—He venido por placer y por trabajo. —Lo miro sin comprender—. El viaje fue pensado como placer. Quería estar lejos cuando mi ex se casara, no porque fuera a ir a verla o porque la quiera, sino porque no quería estar pendiente tan cerca de donde se iba a realizar el evento. Necesitaba estar lejos... —Asiento—. Llevaba tiempo queriendo venir a la ciudad donde nació mi madre y elegí este destino. Rafa se apuntó y supe que el viaje no sería solo

de placer. Así fue desde que llegamos y me pareció bien... hasta ahora.

—No entiendo nada.

—No quiero decirte qué hago porque sé que no te gustaría. —Me tenso—. No es malo. No soy delincuente ni un asesino. Pero mi trabajo dejó de gustarme hace tiempo, aunque me ha costado aceptarlo. Antes de llegar aquí y tener que traerme de alguna manera el trabajo a rastras, ya sentí que este camino no me gustaba, que lo que empezó como un «¿por qué no?», se ha convertido en un lastre. Quería pasar tiempo contigo para estar a tu lado y también para huir de todo eso.

—Me usaste.

—No. Tú me diste una salida, pero... tengo que trabajar. No puedo escaparme, y Rafa estaba cerca para recordarme que cumpliera con mi trabajo.

—Lo entiendo.

Asiente y parece distante, lejos de aquí. Siento que algo ha cambiado entre los dos. No sé bien el qué. Pero ya no hay esa alegría y ese deseo que nos arrastraba a los brazos del otro... Bueno eso no es cierto. Me sigo muriendo de ganas por besarlo, por perderme en su cuerpo, pero he notado que Niccolo ha alzado un muro entre los dos y eso hace que yo también mantenga las distancias.

Tras la comida, en la que casi ni hemos hablado, le digo que lo mejor es que nos separemos aquí y así pueda empezar su trabajo.

—Claudia... —me implora al ver que me marchó sin importarme volver a vernos.

—No —le digo cuando viene tras de mí y me coge del brazo—. Los dos tenemos una vida, un pasado y muchas cosas que no queremos que el otro sepa. Pero, si estamos aquí juntos, es porque nos da la gana. No quiero estar a tu lado sintiendo que querrías estar en todas partes menos conmigo. No me debes nada, tampoco el tener que soportarme más.

—Claudia... —me llama cuando me separo, pero esta vez no me sigue.

En el fondo, esperaba que lo hiciera, pero, aunque he notado que lo del trabajo es cierto, he sentido que él quería distanciarse y le ha venido bien esta excusa.

Tal vez lo mejor sea que este sea el punto y final entre los dos. Nada de

lo que estoy sintiendo tiene sentido.

Mientras me alejo de este chico que sin motivos me vuelve loca, me pregunto si no tendría que haberle dado un último beso por los que no vendrán y añoraré después.

# Capítulo 13

## Claudia

Me tiro en la cama tras una tarde dando vueltas por algunas fuentes de Roma. La que más me ha impresionado ha sido la Fuente del Moisés, ya que por su ubicación parecía que salía de la casa. Está en una pared y, aunque me ha recordado a la Fontana di Trevi, porque no es una fuente común, es especial.

Cuanto más visito Roma más me encanta esta ciudad, aunque, en un principio casi diez días me parecieron bien para recorrer sus calles, ahora tengo la sensación de que no serán suficientes.

Miro con mi móvil qué ruta puedo coger mañana. Tengo muchas cosas que ver todavía.

Mentiría si no dijera que no he pensado en Niccolo o que no lo he buscado en cada sitio al que iba. Lo hacía sin querer y eso es lo que más me asusta.

No me arrepiento de haberme alejado de él de esa manera. Su mente no estaba conmigo, era como si aun estando juntos, estuviera muy lejos, y no quería sentirme como que molestaba con alguien que acabo de conocer.

Estoy marcando rutas con el móvil cuando veo una llamada de mi hermana y la cojo sin dudar:

—¡Hola pequeña! —me dice casi gritando—. ¿Cómo vas?

—¿Puedes relajarte?

Se ríe.

—Cuando tengas hijos te lo repetiré. Ahora estoy en el váter encerrada. Con suerte tenemos unos minutos antes de que me reclamen.

—Siempre has sido de las que tardabas nada en él.

—Ya, hasta que tienes hijos y lo usas como excusa para escapar. En verdad, me encanta que me requieran. Es raro, pero me gusta ser indispensable para ellos y sé que luego lo echaré de menos. Pero ahora dime,

¿qué tal con tu chico sexi?

—Pues no lo sé muy bien. Hoy ha sido un día raro. Estaba bien pero luego nos abrazamos y todo cambió.

—Hay personas que se sienten más desnudos ante un abrazo.

—Lo sé. De todos modos, tiene que trabajar mañana y por cómo nos hemos despedido, puede que todo haya acabado.

—Vaya, que lástima.

—¿Por qué? Solo ha sido un paréntesis en mi vida. Algo que seguro olvidaré cuando regrese a mi rutina.

—Lo dudo. Te conozco y el otro día estabas emocionada, feliz... Hacía tiempo que no te veía de esa manera.

—No le quiero dar vueltas. Lo acabo de conocer.

—No tengas prejuicios, Clau. Menos aún a la hora de sentir. Si haces algo que sea al cien por cien, y si sale mal... que salga. No te cierres a nada solo porque se supone que no te puede interesar o importar una persona que acabas de conocer. Yo me fijé en mi marido y supe que era especial. Seis meses después estábamos casados y a los nueve meses siguientes teníamos un hijo.

—Y yo llevaba toda la vida con un hombre y al final ni boda ni nada porque lo que hubo no era suficiente. Lo he pillado.

Escucho a mi sobrina llorar y tras ella a su hermano llamar a su madre, junto a la voz de mi cuñado pidiendo que dejen a su madre unos segundos tranquila.

—Te dejo, pequeña. A ver si vuelve la paz a esta casa. Escíbeme siempre que quieras. Ten cuidado y solo siente. Deja de pensar y haz.

—Vale, jefa.

Se ríe y cuelga.

No doy vueltas a la llamada porque en el fondo siento que Niccolo no va a aparecer más por mi vida.

He estado viendo varias cosas por Roma, sobre todo tiendas para comprar detalles para la familia y acabo de llegar a la plaza del Popolo. Es muy grande y amplia, y hay muchos niños jugando en ella. Es por la tarde y

están disfrutando de este domingo que ha salido con este sol que hace que te engañes, y que te obliga a quitarte la ropa para abrigarte cuando estás mucho rato a la sombra.

Veo a un par de hombres haciendo pompas enormes y a los críos, y no tan críos, explotándolas. Hago varias fotos y grabo un vídeo que acaba conmigo gritando cuando una burbuja enorme viene hacia mí. Me muevo pero acabo por explotarla con las manos y se me mancha el móvil de jabón.

—Mierda...

—*Va bene, signorina?*<sup>1</sup> —me pregunta un italiano muy guapo.

—Sí, todo bien.

—¿No habla italiano? —se interesa en mi idioma.

—No, pero lo entiendo. —Asiente con una sonrisa.

Es muy guapo y sexi. De esos hombres morenos que te cortan la respiración. Sin embargo, no despierta en mí más que el deseo de mirarlo un par de veces por su belleza. Pero no hay nada más. No existe ese chispazo que marca la diferencia entre unas personas y otras.

—¿Eres española? —Asiento—. Me encanta España. He estado en Madrid y Barcelona. Ambas son ciudades preciosas.

—Hablas muy bien el español.

Se ríe.

—He estudiado idiomas. Ahora doy clases de español y francés en una academia.

Unos niños de unos diez años corren a nuestro alrededor. Él coge a uno de ellos y lo alza para hacerle cosquillas.

—Son mis alumnos —me informa cuando los niños se van a jugar con las pompas de nuevo—. Hemos venido de visita. Somos de Florencia. Aunque yo no es la primera vez que vengo, ya que tengo familia aquí.

—Preciosa ciudad. Me encantaría visitarla, y también ver la Toscana...

—Yo te puedo hacer de guía —me lo dice con una sonrisa preciosa.

No siento nada, pero se la devuelvo.

—De momento me quedo con Roma, luego ya se verá.

—¿Viaje de negocios o placer?

—Placer.

—Disfrútalo. Por cierto, mi nombre es Andrea.

Se me hace raro ver el nombre de Andrea en un chico porque en España se usa más en el género femenino, pero ya lo había escuchado en varios hombres, por lo que sé que aquí, en Italia, es común.

—Claudia.

Me da dos besos y me pregunto qué estoy haciendo. Estoy pensando en despedirme cuando uno de los niños se acerca para hablarle.

—Vamos a ir a tomar algo por aquí cerca. ¿Te apuntas a tomar algo caliente y dulce?

—Creo que no.

—¿Crees? Entonces no lo sabes seguro. Siempre puedes venir y, si no te gusta el ambiente o te aburrimos, te marchas. ¿Qué tienes que perder? Estos niños son adorables, no como yo.

La verdad es que no me atrae, pero me cae bien, y al final asiento porque necesito descansar un poco antes de seguir mi ruta.

No vamos muy lejos y, al llegar, disfruto del ambiente y del calor que hay dentro. Se ha empezado a ir el sol y hace frío en la calle.

Me pido un chocolate caliente y disfruto de este pequeño grupo de niños y sus dos profesores, Andrea y Natalia. No entiendo mucho de lo que dicen pero Andrea me va traduciendo cuando intuye por mis caras que me he perdido en la conversación.

—Me voy a seguir con mi visita —les indico pasada más de una hora.

—Te acompaño a la puerta —me dice Andrea.

Asiento y me despido de los chicos y de Natalia. Andamos hacia la puerta y, antes de salir, voy a pagar mi chocolate.

—Yo te invito.

—No hace falta...

—La próxima...

—No habrá próxima —me mira y sonrío asintiendo—, pero me ha encantado pasar esta tarde con vosotros.

—A mí también, chica de los ojos tristes. —Lo miro impactada—. No dejes que nadie te borre la sonrisa, Claudia. Tienes una muy bonita y quien te la oculte, es que no te merece.

Acaricia mi mejilla antes de irse.

Me despido de él y sigo mi camino descubriendo sitios de esta

maravillosa ciudad.

Ceno en un McDonald's. Me encanta la comida basura y que no sea saludable no hace que me guste menos.

Llego al hotel casi a las once de la noche, con los pies doloridos y por eso me doy una larga ducha reparadora. Me pongo el pijama y me tumbo en la cama para ver la ruta de mañana, para a continuación elegir alguna de las series que me descargué de Netflix para el viaje gracias a su maravillosa opción de sin conexión.

Pasado un tiempo me parece escuchar unos golpes en la puerta, pero, al poco, escucho unas voces en la puerta que tengo más próxima.

En verdad, esperaba que Niccolo viniera al acabar el día, a pesar de la forma en la que nos despedimos, pero mis esperanzas eran vanas.

Le doy al play a la película que he elegido y me acomodo en la cama sintiendo que seguramente acabaré por dormir. Eso no tarda en pasar y me cuesta mucho seguir el hilo de la historia. Es por eso que, cuando tocan a la puerta, me creo que proceden de la peli hasta que me doy cuenta de que la escena pasa y los golpes no cesan.

Me espabilo y voy hacia la puerta.

Abro sin preguntar quién es, como si una parte de mí ya supiera que se trata de Niccolo.

Y así es.

Se encuentra ante mí con una pequeña maleta y el pelo mojado. Ni era consciente de que llovía.

Nos miramos a los ojos.

No sé qué decir y tampoco atino a dejarlo pasar. Estoy boba, perdida en sus iris marrones.

—No quiero separarme de ti hasta que te vayas. —Deja la maleta dentro y entra lentamente haciendo que me vaya hacia atrás—. No entiendo esta conexión, pero tampoco quiero huir en dirección contraria.

—Esto es una locura...

—¿Quieres vivir? —Asiento y sonrío, cerrando la puerta tras él.

Sus manos ya están en mi cintura. Apoya la frente sobre la mía y cierra los ojos absorbiendo este momento.

—Lo que pase aquí se queda aquí —digo.

—Eso pensaba que solo era en las Vegas.

—O donde tú decidas. —Sonrío.

Voy a decir algo más pero su boca, hambrienta de la mía, me lo impide.

Niccolo ha vuelto y espero que no se vuelva a ir; al menos hasta que nuestros caminos se separen de nuevo para siempre.

---

1 ¿Está bien, señorita?

# Capítulo 14

## Niccolo

Me he pasado el día trabajando pensando en ella. En qué estaría haciendo y en lo mucho que me gustaría estar a su lado. Si he tardado más en venir, ha sido porque una parte de mí no entiende por qué, en vez de querer huir de lo que esta extraña me hace sentir, quiero lanzarme hacia ello aunque en la caída no haya red.

Nada de esto tiene sentido y tal vez solo sea algo irreal que durará lo que dure nuestro viaje.

Sea como sea, no quiero darle más vueltas y he decidido lanzarme de cabeza.

Dejo a Claudia sobre la cama sin poder dejar de besar y de acariciar cada parte de su cuerpo que mis manos van privando de ropa, hasta que es su piel desnuda la que queda expuesta a mi vista.

Me quito la mía con rapidez y, cuando no queda nada que nos separe, me cierno sobre ella dejando que nuestros cuerpos se den la bienvenida.

Me encanta sentir sus curvas frotarse con las mías y cómo mis besos le arrancan cientos de gemidos; me bebe como si fueran el tesoro máspreciado.

Alzo sus manos y las pongo en lo alto del cabecero al tiempo que con mi otra mano la llevo a su espalda para alzar sus pechos. Los miro antes de bajar mi boca hacia ellos y devorar sus senos. Me encanta cómo reaccionan a mi lengua, cómo se endurece su pezón en mi lengua. Les doy la misma atención a cada uno antes de soltar sus manos y dejo un reguero de besos hacia su ombligo antes de que Claudia tire de mi pelo y me haga subir hacia su boca.

Nuestras lenguas se saludan de nuevo.

Busco el preservativo y creo que bato mi propio record poniéndomelo.

Me sumerjo en ella en una sola estocada.

Apoyo mi frente sobre la suya y me pierdo en sus ojos ahora enfebrecidos por el placer.

Le doy un tierno beso antes de moverme, para entrar y salir de su cuerpo.

Entro y salgo de ella notando como su sexo me abraza y como me cubre por completo enloqueciéndome de placer.

Llega primero al orgasmo y me arrastra cuando su sexo palpita en torno al mío.

La abrazo con fuerza mientras los latigazos del placer se pasan y cuando lo hacen, no la suelto.

No estoy acostumbrado a los abrazos, a los gestos de cariño, pero eso no quiere decir que no los haya ansiado desde niño.

Ayer me asusté por lo que sentí al abrazarla. Hoy vengo decidido a no huir de lo que me asusta por lo mucho que me gusta.

—¿Crees que si llamo al servicio de habitaciones me traerán algo de comer? —me pregunta Claudia, acariciando mi pecho—. Tengo hambre.

—¿No has comido en todo el día?

—¡Claro que sí! Hasta me fui a tomar un chocolate con unos estudiantes y los profesores.

—No creo que el servicio de habitaciones te ayude, pero yo sí.

Voy hacia mi maleta y saco un paquete de galletas que me compré antes por si no tenía tiempo de comer nada.

—De chocolate... Me encanta el chocolate.

—Pues a comer. —Abro el paquete y se lo tiendo—. Voy a darme una ducha.

—Me ducho contigo. Luego calentita devoro las galletas. ¡Estoy helada!

Corre hacia la ducha desnuda y me gusta su espontaneidad. Lo que no sé es si podré solo ducharme a su lado, si la tengo así en ese sitio tan reducido.

Al final, como me temía, acabamos duchados y abrigados, pero después de hacerlo en la ducha.

—Umm... me encantan —dice, ya en la cama devorando las galletas. Yo cojo alguna mientras la veo comer—. No sabía si volvería a verte —confiesa—. Esperaba que sí.

—Tenía trabajo, pero por suerte el resto de mi viaje ya no. —Eso espero, de verdad. Rafa no se ha quedado muy conforme con mi decisión.

—¿Y solo huiste por eso?

—No, desde que lo dejé con mi ex no he sentido nada parecido por nadie. Y apareces tú y, sin yo buscarlo, pones mi mundo patas arriba —le confieso—. Era más fácil estar cerca cuando solo era atracción física. Cuando sentí que iba más allá de eso, me alejé. No te conozco tanto para sentir esta conexión que no tiene sentido.

—Te entiendo. —Sonríe y se acerca para darme un beso en la mejilla—. No pensemos. Así cuando pase el tiempo y lo recordemos, será más intenso el recuerdo.

Cojo mi galleta y brindo con la suya. Sonríe antes de dar un bocado a la suya sellando así esta promesa en forma de brindis.

—Quiero saber más de ti. Vale que no me digas tu apellido o donde vives pero... quiero saber quién es Claudia.

—A mí también me apetece saber qué escondes y por qué a veces hay tristeza en tu mirada.

—Más que tristeza es arrepentimiento.

—¿Por qué?

—Porque me equivoqué al elegir mi trabajo, aunque... ¿sabes qué? Lo volvería a hacer igual. Gracias a eso no embargaron la casa de mi madre y su marido.

—Cuéntame todo. Quiero conocer tu historia.

# Capítulo 15

## Niccolo

Dudo qué decirle hasta que, al final, simplemente hablo sin guardarme nada.

—Mi vida empezó cuando una joven nacida en Roma, de dieciocho años, se enamoró perdidamente de su jefe. El dueño de un hotel. Era veinte años mayor que ella y mi madre creía que estaba tan enamorado de ella que dejaría a su mujer y a sus hijos por ella. Cuando supo que me esperaba, se asustó mucho. Creía que él la cuidaría y apoyaría... No hizo nada de eso. Le dio el dinero para abortar y la despidió, indicándole que como la volviera a ver, le arruinaría la vida. —Claudia acaricia mi pecho y me mira alentándome a seguir—. Mi madre no abortó, como es evidente. No me quería. No entraba entre sus planes tenerme, pero tampoco quería deshacerse de mí. Usó el dinero que le dio para irse a España, ya que no tenía tampoco mucho trato con sus padres... Por lo que sé, la echaron de casa mucho antes de que todo pasara.

»En España trabajó hasta el último día de su embarazo y, al poco de tenerme, me llevaba con ella a trabajar siendo yo un bebé de pecho. Siempre se ha matado a trabajar, y lo sigue haciendo donde puede.

—Tu madre parece una mujer fuerte.

—Lo es, y fría como ella sola. —Sonrío al recordarla—. Se casó con un buen hombre hace unos diez años y en la boda dijo que, como se le ocurriera besarla en la boca, le daría un guantazo. Se adoran el uno al otro y mi madre, con él, ha vuelto a creer en el amor.

—Me alegro por ellos. ¿Has sabido de tu padre?

—No, ni de él ni de sus hijos, mis hermanos mayores. Mi padre pensaría que abortó y yo no he querido saber nada de ellos.

—¿De verdad? Has viajado a la ciudad de tu madre...

—Hace años que quería venir. En el fondo, no sé qué narices hago aquí.

—¿Sabes dónde trabajaba tu madre?

—No. Ella nunca me ha querido revelar más de lo que te he contado y, si lo hizo fue solo porque se lo recomendó la psicóloga de mi colegio, pero no me dio más datos que esos.

Me quedo callado.

Claudia se alza y me mira. Acaricia mi mejilla con la barba incipiente antes de preguntar:

—¿Y por qué se lo recomendó? ¿Te pasaba algo?

—No hablaba mucho. Solo lo justo. Pensaba que podría ser por no saber nada de mi pasado, y es por ello que mi madre me lo contó. Eso no cambió nada. Hablé más cuando me apunté a jugar al hockey. Me entusiasmó tanto el deporte, compartir esa afición con otros niños, que empecé a hablar más y a quedar con ellos.

—¿Y no te pasaba nada?

—No... Solo que no tenía nada que decir. Me gustaba observar a la gente. Adivinar qué pensaban.

—Es triste.

—¿El qué?

—Tal vez no quieras admitirlo, pero el que tu padre no quisiera saber de ti te marcó. En el fondo, no hablabas con nadie porque pensabas que nadie te iba a querer o aceptar tal como eras.

—¿Acaba de salir tu vena de maestra?

—Es lo que yo creo...

—No lo sé, Claudia. —Me paso la mano por el pelo—. Sí, he echado de menos tener un padre, pero no a mi padre... No sé si me entiendes.

—Sí. Él no te quiso, pero sí te hubiera gustado recibir el cariño que da un progenitor y, si dices que tu madre no es cariñosa... Has tenido carencias desde niño en lo referente al afecto.

—No me psicoanalices más. —Salgo de la cama y voy al servicio necesitando tiempo, y distancia.

Yo creía que era capaz de ver demasiado, hasta que me he abierto y me he dado cuenta de que a su lado lo he hecho en canal. No estaba preparado para recordar, y sí, para admitir, a mí mismo, que una parte siempre ha añorado que todo fuera diferente.

# Claudia

Cuando Niccolo sale y entra en la cama sé que no quiere hablar más del tema y quizás tampoco quiera mimos, o mejor dicho, no sepa qué hacer con ellos.

Yo dejo de pensar tanto y lo abrazo apoyando mi cabeza en su pecho. Se tensa pero no me aparta.

—Gracias por hablarme de ti. No indagaré ni opinaré más sobre ti o tu pasado, si no quieres.

—Vale —afirma, cerrando sus brazos en torno a mí—. Y ahora dime quién es Claudia.

—Yo soy muy normal. Es decir, mi pasado es sencillo. Era una niña que en clase no destacaba, pero tampoco se metían conmigo aunque no era de las populares. Y en el instituto igual. Mi primer amigo allí fue mi ex, y, al poco, empezamos a salir juntos. Sus amigos se convirtieron en mis amigos. Pensé que lo conocía... Ahora no sé qué creer.

—Tal vez te dejaste llevar porque eso era más fácil que aceptar el gran cambio que es estar sin él. Seguro que lo echas de menos.

—Si te soy sincera, sí, pero al amigo... No lo quiero como creía. Ahora me pregunto si alguna vez estuve enamorada de él más allá de ese amor loco de dos adolescentes que desean comerse el mundo juntos.

—Quédate con lo bueno que has tenido a su lado, y tal vez con el tiempo puedas ser su amiga.

—¿Lo eres tú de tu ex?

—Sí, somos vecinos... Bueno, ahora no porque se va a vivir con su recién estrenado marido, pero me alegro por ellos. Si me entristece todo esto es porque con el tiempo me di cuenta de que a mi lado nunca habría sido tan feliz y eso que yo pensaba que lo teníamos todo. Yo era su tope para ser más feliz...

—No pienses así, porque ella también era el tuyo. Así podrás encontrar a la persona que sepa entender y leer cada parte de ti.

—Es posible.

—Recuerda, tiraste dos monedas a la fuente.

—Como tú.

Nos miramos con intensidad hasta que soy yo la que se acerca a besarlo. Tras el largo beso me acuesto sobre su pecho.

—Espero que te guste dormir conmigo.

—Será la primera vez que duermo así con alguien —indica acariciando mi espalda de manera distraída.

—¿Con tu ex no dormíais juntos? Yo sí. Al principio juntos, luego, con los años, cada uno mirando a su lado.

—A mi ex no le gusta que la toquen mientras duerme. Al menos no conmigo. Luego se despertaba con muy mal genio y tardaba horas en dejar de ser un enano gruñón igual que el de Blancanieves —lo dice con cariño, y me gusta que hable así de su ex.

Creo que yo seré como él. Estoy aprendiendo a quedarme con lo bueno de mi relación y de mi ex. Tantos años juntos no los podemos tirar así por la borda. Tal vez no haya amor, pero espero que con el tiempo sí amistad.

# Capítulo 16

## Niccolo

Me despierto sintiendo a Claudia sobre mi pecho. No esperaba dormir. Creía que me costaría hacerlo con ella junto a mí, pero no ha sido así. No tardé en dejarme llevar por el sueño y disfrutar del calor de su cuerpo acurrucado en el mío.

Acaricio su naricilla cargada de pecas y luego esos labios rojos que me torturan en sueños cuando no la tengo cerca.

Acorto la distancia que nos separa y la beso.

—Así quiero despertar todos los días —dice medio dormida.

—Mientras estemos en Roma, así será.

Abre los ojos y su mirada se entrelaza con la mía. No decimos nada. Yo por mi parte porque siento miedo de lo que ella me hace sentir, y más sabiendo que nos acabamos de conocer. Mi razón se ve en una lucha continua con mis sentimientos.

Me tomo mi café doble viendo como Claudia se pone de todo lo que hay para el desayuno en el bufé libre. Ya ha traído un plato y sigue cogiendo cientos de cosas. Cuando regresa cargada, me mira divertida.

—Se me ha antojado todo. —Casi me atraganto. Se sienta a mi lado—. No estoy embarazada, es solo que tengo muchos antojos. Quién sabe, lo mismo si un día tengo hijos, no tengo ninguno durante el embarazo.

—¿Quieres tener hijos? —le pregunto directo cogiendo algo de lo que ha traído.

—Sí, dos. Mi ex quería tenerlos ya y eso fue el detonante. No porque no quiera hijos, sino porque algo así hay que hablarlo. No hay que darlo por hecho. Además, quiero esperar un par de años. ¿Y tú?

—Me gustaría tener hijos, sí. El número no lo he pensado. Siempre

quise tener un hermano... Bueno, uno con que el que conviviera, ya que de los otros dos no sé nada.

—Tal vez si los buscas, ellos no sean como tu padre.

—No lo quiero descubrir —admito—. En mi cabeza son buena gente. No quiero que la realidad empañe lo que pienso de ellos.

—Deberías. No se puede vivir solo con la ilusión.

No le respondo nada y sigo comiendo.

Claudia picotea de todo pero no acaba nada. Al final yo me acabo por hinchar con todo lo que ha traído.

—No puedo moverme —le digo cuando se levanta para irnos.

—Anda, no seas tonto. Tenemos que seguir explorando esta ciudad.

Se acerca y me da un espontaneo beso que me encanta por eso mismo, porque es natural y no espera nada de mí. Ella solo da lo que desea y eso es lo que me gusta de ella.

Salimos en busca de la Vespa que he alquilado para estos días.

Hoy conduzco yo y Claudia no pone pegas.

Tengo claro adónde quiero ir y nos queda un largo camino.

Llegamos a Tívoli y busco aparcamiento cerca de la Villa de Este. En el 2001 se declaró Patrimonio de la Humanidad, debido a su increíble arquitectura italiana y por sus jardines.

Bajamos y Claudia lo mira todo impresionada.

—¿Dónde me has traído?

—A unos jardines mágicos, al menos a mí me lo parecieron cuando los vi por internet.

Me mira ilusionada y vamos hacia ellos.

Nos quedamos impresionados con la Fuente de Neptuno y el Órgano de Agua.

Claudia hace cientos de fotos, emocionada con todo este entorno que ella ha descrito como romántico nada más verlo.

Entramos a la Villa y miramos maravillados los frescos del techo. Claudia tira de mí para que no me pierda entre la gente mientras, ilusionada, trata de atesorar cada detalle. Salimos de la Villa y nos acercamos a ver más de cerca la fuente que hay bajo una de las fachadas de la Villa.

—Me voy a quedar sin memoria de tantas fotos que estoy haciendo. Tú

como no haces...

—Me gusta recrear mi tiempo en otras cosas.

—¿En qué?

—En ti, y ver como tu cara cambia según lo que descubres y cómo expresas tanto en tu mirada sin decir nada. Si estuviera mirando tras mi móvil, me lo perdería. Y no quiero.

Claudia me mira ilusionada y me da un beso antes de tirar de mí para seguir con la visita.

Llegamos hasta la Fuente Oval. Todo está muy verde y las paredes recubiertas por las plantas.

—¿Por qué no sabía de este lugar? Es impresionante.

—Así te he sorprendido.

Llegamos a un lugar donde hay cien fuentes echando agua desde la pared, algo que oigo decir a un guía italiano no muy lejos y se lo traduzco a Claudia.

Cansados, nos sentamos donde podemos y observamos el paisaje ahora relajados. Claudia apoya su cabeza en mi hombro y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Te intimido? —pregunta tal vez notando mi tensión y que no estoy relajado a su lado.

—No. Me gusta y me asusta.

—¿Por qué?

—Porque somos dos extraños y tal vez eso no lo cambie este viaje.

—Siento que das por hecho que nos separaremos.

—¿Tú no?

—No del todo. No como tú.

—Tengo un pasado... He hecho cosas de las que me avergüenzo. Por eso no te lo cuento. Temo alejarte antes de tiempo.

Noto que empieza a alejarse y la retengo.

—Me asusta eso que dices...

—No he hecho daño físico a nadie... Soy youtuber —le confieso—. Hago vídeos para mi canal y más de una vez es a costa de reírme de los demás.

—¿Y? Por qué siento que hay más.

—No quiero decirte como localizarme y por favor no me busques. Confía en mí.

—Quieres que confíe en un chico que está ahora conmigo pero que espera que, tras este viaje, nos separemos. Crees que lo que has hecho es tan malo, que eso es lo que acabará sucediendo —me suelta y se levanta para alejarse de mí.

—Claudia...

—Tengo que pensar sola un momento. Ahora regreso.

—Solo quiero que sepas que soy así, como me muestro contigo. El resto solo es un trabajo del que me avergüenzo pero... no soy yo.

Asiente y de igual modo se marcha.

¿Y qué esperaba? No debería habérselo contado. El problema es que no sé mentirla y estaba tanteando el terreno para ver cómo se tomaría conocer esa faceta y cómo he usado mi cara para reírme de la gente... a cambio de fama.

# Capítulo 17

## Claudia

Ando por este precioso y verde lugar, pensando en lo que me ha contado Niccolo. No suelo ver ese tipo de vídeos porque soy de esas personas que no entienden la gracia. Lo que unos encuentran tronchante, yo lo analizo hasta que me quedo pensando que no sé dónde está la risa. Soy de las que prefiere los chistes cortos y malos, porque los entiendo.

No soporto las bromas porque siempre he creído que, tras una, se esconde una gran parte de verdad y usas ese adjetivo para quitar importancia a lo que en realidad piensas de alguien y así decírselo sin que lo parezca.

Por eso no sé qué pensar de Niccolo.

Me siento sola viendo a la gente pasar cerca de mí y recuerdo su mirada triste, y arrepentida. Entonces lo veo claro. Una vez más ha querido alejarme de él. Tal vez lo hace sin querer, porque piensa que no tengo razones para estar a su lado, de conocer cómo es en verdad.

Niccolo sigue siendo ese niño callado que no hablaba porque sentía que nadie querría escucharlo.

Regreso a su lado. Está ahí, sentado, mirando el móvil. Alza la mirada y me observa con intensidad.

—Como me uses para tus vídeos, te juro que no te lo perdono y dicho esto, no vuelvas a intentar alejarme de ti. Si no me gusta lo que veo, me marcharé yo solita y no sabrás más de mí.

—Me parece justo y a ti nunca te usaría para eso. —Se le cuele una preciosa sonrisa en la cara.

Es muy guapo y cuanto más lo conozco más me atrae, por mucho que él piense lo contrario. No quiero pensar qué pasará cuando todo esto acabe. Es algo que tengo claro que sucederá, pero me quiero llevar un precioso recuerdo de mi viaje a Roma... a su lado.

Sé que Roma siempre será Niccolo.

Tras comer, vamos hacia la moto, cuando un músico callejero toca con su violín *All of me* de John Legend y me quedo un segundo quieta, impactada por esta canción, por la coincidencia.

Niccolo se da cuenta y alza su mano para secar una lágrima que ni sabía que se había deslizado por mi mejilla.

—Iba a ser la canción con la que arrancaríamos el vals en la boda... Bueno, eso quería yo, mi ex quería el vals de toda la vida. En el fondo, esperaba salirme con la mía al final.

Niccolo asiente y coge una de mis manos para ponerla entre las suyas y la otra en mi cintura. Sin decir nada, empezamos a bailar, ante toda la gente que se ha parado, presos de esta preciosa música que habla de amar al otro tal como es y aceptarlo con todas y cada una de sus rarezas.

Miro a Niccolo a los ojos mientras bailamos y de verdad siento que estoy bajo el agua como dice la canción, como si todo lo demás dejara de existir o todo diera vueltas, sin comprender por qué y sin poder detenerme.

—Te doy todo de mí y tú dame todo de ti —le digo mirándole a los ojos —. Es lo que dice al final...

La gente aplaude al violinista. Me quedo mirando a Niccolo sin ganas de romper este momento.

—La he escuchado pero no me he parado a analizar la letra.

—Hazlo. Es una de mis canciones preferidas. Ya sabes algo más de mí.

—¿Y alguna cosa más?

Se separa y coge mi mano para ir a la moto.

—Que odio las bromas y no pillo muchas.

—Vale, me lo apunto. Vamos, tengo pensado llevarte a otro lugar.

—¿Tan sorprendente como este?

—Sí.

Me besa antes de montar en la moto y debido a lo sucedido, noto un millar de sentimientos recorrerme.

Aparcamos en un centro comercial y me pide que lo espere. Asiento porque parece entusiasmado con lo que sea que quiere enseñarme. Me encanta la ilusión que veo brillar en sus iris.

Me tiene atrapada.

Al poco regresa con una mochila deportiva. Montamos de nuevo en la moto y no para hasta una pista de hielo.

—¿Vamos a jugar al hockey? —Se ríe.

—Me dijiste que eras duro con tus alumnos. Yo sé patinar medio bien...

—Intentaré ser bueno.

Lo sigo divertida. Entramos y, tras pagar, vamos a los vestuarios. Me tiende ropa deportiva para que me cambie y me explica que el motivo de cambiarnos es por si me caigo o se cae, para no ir mojados.

He patinado sobre hielo antes y una de las veces me flipé tanto pensando que sabía patinar que pisé un charco de agua y me caí haciendo una ola a mi alrededor y calándome entera. No tenía ropa de repuesto y acabé congelada... Al menos Niccolo es más previsor.

Salgo hacia donde debe de estar Niccolo.

Lo busco entre la gente y lo veo patinando sobre el hielo. Se mueve sobre el hielo como si volara.

—Hola, Claudia. —Me giro y veo a Rafa, el amigo de Niccolo—. Niccolo me ha dicho que tienes que firmar esto para que te den los patines y que, como no quieres que sepa mucho de ti, así te da más espacio.

—Perfecto.

—Pon aquí tu nombre, apellidos y lo firmas. Es solo para que no te lleves los patines.

—Vale. Ahora lo hago.

—Se lo das a ese chico. —Rafa señala a un joven que da patines—. Niccolo me ha pedido el favor cuando me ha visto.

—¿Te vas a quedar?

—Por aquí andaré. Nos vemos.

Cojo los papeles y hago lo que me ha dicho antes de llevárselo al chico del mostrador. Me pide mi número y se lo digo.

Cuando tengo los patines puestos voy hacia donde está Niccolo entrando por la puerta de acceso.

Busco a Niccolo cuando he patinado unos metros y lo veo venir hacia mí. Al llegar tira de mí y casi me caigo, si no llega a ser porque me atrae hacia su pecho.

—¡Estás loco! ¡Casi me tiras!

—Te aseguro que no.

—Pues no asegures tanto y ten cuidado. De todos modos tú ve a tu bola y yo a la mía.

—Como quieras —me responde divertido.

Se aleja y me quedo mirando su culo. Joder; no me había dado cuenta del culo que le hace el pantalón deportivo. Ya sé que es espectacular y me siento un poco mirona hasta que me percató de que no soy la única que se lo está comiendo con la mirada ahora mismo.

No me extraña. Niccolo está muy bueno.

Siento mucho calor pese a estar rodeada de hielo. Por eso decido centrarme en patinar y dejar de imaginarme su culo, y su anatomía, sin ropa.

No sé si por culpa de ir pensando en lo que no debo, acabo por caerme. Mis codos dan contra el duro hielo y no grito por poco.

—¡Claudia! —grita Niccolo, ayudándome.

—Ha sido tu culpa.

—¿A cinco metros de ti? No sabía que tenía tanto poder.

Me levanto con su ayuda y me miro los codos. Los tengo rojos pero nada más.

—Estoy bien.

—Yo quiero saber por qué he tenido la culpa. —Niccolo pone una mano en mi cintura y me guía en el patinaje.

—Te estaba imaginando desnudo.

Da un tras pie y esto me hace reír.

—¡No puedes decir esas cosas!

—Claro que puedo. —Le saco la lengua y llegamos a la puerta.

—¿Estás bien para seguir?

—Sí, pero si no quieres alejarte, no lo hagas.

—¿Y privarte de imaginarme desnudo?

—Puedo vivir sin eso... Hasta que te desnude en mi cama.

—¡Joder! —Se marcha hacia los vestuarios—. Ahora vengo, no quiero provocar un escándalo público.

Me río, porque sé a qué se refiere. Es lo malo de ir en chándal, que en algunas ocasiones no puede ocultar su tienda de campaña.

# Capítulo 18

## Niccolo

Me lavo la cara y al alzar la mirada veo en el espejo a Rafa sonriente, tras de mí.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto buscando papel para secarme la cara.

—Trabajando. Algo que deberías estar haciendo tú.

—Ya hemos hablado de eso...

—Eres consciente de que cuando ella sepa la verdad, se alejará de ti.

—Eso no lo sabes...

—Si ya lo dicen, donde tengas la olla no metas la po...

Lo cojo por el cuello de la camisa y lo alzo hasta apoyar su espalda en la pared.

—Ya hemos hablado de eso...

—Vamos, pégame.

—No he pegado nunca a nadie. —Lo suelto—. Y no voy a empezar contigo que creía que eras mi amigo.

Se ríe.

—Lo somos y eres un blando, por eso no me puedes pegar, porque sabes que somos los dos igual de despreciables. Al menos, yo no me avergüenzo de ello. Me marchó, a cubrirte el culo... hasta que tengas que hacerlo tú.

Se marcha y me quedo solo en el vestuario un rato, pensando en cómo las decisiones que tomamos no siempre nos llevan por el camino que esperamos y cómo un simple *play*, dando comienzo a mi primer vídeo en redes, puede iniciar una cadena de la que ahora no sé cómo salir.

Salgo hacia donde está Claudia. La veo patinar al lado de una niña de unos nueve años que sonrío al ver como lo hace. No lo hace mal, le ha pillado el truco pronto. Se nota que no es la primera vez que lo hace.

Entro y me centro en ella. No quiero pensar en nada más. No quiero pensar en todas las razones que me dicen que esto no es una buena idea. Solo quiero centrarme en lo que siento cuando la miro, y es que, aunque a veces no entienda lo que siento ni por qué ella es diferente, me alegra cada vez más que nuestros caminos se cruzaran en Roma.

Patino hacia ella y, cuando me sonrío, siento que por esa sonrisa sería capaz de todo, hasta tal vez de vender mi alma...

Llego a ella por la espalda y pongo mis manos en su cintura para patinar juntos.

Gira la cabeza y me guiña un ojo.

—Deja que te guíe.

—Soy toda tuya. —Me da un escalofrío al escuchar esas palabras y no solo por el plano sexual, sino porque no me importaría que lo fuera en más de un sentido.

—¿Quieres que me tenga que ir de nuevo para evitar un escándalo?

—Eres un mal pensado. —Me saca la lengua.

Patinamos juntos. Nunca he patinado con una chica así. A mi ex no le gustaba patinar. Venía a verme entrenar alguna vez o al principio a mis partidos, pero solo porque sabía que me hacía ilusión a mí, no porque ella disfrutara de estar allí.

Acaricio la cintura de Claudia y la hago girar entre mis brazos hasta que nuestras caras se encuentran.

Nos detengo porque necesito besarla.

Me pierdo en su sabor, en su dulzura, en ese perfume suyo que desde que la conocí embriaga mis sentidos.

—Te deseo aquí y ahora —digo mordiendo su labio—. Nunca lo he hecho sobre el hielo.

—Pues hoy tampoco. No quiero pillar una pulmonía.

Acaricio su mejilla, sonriente y feliz.

Pienso irremediamente en lo que me ha dicho Rafa y solo espero que cuando sepa la verdad no la pierda... Si no se la cuento, es por eso mismo. No quiero que lo nuestro acabe antes de que lo haga este viaje.

# Capítulo 19

## Claudia

Nos ha costado un poco salir de la pista de patinaje. Creo que el que besara a Niccolo cada pocos minutos no ha ayudado. Al final, se alejó de mí cuando estábamos solos y patinó un poco solo.

Me salí fuera y esperé admirando su destreza. Me encantó verlo en su elemento.

Tras eso, nos cambiamos y fuimos a cenar algo. Ahora estamos de regreso al hotel con una tarrina de helado de chocolate que me muero por probar pero que Niccolo insiste en comerlo en nuestro cuarto.

—¿No puedo probar un poco? Dicen que los helados italianos son los mejores, y aún no he probado ninguno.

—No seas impaciente.

Me mira con una intensidad que pone en alerta mis sentidos más ocultos.

Entramos a mi cuarto que ahora también parece el suyo y, tras dejar el helado y cerrar la puerta, coge mi cara entre sus manos y me besa como en la pista, salvo que esta vez no son besos contenidos. Ahora lo da todo.

Antes de caer sobre la cama ya me ha quitado toda la ropa.

Él solo lleva los pantalones. Tiro de ellos pero se aleja.

—Es hora de probar el helado.

—¿Justo ahora? Te prometo que tengo ganas pero... ¿no podemos esperar?

—No —dice, acercando el helado a la mesa de noche que tenemos más cerca.

Coge una cucharada cargada y se la come ante mi atenta mirada. Luego se acerca y, con los labios fríos por el helado y con sabor a chocolate, me besa.

Degusto ese manjar entre sus labios y joder, sí, es el mejor que he probado, pero creo que va ligado a un seductor beso que ha conseguido que

en vez de frío sienta mucho calor.

Se separa y coge más helado. Estoy preparada para ver como se pierde en su boca y por eso, cuando lo deja caer sobre mis pechos, me sobresalto.

Está helado... Es imposible que sienta calor; pero lo hago al ver acercarse su boca a una de mis cimas y saca esa lengua que tan loca me vuelve para lamer el dulce.

Me pone las manos en la espalda para que me alce y así comer mejor el chocolate.

Nota como se derrite el helado y baja de mi pecho a mi estómago y sigue el recorrido.

Se separa y veo mis pezones duros y rojos a la espera de más. Niccolo coge más helado y echa un poco más sobre mí, en contacto con mi piel ardiente no tarda en pasar de sólido a líquido. No me extrañaría que se evaporara, pues siento que de un momento a otro voy a entrar en estado de combustión espontánea.

Baja su morena cabeza a mis cimas y las besa hasta que noto una pizca de dolor que en vez de disgustarme me gusta.

Se separa para seguir el reguero que ha dejado el postre y lo sigue, lamiendo cada parte de mi piel que ha sido caricia para este.

Me voy hacia atrás cuando sus manos no me sostienen y me levanto cuando noto su aliento sobre mi sexo.

No iré a...

Me mira pícaro antes de lamer el punto más caliente de mi cuerpo.

Grito de placer y este solo se incrementa más cuando su lengua juega con mi clítoris al tiempo que sus dedos entran y salen de mí.

Me retuerzo, gimo y tiro de su pelo, no para que se retire... es mi forma salvaje de decirle cuánto me gusta lo que hace.

Nota que estoy a punto de llegar y él también porque incrementa las embestidas de sus dedos y el ritmo de sus lamidas a mi sexo.

Me corro con él entre mis piernas y me parece la escena más erótica que he experimentado nunca.

Cuando me recupero me levanto y voy a por el helado derretido.

—Ahora me toca a mí.

Niccolo pierde la sonrisa y noto como su respiración se acelera mientras

piensa en cómo lo voy a degustar.

Disfruto mucho del helado... y más de su cuerpo. Me encanta ver como arde con mis mimos y caricias, y como es capaz de explotar de placer entre mis labios.

El chocolate nunca me supo tan dulce.

—¿Playa o montaña? —pregunto a Niccolo tras darnos una larga ducha antes de meternos de nuevo a la cama esta vez para intentar dormir.

Ahora estamos abrazados y nuestras piernas están entrelazadas. Me siento demasiado cómoda entre sus brazos. Tanto que me asusta al ver que ya hemos pasado las doce de la noche y queda un día menos de este viaje.

No sé si estoy preparada para volver a la realidad ahora que lo he conocido.

—Playa siempre. ¿Vives cerca de la costa?

—No. Vivo en el interior, pero siempre he querido vivir cerca del mar. Me gusta mi ciudad pero me encanta la sensación de mirar al océano y que esa inmensidad se lleve todos tus pensamientos negativos. Es regenerador.

—¿Y por qué no vives allí?

—Antes por el trabajo de mi ex... Ahora porque no sé si estoy preparada para tantos cambios de golpe. He conseguido un trabajo de maestra este año y temo perderlo. Me encanta mi trabajo, enseñar a los niños... Sentir que estoy ayudando a que sean mejores con lo que les enseño.

—¿Por eso eres maestra?

—Por eso y porque yo no tuve la suerte de tener buenos maestros.

—Explícame eso.

—Me costaba centrarme en clase, había muchas cosas que no comprendía y no iba al ritmo de otros niños. Los profesores no querían pararse a pensar qué me pasaba, preferían ponerme un cero o una nota baja, y decir que por muy buena que era, en realidad era una vaga. Eso me marcó mucho. Entre niños ser la burra de la clase no te da muchos amigos, si no eres una matona. —Se ríe por mi forma de decirlo—. Y yo no lo era. Repetí curso y odiaba ir a clase porque me sentía una burra. Alguien que no valía para nada. Pero entonces contrataron nuevos profesores, gente joven con

conocimientos recién aprendidos y con ganas de comerse el mundo, y todo cambió. Uno de ellos se volcó en mí y cambió mi vida. Pasé de creerme una burra a sentir que podía comerme el mundo. Creo que desde ese momento supe que yo quería ser maestra, y no solo ir a trabajar para tener un plato de comida en la mesa, sino hacerlo porque amaba mi trabajo. Eso conlleva estar pendiente de los niños y dar lo mejor de mí para que ellos, en el futuro, fueran lo mejor de sí mismos.

—Yo estuve tentado de estudiar Historia, por saber algo más de Italia. Siempre que escuchaba algo de este país me llamaba la atención. No lo hice. Me costó darme cuenta de que si huía era, aparte de porque tampoco creo que esa fuera mi vocación, porque me hacía preguntarme cómo hubiera sido mi vida, si mi padre se hubiera hecho cargo de mí; que, aunque no hubiera vivido a su lado, sí podría haber estado cerca de mis hermanos... Quizás todo hubiera sido diferente.

—De ahí tu silencio. Demasiadas preguntas para las que no tenías respuesta.

—Sí. Tras la lesión en el hockey, luego no fue lo mismo cuando me recuperé, y me costó encontrar trabajo. Me puse a trabajar en lo que me salía, lo que era suficiente mientras trabajábamos los tres, mi madre, su marido y yo. Pero un día despidieron a mi madre para contratar a alguien más joven que atendiera el bar más rápido, y al otro a mi padrastro. Mi sueldo no daba para pagar nada. Se lo llevaba todo la hipoteca y ni aun así podíamos pagar si queríamos no morirnos de hambre los tres. Cuando me despidieron, no pensé mucho lo que hacía. Solo escuché malos consejos de un amigo interesado y me dejé llevar...

—Rafa. No me cae muy bien.

—Es mi amigo, pero últimamente siento que no lo conozco. Siempre he sabido que es alguien que te sacaría los ojos si puede conseguir un buen dinero por ellos. En mí, vio a alguien a quien manipular porque tenía una necesidad. Aunque yo también soy culpable de lo que hice y aun sabiendo lo que había, me dejé llevar sin más.

—¿Y por qué no lo hizo él solo?

—Lo intentó. Llevaba años subiendo vídeos a YouTube y no conseguía apenas seguidores. Su canal estaba parado. Tienes que tener seguidores para

conseguir patrocinadores o personas que te pagan solo por llevar sus marcas. Había hablado con uno y le dijo que todo era cuestión de dar bien a cámara, y que él no encajaba en este perfil. Entonces les enseñó mi foto y vídeos míos entrenando, y les interesé. Me vino con una oferta y me lo pintó tan bonito que pensé: ¿por qué no? Para lograr seguidores todo vale o eso pensaba cuando grabé el primer vídeo. Ahora empiezo a sentir que no.

—No lo vale, no, pero hoy en día vivimos presos de las redes sociales. Yo tengo, pero no subo apenas nada. Si te soy sincera las tengo para ver los vídeos de cocina o esos vídeos rápidos de construir cosas. Te prometo que cuando veo cómo montan un armario con esa rapidez, me dan ganas de comprar madera y hacer uno. —Se ríe—. Tengo amigos que no saben cenar sin antes hacer una foto a la comida o que, cuando les pasa algo gracioso en su vida, corren a contarlo en redes porque, aunque allí lo estemos disfrutando, no saben valorar lo que tienen a menos que esa anécdota tenga cientos de «me gusta» en sus redes.

—Yo he visto cosas que dan la razón a tus palabras. He hecho putadas a personas que me han prometido denunciar y cuando les decía quién era, les cambiaba la cara deseando que su vídeo fuera el más visto —me reconoce.

—Vamos que eres de esos que usan a la gente incauta para burlarse.

—Todo lleva un guion y con mirar a una persona, sé quién encajará en lo que busco.

—Gracias a lo bien que se te da observar.

—Sí. Hace tiempo que deseo encontrar a alguien que no firme, que me denuncie, que no se venda por ser famoso...

—Sientes que así podrás acallar tus arrepentimientos.

—En parte, sí. Pero lo volvería a hacer. Mi familia tiene un hogar gracias a eso.

—Hoy en día el mundo está algo loco con las redes sociales. El otro día vi un vídeo de un bebé que estaba comiendo arena como si estuviera deliciosa... Lo peor era que sus padres lo estaban grabando porque era más importante contarle al mundo que su hijo hacía eso que evitar que lo hiciera. Los padres no son conscientes de que ese niño crecerá, irá al colegio y puede que gracias a ellos, un día sea el «come-tierra» de la clase. Todo por un vídeo «gracioso».

—Yo nunca expondría a mis hijos a las redes sociales. No entiendo este mundillo, y yo no tengo poder sobre su vida. Ellos deben decidir cuando sean mayores qué parte de su infancia quieren que sea pública y cuál no.

—Opino como tú.

Nos quedamos en silencio tras este tema tan serio. Mi ex también opinaba como yo. Le gustaba hablar de estos temas aunque me decía siempre que me lo tomaba todo muy a pecho. Tal vez lo hacía porque, como alguien que quiere tener hijos, tiene miedo de que la gente les pueda hacer daño solo para conseguir ser famoso por un día.

Creo que me sale mi vena de maestra en este tema, y para mí mis pequeños son especiales y no me gustaría que nadie les hiciera llorar. Me gustaría entender que cada padre hace lo que quiere con la vida de sus hijos, pero me preocupa las repercusiones que tiene dejar libre una imagen que puede cambiar la vida de un niño porque tristemente nunca sabes quién está mirando tras la pantalla ni las intenciones que tiene.

# Capítulo 20

## Niccolo

Llegamos al Circo Máximo en la Vespa y aparcamos cerca. Es el mayor circo creado por la antigua civilización romana. Caminamos por él y cuesta un poco sin guía imaginarse a los carros de caballos corriendo por la zona.

Lo que me gusta de la historia es poder mirar un lugar lleno de información oculta y saber leer todas las señales. Estar aquí me ha hecho replantearme mi negación a saber más de mis raíces.

Tras la visita nos vamos hacia una concurrida plaza.

—Mira, es Rafa.

Miro hacia donde me señala y lo veo saludándonos.

Me hace una señal para que lo siga.

—Ahora te busco.

—Vale, voy a ver esos puestos.

Asiento y me marcho hacia donde está mi «querido» amigo, sintiendo que si está aquí, no es por nada bueno.

## Claudia

La plaza está abarrotada de turistas. Estoy mirando unos puestos esperando a Niccolo cuando se desata la locura y no sé muy bien por qué.

La gente corre porque otros corren y yo me veo arrastrada por la multitud y mi cabeza da contra el puesto. Noto el escozor de la sangre pero lo ignoro porque me dejo llevar por el terror y salgo corriendo como puedo entre la gente.

Pienso en Niccolo mientras lo hago y me aterra no saber qué está pasando. El desconocimiento me tiene más asustada que lo que ha podido pasar.

Mi mente no para de imaginar cosas y, cuando me pongo a salvo

bastante lejos de donde estaba, estoy llorando muy nerviosa. Llamo a mi padre y le digo que estoy bien por si lo que ha pasado trasciende y se asusta.

—Relájate, Claudia.

Busco a Niccolo entre la gente que va pasando y, al no verlo, se acrecienta mi miedo. Necesito comprobar que está bien.

¿Cómo puede ser que me importe tanto alguien a quien acabo de conocer? No tiene sentido. Yo creía en los flechazos pero no ha sido hasta ahora cuando he tenido la certeza de que existen.

Estoy muy pillada por él, hasta un punto que me asusta y me alegra por igual.

—No sé qué ha pasado —le digo a mi padre.

—Estoy mirando en internet y no ha trascendido nada. Si fuera grave, ya lo estarían poniendo en todas las cadenas o por lo menos en las noticias.

—No sé, papá. No he visto nada, solo a la gente correr...

—Has hecho bien, hija. Ahora ve a tu hotel o a un sitio donde te sientas segura. Mantenme informado. A tu madre no le diré nada a menos que se entere.

—Por eso te llamé a ti. Te quiero, papá.

—Y yo a ti.

Cuelgo el teléfono a mi padre sabiendo que no estará tranquilo hasta saber qué ha pasado y según lo que haya sido, se tranquilizará más o menos.

No puedo llamar a Niccolo y no tengo forma de saber dónde está. Pienso cómo dar con él y al final opto por ir hacia donde hemos dejado la Vespa, esperando que esté allí y que esté bien.

Llevo más de una hora esperando y estoy empezando a perder los nervios. ¿Y si le ha pasado algo? No tengo modo de saber cómo dar con él. No sé su apellido ni nada.

Noto como me invade la ansiedad y estoy pensando regresar a la plaza cuando lo veo venir corriendo hacia mí, aliviado de verme.

Acorto la distancia que nos separa y de la fuerza del impacto casi nos caemos al suelo, gracias a que Niccolo se ha apoyado en un coche para evitar nuestra caída.

Lloro entre sus brazos mientras me abraza con fuerza.

—No sabía dónde estabas... Aunque he leído en internet que todo se trataba de una avalancha causada por miedo tras unos petardos, no me he tranquilizado. Necesitaba saber que estabas bien. Han atendido a mucha gente con ataques de ansiedad o golpes...

Niccolo coge mi cara entre las manos y pone cara de terror:

—¡Estás herida! ¡Joder!

—No es nada. Ya me he curado un poco...

Me examina y, por la forma en que lo hace, sé que no es la primera vez que cura una herida.

—No me enteré de nada —me dice mientras lo hace—. Cuando volví a la plaza, alertado por las sirenas, vi lo que había pasado y empecé a buscarte... Fue desesperante.

—Yo también te estuve buscando... Pensaba que si te pasaba algo, no lo sabría porque solo somos unos extraños.

Acaricia mi mejilla y saca su móvil.

—Sé que todo esto es un paréntesis en nuestras vidas y que no quieres saber dónde vivo ni mi apellido, por si decides seguir tu camino sin que esto signifique nada en tu vida real pero... quiero darte mi número de móvil y si pasa esto o si cuando nuestros caminos se separen, quieres saber de mí, así lo tendrás.

—No sé sí...

—Puedes llamarme desde una cabina. Es mi decisión. Yo tengo claro que si ahora tuviera que elegir qué camino tomar, cuando nuestro avión nos lleve de vuelta a España, elegiría el que se encontrara de nuevo con el tuyo allí.

Me encanta lo que dice pero no quiero dar ese paso de decidir si quiero seguir esto allí. No estoy preparada para saltar al vacío ahora mismo.

Saco mi móvil y anoto su número mientras me lo da. Lo llamo Niccolo-Roma.

—¿Vamos a comer? —pregunta al ver como miro su número sin saber muy bien qué decir ahora tras su declaración de intenciones.

Alzo la cabeza y me pierdo en sus sonrientes ojos marrones. La seguridad de su mirada me calma a la vez que me asusta por no sentir lo

mismo.

# Capítulo 21

## Niccolo

Claudia se ha pedido espaguetis. Raro en ella que no sea pizza o hamburguesa ya que siempre duda y acaba pidiendo lo mismo, si una de estas dos cosas está en la carta. Eso sí, siempre coge de mi plato.

—Me sorprende que hayas pedido pasta.

—Es por decir que comí algo más que pizza. Aunque me estoy arrepintiendo al ver la pinta que tienen las pizzas en este sitio y más porque, tras lo sucedido, estoy hambrienta.

Observo inquieto su herida. He pasado mucho miedo cuando escuché las sirenas y fui hacia la plaza. Me invadió la ansiedad de que nuestros caminos se hubieran separado antes de tiempo y la idea de que ella no estuviera bien.

No me tenía que haber separado de ella, pero fue inevitable... Cuando sepa lo que he estado haciendo, no sé cómo se lo tomará. Si lo entenderá como hasta ahora ha comprendido otras cosas.

Le traen su plato y lo mira no sé si con cara de que le gusta o que no sabe dónde se ha metido.

—Te puedo cambiar el plato.

—Vale, porque estas albóndigas de carne son enormes... ¿Te puedo contar la verdad?

—Me encantará oírla. —Una parte de mí sabe por qué se lo ha pedido ya que había una foto con el plato de pasta y al verlo inevitablemente te recuerda a un plato típico de una película de Disney.

—Quería saber a qué sabía la pasta de La dama y el vagabundo. De niña me encantaba esa película y al verlo...

—¿Eres consciente de que esa foto es publicidad subliminal para que más personas lo pidan por eso, no?

—Claro... Puede que estén ricos.

—Puede...

Cojo mi tenedor y los pruebo primero. Pongo cara de asco y me río al ver como sus facciones se trasforman hasta el horror. Cuando se da cuenta de mi engaño, me da en el brazo.

—¡Eres tonto!

—Tú más por pensar que deben de estar malos porque no es lo que te pides siempre, porque has salido de tu zona de confort.

Pone los ojos en blanco y los prueba. Como ya esperaba, le gustan. Me mira sonriente y sigue comiendo feliz y disfrutando de su plato. Ya no mira de reojo las pizzas, sorprendida gratamente por la novedad.

Coge un espagueti y veo que le cuesta comérselo. Me acerco a ella y cojo la punta para hacer la escena de la película. Al llegar a sus labios, le doy un beso antes de apartarme.

—Ahora acaban de subir de nivel.

Me río y asiento.

Seguimos comiendo y al terminar pedimos algo de postre.

—Tiramisú, mi postre preferido —le digo cuando nos lo traen.

—¿Y por qué hasta ahora no lo has pedido de postre? —indaga cogiendo una cucharada.

—Mi madre hace el mejor. Probar otro que no esté a su altura, hará que por muy bueno que esté, no disfrute el postre. Aunque mi madre lo hace con canela por encima, porque en el hotel donde trabajó aquí la dueña lo hacía así porque era alérgica al chocolate.

—Nunca lo he probado con canela. Me gusta saber cómo lo tomas.

—Quiero que sepas algo más de mí. También sé hacerlo... —Me callo decirle que me gustaría hacerlo para ella un día—. Mi madre me ha enseñado todo lo que sabe de cocina, y se me da muy bien.

—Vamos a probarlo y a ver si está rico.

Lo prueba ella primero y, por su cara, sé que le ha encantado. Me encanta ver lo transparente que es, y más que lo sabe, y no le importa. No tiene miedo de que la gente sepa cómo es en verdad. Le gusta ser así. La envidia. Me encantaría no temer esconder como soy por miedo a perder.

A veces he sentido que de conocer a alguien que conociera cada uno de mis defectos, me dejaría de lado. A veces... no, más bien es algo que he

temido siempre, por eso he aprendido a tener mil caras. Algo que a su lado no sé hacer... A su lado soy yo, con todos mis defectos y mis meteduras de pata. Tal vez porque pienso que de igual modo la perderé y que no pasa nada por relajarse, por tener un respiro en mi vida.

Miro el dulce y lo pruebo.

Dejo la cuchara en mi plato.

—No te ha gustado —adivina.

—No es como el mío.

—Eso es algo que no sabré... Este me encanta.

Sonríe como si nada, como si el saber que en pocos días no nos veremos más no le atormentara como a mí. Tal vez, a mí tampoco me debería importar tanto... Debería, pero no es así.

—¿Dónde quieres ir ahora?

—A la Boca de la Verdad. ¿Vamos?

—Y yo que pensaba que me dirías que al hotel a descansar del susto de esta mañana...

—Si por miedo no saliera a la calle, de seguro que tras ver la noticias cada día me encerraría en un búnker. Así que vamos. El miedo me pillaré viviendo, no oculta entre paredes.

# Capítulo 22

## Claudia

Llegamos a donde está la Boca de la Verdad.

Hemos aparcado cerca y hemos dado una vuelta por los alrededores antes de llegar. Me ha impresionado el Ponte Rotto, al que he hecho, como no, cientos de fotos. No he hecho ninguna de Niccolo. Me muero de ganas de hacerlo, de tenerlo en mi móvil, pero temo que cuando esté en mi casa, al mirarlo, solo sienta dolor por su ausencia.

—No me gusta hacer colas —le confieso tras un rato.

—Pues llevamos unas cuentas.

—Ya... He intentado ser paciente.

—Podemos hacer algo mientras.

—¿Como qué?

—Cuéntame algo más de ti.

—¿Algo más de mí? —Miro hacia abajo y pienso en qué, mientras miro mi camiseta de Minnie Mouse con letras de Gucci de fondo... Eso me recuerda algo—. Esta camiseta me la compré en un lugar que me recuerda a Italia. De hecho entré a esa tienda inspirada por ello.

—¿Cómo se llama?

—La Provenza... De una ciudad de interior. Ya sabes algo más.

—Dime algo más... Anda. —Me pone cara de gatito de Shrek y no me puedo resistir mientras andamos en la cola.

—En mi ciudad, hay una calle preciosa inspirada en las galerías italianas. Voy allí muy a menudo a tomarme un té con... bueno, con mi ex iba.

—Y tu té preferido es...

—Allí tomo uno que se llama Paraíso. Es un té blanco muy rico. Aunque me gusta más el té blanco con vainilla sin nada más.

—Me gusta la vainilla... Mucho. —Por su forma de decirlo me recorre

un escalofrío—. Hoy en día se está poniendo en duda que pueda ser satisfactoria... —Se muerde el labio—... Pero yo creo que se la ha subestimado. ¿Tú lo crees?

—No me gusta que me dominen en la cama. —Una mujer nos mira y Niccolo se ríe—. Es decir... me gusta poder decidir cuándo quiero participar.

—A mí me encanta que participes y hagas todo lo que quieras conmigo. —Su mirada transmite mucho calor. Me cuesta pensar con claridad. Se acerca hacia mi boca pero no me besa ahí, me da un beso cerca de mi oído—. ¿Ahora cuando bebas ese té te acordarás de lo caliente y avainillados que podemos ser tú y yo en la cama?

—Te diría que no, solo por joder...

—Si de joder estamos hablando...

—¡Niccolo!

—Nic, y lo he logrado. —Lo miro sin comprender—. Has hecho cola y no te has enterado. ¿A que soy genial?

Asiento mirando la Boca de la Verdad.

—¡Vamos a hacer fotos!

—Dame tu móvil. Ya te hago yo fotos con la mano dentro. Pero cuidado, se la corta a los que mienten.

—Entonces, tú lo tienes peor que yo, ¿no?

—Mucho peor. —Me guiña un ojo y coge mi móvil cuando se lo tiendo.

Miro la impresionante Boca de la Verdad y recuerdo lo que he leído en internet, donde se incide en que no se sabe muy bien para qué fue creada; si era una fuente o incluso se menciona que pudo servir de cloaca.

Mi padre me habló de la película Vacaciones en Roma donde se decía que quien mentía, se le cortaba la mano. En una escena Gregory Peck gastaba una broma a Audrey Hepburn, haciendo que se quedaba sin mano al introducirla en la boca.

Meto la mano y solo siento el frío de la piedra. Aun así me hago cientos de fotos y en una de ellas escondo la mano como si me la hubieran cortado para mandársela a la familia.

Niccolo se acerca a la piedra y me mira con intensidad con la mano dentro.

—Me estoy enamorando de ti —dice y luego saca la mano oculta, y

hace como que es mentira.

Yo sonrío pero sigo impactada por sus palabras que parece que ha dicho en broma y por eso ha sacado la mano oculta, porque mentía.

Lo sigo fuera del gentío con el corazón latiéndome con fuerza, porque cuando lo dijo, deseé que fuera cierto, y no puedo desear algo así con tanta fuerza de alguien que sigue siendo mi extraño amante. Lo más triste es que sé que mi deseo de que fuera cierto es porque no sé si esa afirmación se me podría aplicar a mí misma y yo también estoy presa de este embrujo que carece de toda razón.

Le suena el móvil y se disculpa para responder la llamada. Yo quedo aquí esperándolo dando vueltas a todo.

—¡Claudia! —Alguien me abraza y cuando alzo la cabeza es Andrea—. Qué casualidad encontrarnos de nuevo.

Pues sí que lo es, el destino tiene una forma retorcida de hacer las cosas.

# Capítulo 23

## Claudia

—Con la gente que hay en Roma y nos hemos encontrado dos veces —me dice—. Eso es el destino.

—El destino puede que quiera que seamos amigos.

—Puede... Te he visto con ese chico moreno. Se nota por cómo lo miras que te importa. Tiene suerte.

¿Me importa? Asiento porque es más fácil hacer eso que decirle que como él, Niccolo es un turista que se ha cruzado en mi camino en Roma.

—¿Has venido con tu clase? —Se aparta y los veo. Saludo a quienes me miran—. ¿Se lo están pasando bien?

—Genial. Son un grupo maravilloso. —Me encanta como habla de sus alumnos. Yo entiendo lo que es querer y cuidar a los que están bajo tu ala.

—Lo son y están muy emocionados porque mañana por la tarde vamos a ir a aprender a hacer pizza.

—¿En serio? —A mí me encantaría aprender y llevarme la receta a España—. Las pizzas italianas son las mejores.

—Lo son, sí. Si quieres os puedo apuntar. Van a dar la clase solo para nosotros y puede ir más gente. La que lo organiza no me pondrá pegas. —Por como lo dice parece que hay mucha familiaridad—. ¿Te animas?

—¡Sí! No creo que a Niccolo le importe.

—¿Qué no me va a importar? —pregunta Niccolo a mi lado.

Lo miro. No parece celoso, más bien sonrío a Andrea como si fuera un amigo de toda la vida.

—Ir a aprender a hacer pizzas con Andrea y su clase.

—Lo que tú quieras me parece bien. Niccolo —se presenta dándole la mano a Andrea.

—Andrea... Encantado. —Saca de su bolsillo un boli y una libreta. Escribe algo y me lo tiende—. La hora y la dirección. También mi móvil por

si lo necesitáis.

—Genial, estoy deseando aprender.

Asiente.

—Nos vemos.

Se aleja con su grupo y solo cuando nos hemos alejado del todo, Niccolo me da la mano para ir hacia la moto.

—No eres celoso —afirmo.

—No, porque solo he visto la verdad. Él quisiera estar en mi piel. Se nota que le pones, pero sabe cuál es su lugar y lo acepta. Eso me ha gustado. Y aun así, le caes bien. No espera nada que una persona no le quiera dar y a ti no te pone como yo. Por mucho que el hombre sea muy guapo.

—Y sexi... Tiene un culo maravilloso.

Se ríe.

—No lo he mirado. Los celos son una debilidad del que teme no ser lo suficientemente bueno para que la persona en la que se ha fijado, se quede a su lado. Yo, por mi parte, soy de los que piensan que si algo no sale bien, no es porque otra persona se cruce en el camino de la que hasta ahora era tu pareja, es porque lo vuestro no estaba destinado a ser. Tú no eres peor por no estar a la altura del que te ame a ti.

—Lo dices por lo que te pasó.

—A mí me dolió no ser esa persona pero no la puedo culpar porque se enamorara de él. Ella, te aseguro, lo pasó peor que yo al verse atraída por otra persona y no comprender por qué.

—Me gusta tu forma de pensar. Con mi ex no era celosa... Si alguna vez lo fui, no era porque sintiera celos, era en verdad para llamar su atención, para que me hiciera caso. Era como un juego. Él ha salido de fiesta con sus amigos y yo no me sentía preocupada por si se liaba con otra, confiaba en él. Si temía era por si le pasaba algo, eso me preocupaba más. Además, en su trabajo una compañera suya se nota que está colada por él desde que lo conoce y nunca he temido que me sea infiel, porque sabía que si lo fuera, me lo diría.

—Te entiendo.

Llegamos a la moto y decidimos ir al barrio Trastévere para pasear de noche y cenar allí, por sus calles medievales cerca del río Tíber, que hace

años se usaba de frontera, al estar al otro lado de las murallas de la Roma imperial. Por esas calles, pasaban muchos extranjeros que se acercaban a la ciudad.

Esto lo sé porque he investigado en internet cuando me hice una pequeña guía de lugares que quería visitar.

Aparcamos la moto y damos un paseo. Entramos en la basílica de Santa María y me quedo impresionada por la cantidad de pan de oro que hay por todas partes y sus preciosos mosaicos.

Tras esto, buscamos un sitio donde cenar y esta vez tampoco me pido pizza. Me atrevo con la pasta a la carbonara que me han dicho que es diferente a la que preparamos en España y, en cuanto me la traen, veo la diferencia.

Niccolo me mira atento y divertido.

—Está muy buena.

—No te la has pedido nunca. —Abre la boca para hablar y por su sonrisa sé qué me va a decir—. Tú la preparas tan buena que no quieres que te pase como con el tiramisú.

Asiente divertido.

—Me conoces bien. Adelante, a ver qué te parece. —Lo hago y me encanta—. Veo que te gusta.

—Pues sí. Está delicioso.

Sigo comiendo y disfrutando de la comida italiana. Me gusta demasiado teniendo en cuenta que dentro de poco me quedaré con las ganas de comer esto cuando quiera. He ido a muchos italianos pero no se parece mucho la comida. Algunas cosas sí, pero le falta algo. No creo que sea porque no sepan cocinar así, es porque en España las cosas gustan de esa forma y hacerlas exactas que en Italia puede que no a todos los comensales les agrade.

Nos gustan los cambios, pero en el fondo lo desconocido no siempre nos causa la mejor impresión y puede ser motivo de rechazo.

Al menos, esta es mi opinión.

Tras la cena, vamos a por la moto y de vuelta a mi hotel donde descubrimos una vez más el arte de disfrutar del sexo convencional... Ese que disfruto mucho y del que cada día soy más adicta en los brazos de Niccolo.

Al terminar, me abraza con fuerza aún desnudos. Ninguno habla. Yo por

lo menos no puedo hacerlo, ya pasan de las doce y un nuevo día empieza haciendo que el final quede más a la vista que nunca.

Ya solo quedan dos días antes de que le diga adiós... Tal vez para siempre.

# Capítulo 24

## Niccolo

—¿Lo has grabado todo?

—Sí. Ya puedes volver con Claudia... —Rafa sonrío—. Tu atontada enamorada...

—No te metas con ella...

—¿O qué? Tú no quieres pegarme. Somos amigos.

Se aleja y lo miro enfadado antes de volver con Claudia.

Regreso a su lado, la he dejado viendo las Termas de Caracalla, unas termas públicas inauguradas en el siglo III después de Cristo.

Me siento fatal mintiéndola, pero una parte de mí sabe que no lo entendería. Me gustaría escapar de esto y tengo claro que lo haré pero... no puedo tomar esa decisión a lo loco y me agobia saber que hasta que pueda hacerlo tengo que seguir creando historias falsas o momentos para mis vídeos. La gente solo ve lo que quiere y todos los que ven mis vídeos piensan que soy un caradura sin sentimientos. No es así. Todo es un juego, un trabajo que odio... No muestra quién soy.

Encuentro a Claudia hablando por el móvil y, al verme, me sonrío, buscando mi mano.

—Luego hablamos, papá. Os quiero.

Cuelga y guarda el móvil antes de darme un beso.

—¿Seguimos?

—Dirás piezas... Ha sido llegar y tener que irte corriendo.

—Siento todo esto...

—No tienes que darme explicaciones.

Triste, pero así es y por eso solo asiento.

Me importa desde hace poco tiempo, más que otras mujeres con las que he intentado tener algo y, sin embargo, soñar con tener una cita o empezar una relación parecen castillos en el aire.

Visitamos este precioso lugar hasta ir a comer antes de aprender a hacer pizzas. Claudia está muy emocionada con ello. No me extraña siendo una fan incondicional de la pizza.

Salimos del restaurante y está diluviando.

—¿Esperamos a que pare?

—¡No! Vamos a llegar tarde —me dice.

—Si vamos en moto nos calaremos...

—Podemos coger el metro. No creo que quede muy lejos.

Recuerdo donde vi una parada de metro y cojo su mano para ir hacia allí. Nos estamos calando. El agua rebota en el suelo en los charcos con fuerza y nos cala aún más los pies.

Claudia se resbala, la cojo y casi nos caemos los dos.

Me mira... ¿Feliz? ¿Cómo puede estarlo en un momento así?

La lluvia cae por los ángulos de su cara, sus pestañas están llenas de gotitas... Está preciosa y yo estoy incomprensiblemente enamorado de esta mujer.

¿Cómo es posible? No lo sé, hasta hace unos días no creía en los flechazos, en conocer a alguien que te hiciera sentir que llevas toda la vida buscándola aun sin ser consciente de ello. Creía en el amor lento hasta que la miré y empecé a comprender que cuando el corazón habla, la razón solo escucha los latidos que hablan de la verdad de los sentimientos.

Ahora soy un loco que solo siente mientras vive el momento.

La cojo y bailo con ella tarareando la canción de All of me que he escuchado muchas veces y leído la letra desde que supe que era su preferida. La parte que más me gusta es cuando dice en el estribillo que ama todas sus perfectas imperfecciones porque lo que para unos es algo imperfecto, para otros es algo sin lo que no podrían vivir.

—Incluso cuando pierdo, estoy ganando —digo apoyando mi frente sobre la suya.

—Me gusta esa frase del estribillo, porque cuando se ama de verdad nadie pierde.

—Sí y aunque te pierda después de este viaje, siempre habré ganado el placer de conocerte. —Sonríe y noto como los ojos le brillan, y no puedo callar lo que siento más—. Me estoy enamorando de ti —digo incapaz de

callarme. Aunque no le confieso que ya lo estoy perdidamente.

Veo sorpresa en sus ojos y como su respiración se agita.

—Yo...

—No quiero que digas nada. Yo estoy procesando todo esto.

Acaricio su mejilla húmeda.

—No sé qué decir —me indica sincera.

—Solo quiero que sepas que te oculto muchas cosas, pero nunca te mentiría, y menos en algo así.

—No sé si creerte o no, o si lo que vivimos es solo fruto de estar lejos de casa... Tal vez cuando te diga adiós y vuelvas a tu vida, me olvides.

—Lo dudo. De verdad que solo dejé que mi voz no callara lo que sentía. No quiero que digas nada. No te pido nada. Solo que seas feliz.

Asiente y se alza para darme un dulce beso con sabor a lluvia.

Nunca he sido bueno eligiendo el mejor momento para hablar de amor; tal vez porque cuando me importa alguien, me cuesta mucho leer las señales ya que mis dudas y mis temores a no estar a la altura del amor de la gente me hacen dudar hasta de lo que veo.

Llegamos al metro y buscamos qué vía tenemos que coger y cuántos transbordos. Hay mucha gente y Claudia se apoya en mí para evitar caerse. Estamos empapados, le he propuesto ir a comprar algo de ropa pero no ha querido, dice que seguro que pronto estaremos secos.

Yo no lo tengo tan claro.

Llegamos con el tiempo justo.

Al llegar al antiguo hotel donde se llevará a cabo el taller, vemos en la puerta a Andrea que, al vernos mojados, pone mala cara.

—Vais a coger una pulmonía. Ahora os bajamos ropa...

—No hace falta —dice Claudia algo cortada.

—Claro que sí. Seguidme.

Entramos al hotel que se nota reformado, pero conservando su belleza antigua. Me gusta el estilo. Llegamos a la recepción y Andrea habla con la joven que hay en ella, debe de ser un poco mayor que yo. Entiendo lo que dicen, le pide un cuarto para que nos aseemos y nos cambiemos de ropa.

La jefa alza la vista y me mira con mucha intensidad. Le sonrío y me devuelve la sonrisa.

—Venid —dice cuando le da una llave—. Venus, la dueña, es mi prima. Soy primo de los dueños y como es la primera vez que vengo a verlos a Roma, me están mimando mucho. También porque les he traído a mis alumnos —nos confiesa mientras entramos a un cuarto muy acogedor—. Ahora os traigo algo de ropa. Y no acepto un no por respuesta.

Asiento porque estoy preocupado por Claudia.

—Sécate el pelo con el secador y ahora te meto la ropa que nos dejen.

—No sé si me la pondré. Es un corte.

—Piensa en tu salud, y ya está.

Me quito la chaqueta y la pongo en una silla extendida. El jersey no lo tengo mojado, pero los vaqueros sí.

Andrea regresa con ropa para los dos. La de Claudia es de la dueña; unos pantalones negros de chándal y una sudadera.

Se los paso y se cambia.

También nos han traído calzado.

Nos cambiamos y salimos ya secos hacia donde nos esperan Andrea y los chicos. Enseguida me hago con los jóvenes. Se me dan bien y, aunque como entrenador soy un poco duro, cuando acaba el entrenamiento soy el primero en felicitarlos y destacar sus puntos fuertes. A veces, hasta los invito a cenar o merendar para fomentar sus lazos.

Venus nos hace pasar a las cocina del hotel, una zona preparada para las clases de pizzas. Una vez más no deja de mirarme y sonrío divertido.

—Le pones —me dice Claudia que también se ha dado cuenta.

—Seguro, estos vaqueros realzan mi culo. Me quedan algo pequeños.

Claudia se ríe y luego me mira el culo.

—Un poco sí. Desnudo impone más.

Le sonrío antes de prestar atención a lo que nos dice Venus. Lo primero es aclarar que sí, su nombre se debe al nacimiento de la Venus de Botticelli. Enseguida me cae bien, es inquietante que no deje de mirarme, pero se nota que es buena gente.

Seguimos con esta clase de pizza y no dejo de mirar a Claudia pendiente de cómo sus ojos relucen de felicidad.

No quiero perderme ni uno solo de sus gestos. Me los pienso guardar todos en mi memoria para cuando solo el recuerdo sea lo que me quede de

ella.

# Capítulo 25

## Claudia

—Amasar bien —nos dice Venus.

Eso hago hasta que me fijo en que yo parezco un muñeco de nieve por la cantidad de harina que hay en mi ropa y Niccolo está impecable. Se nota que sabe lo que hace y por eso no puedo evitar meter las manos en su harina antes de esparcísela por sus arremangados brazos.

—Tanta perfección me estaba poniendo nerviosa —comento en voz baja para que solo lo escuche él.

—Mentirosa, seguro que nos estabas imaginando desnudos sobre la mesa con solo una capa de harina entre nuestros cuerpos —me susurra al oído.

—Eso me lo guardo para mí. —Le saco la lengua y sigo con mi tarea.

—Ahora la dejaremos reposar.

Hacemos lo que dice y la seguimos a otra sala para beber algo. Estoy cogiendo una botella cuando se me acerca Andrea.

—Mi prima no le quita la vista a tu chico. Es divertido —me indica, mirando a su prima que sigue con la vista fija en Niccolo, quien habla en ese momento con uno de los alumnos de Andrea.

—Es muy guapa.

—Lo es, pero es un poco pesada. —Me rio por su forma de decirlo, porque se nota que la adora—. Menos mal que es igual a su madre, y no a mi tío que es un capullo —me suelta—. Por suerte sus hijos han sacado el carácter de la familia de su madre.

—¿Y tú? Porque intuyo que eres primo por parte de padre.

—Yo por desgracia tengo un carácter complicado...

—No le hagas caso, es un buenazo —dice su prima que parece que ha escuchado parte de nuestra conversación. Habla en español y no me extraña dirigiendo un hotel con cientos de turistas de diversos países—. De bueno,

tonto.

—Vale, acabas de quitarme todo el sexapil. A las chicas no les van los chicos buenos.

—A ella no le vas, Andrea. Ella solo tiene ojos para Niccolo. —Su prima le saca la lengua y una vez más sonrío a Niccolo de una forma que me pone algo de los nervios.

Es muy descarada. No tiene sentido dejar claro que sabe que me gusta y tontear con él en mi cara.

Termina el descanso y regresamos a mirar cómo va la masa. Todas han subido bien... Vale, la mía un poco menos pero no me importa porque seguro que estará deliciosa igualmente.

Saca los ingredientes y cojo jamón york, beicon y pepperoni, no el pimiento, como aquí se le conoce, sino el chorizo especiado y por lo que comúnmente lo conocemos en España. Ya me advirtió mi hermana de que el pepperoni era como un pimiento y si pedía una pizza con pepperoni, y no especificaba el chorizo, me pondrían la pizza con el vegetal.

—Tu pizza tiene una pinta... rara —me dice Niccolo divertido al ver que de redonda no tiene nada.

—Es para diferenciarla del resto...

—Eso seguro que lo haces con facilidad —señala Andrea—. Es la más fea.

—Iros a la porra los dos. Es un corazón...

—Sí, uno aplastado... —dice Niccolo y Andrea se ríe.

Les lanzo una mirada fulminante y pongo mi pizza donde me indica Venus para meterla al horno.

—¿Crees que me saldrá? —le pregunto a Venus.

—Yo he hecho de sobra, no te quedarás sin cenar.

—Ya, pero quería llevarme la receta a casa.

—Te la apunto en un papel y lo mismo si la haces tranquila, y sin mirar a cada segundo a Niccolo, no te saltas ningún paso.

—Es muy guapo... y sé que te gusta —le digo.

—¿Que me gusta? No, por Dios. No es mi tipo para nada.

—Pues no paras de mirarlo.

Se pone tensa.

—No me he dado cuenta de que lo miraba tanto.

Se aleja y siento como si hubiera dicho algo mal. Vuelvo a donde está Niccolo hablando con Andrea como si lo conociera de toda la vida. La verdad es que admiro en muchos sentidos a los hombres que tienen esa facilidad de hacer amigos con tanta rapidez, sin darle mil vueltas a todo.

Esperamos a que las pizzas se hagan. Cuando me pone la mía en mi sitio, sigue sin tener buena pinta. No como la de Niccolo que tiene una pinta espectacular:

—Lo mismo engaña —digo antes de probarla.

—Puede ser... —Veo duda en su mirada de que de verdad esté buena.

La pruebo o lo intento... Se ha quedado dura.

—No se me da tan mal cocinar. —Niccolo pone su pizza entre los dos.

La ha rellenado de lo mismo que yo, tal vez adivinando que se iba a quedar así la mía. A saber qué paso me he dejado.

—Me alegra que pruebes algo mío.

—Nunca te pides pizza... ¿Es porque eres muy bueno?

—Esta vez lo puedes comprobar.

—Lo mismo te ha salido horrible al seguir la receta de Venus...

—No, porque es igual que la mía. Una coincidencia.

Pruebo la pizza con curiosidad de ver si cocina tan bien como alardea. Y sí, la pizza está increíble, la mejor que he probado en este viaje. No se lo digo por supuesto.

—No está mal.

—Se te olvida que eres un libro abierto. Sé por tus ojos que te ha encantado.

Le saco la lengua y sigo comiendo. Venus trae unos postres y me decanto por el tiramisú tras hincharme a pizza de todos los que me han ofrecido. La de Andrea también estaba deliciosa.

El tiramisú me encanta e insisto a Niccolo en que lo pruebe ya que es como lo hace él, con canela por encima.

—Vamos, hazlo por mí. Lleva canela. No eres el único que lo hace así —le digo con el postre ante su boca.

Duda sin dejar de mirar el postre como si este tuviera la respuesta de su indecisión, pero al final lo prueba. Por su cara sé que le he gustado y más

porque repite.

—Es igual al mío. Otra coincidencia.

—Qué casualidad, pero es normal que si tu madre aprendió en Roma a cocinar, al venir aquí encuentres similitudes con su cocina. Yo voy a seguir comiendo.

Voy a por un poco más al tiempo que veo a Venus hablar con un hombre que está de espaldas, moreno y que acaba de entrar. Parece preocupada y no para de mirar a Niccolo. Me giro y este también parece tenso por el escrutinio. Ya hasta dudo que sea algo sensual.

El hombre se gira y de la impresión me voy hacia atrás, chocándome contra la mesa.

Es idéntico a Niccolo, pero con unos años más.

Me giro a mirar a Niccolo y lo veo pálido.

Se mueve muy rápido y se marcha antes de que pueda ser consciente de lo que está pasando.

—¡Niccolo! —grita Venus—. Por favor, queremos hablar contigo en privado. —Este no se gira y sigue yéndose hacia la puerta. Yo los sigo—. ¡D'Angelo! —grita Venus y solo entonces se para, y los mira.

Parece un niño pequeño perdido.

Llego hasta él y cojo su mano. Está helado, creo que los dos hemos llegado a la misma conclusión.

Ese hombre es familia suya. Ahora solo falta saber qué parentesco los une.

# Capítulo 26

## Niccolo

Los miro sin querer creer lo que tengo delante. Las posibilidades de que con lo grande que es Roma me encontrara con alguien que puede ser un familiar mío, eran mínimas o yo quería creer eso.

—Te apellidas como Arabela —me señala Venus acercándose y posando una mano sobre la mía—. Estás helado, por lo que parece no sabías que este era el hotel donde trabajó tu madre de adolescente.

—¿Y vosotros qué sabéis de mí? Solo nos parecemos —digo a la defensiva, mirando al hombre que me mira desde no muy lejos.

Aparto la mirada porque es raro mirar a alguien que tiene tus mismas facciones.

—Sabemos que Arabela se fue embarazada con el dinero del cabrón de nuestro padre para que abortara —comenta el hombre—. ¿Podemos hablar en privado?

Asiento porque se han reunido alrededor algunos curiosos.

Vamos a su despacho. Claudia se queda en la puerta y abre la boca para hablar, seguramente para decir que se queda fuera, pero tiro de ella para impedirselo y cierro la puerta. La necesito a mi lado más que nunca.

Venus husmea en su despacho y saca unas viejas fotos. Me las muestra. En una de ellas, está mi madre de joven. Sonríe abrazada a una niña pequeña que intuyo que es Venus. Nunca he visto a mi madre así de feliz, tal vez algo parecido tras casarse con mi padrastro, pero ya no queda nada de esa inocencia en ella. En las fotos que yo tengo de ella conmigo, así de joven, siempre sale seria.

—Mi madre ha cambiado mucho.

—Es tu madre —dice Venus esperanzada—. Mamá estaba convencida de que ella no iba a usar el dinero para abortar.

—¿Cómo, es que sabía que su marido la engañaba? —pregunto algo

incrédulo.

—Te contaremos la historia —señala el hombre abriendo la boca por primera vez—. Mi nombre es Rafaelo, por cierto.

Asiento aunque me da igual cómo se llame. Solo quiero saber su historia e irme. Quiero salir de aquí.

—Mi madre encontró a tu madre vagando por la calle cuando no era más que una niña. Por ese tiempo, mi madre estaba embarazada de mí —comenta Venus—, y Rafaelo era un niño de cuatro años...

—Me dan bastante igual vuestras edades. —Claudia me da un pellizco en la mano—. Vale, perdonad... Seguid.

—Como iba diciendo mi hermana, mi madre encontró a la tuya vagando sola y parecía que llevaba días sin comer. La trajo al hotel y le dio trabajo cuando se enteró de que su borracho padre la había echado de casa y su madre no había movido un dedo por ella. Estaba sola y solo nos tenía a nosotros. Ella ayudaba en el hotel y me cuidaba. Yo la quería mucho y en cuanto nació Venus, ayudo a nuestra madre con la pequeña y siguió con lo demás.

—El problema era nuestro padre y el enamoramiento que tu madre sintió por él desde que lo vio —explica Venus—. Mi madre lo encontraba gracioso, era una niña de catorce años enamorada de su jefe y no pensaba que eso pasara a más; que nuestro padre pudiera usar ese enamoramiento dulce e inocente para conseguir algo. Pero lo hizo... Cuando tu madre llevaba tres años con nosotros y estaba cansado de que nuestra madre le diera largas a la hora de ir a la cama por el cansancio o porque no podía ser esposa y madre...

—Eso no es excusa —suelta Rafaelo—. Mi padre usó eso para justificar que sedujera a una niña enamorada y se la llevara a la cama.

—Por lo que sabemos, solo pasó una vez —indica Venus—. Nuestra madre notó que Arabela la rehuía y lo hizo hasta que un día la encontró llorando devastada y la presionó para que le contara la verdad, diciéndole que sabía que había pasado algo con su marido... Es más, que creía que nuestro padre la había forzado. Ella lo negó claro y dijo que se fue a la cama con él por gusto, pero que ahora sabía que era un monstruo porque le había dado dinero para deshacerse del niño. Cuando se dio cuenta de que estaba

revelando demasiado, se fue corriendo. Mi madre fue tras ella para decirle que no estaba sola, que la ayudaría. Mi madre quería a Arabela y como no la encontró empezó a buscarla... Sin éxito. Una parte de ella sabía que Arabela no se desharía del niño porque, aunque ahora odiaba a nuestro padre, sabía que lo amaba y no podría deshacerse de lo único que tendría de él. Que tú lleves el nombre de nuestro padre, confirma sus sospechas.

Me agito, no sabía nada de esto, menos que llevaba el mismo nombre que el desgraciado que quiso deshacerse de mí y sedujo a mi madre... No era más que una niña.

—Nosotros siempre hemos sabido que podríamos tener un hermano y, sin querer, te hemos buscado en cada cara de un nuevo huésped. Mi madre creía que el destino te traería de vuelta a casa y tenía razón.

—Sí, y por si te lo preguntas, tras lo sucedido, mi madre se enfrentó a nuestro padre. Llevaron vidas separadas mientras trabajaban juntos hasta que nos hicimos mayores. Empezamos a ahorrar y le compramos su parte pidiéndole que se fuera, y no regresara. Él nunca ejerció de padre con nosotros. Prefería ser más un jefe y alguien que se aprovechaba de su belleza para conseguir lo que quería.

—Tú y yo somos como él —dice Rafaelo—. Pero por mi parte solo físicamente.

—Pues yo soy un cabrón que engaña a la gente para ganar dinero como youtuber. ¿Puedo irme ya?

Claudia me suelta y me mira reprobatoriamente.

—Puedes hacer lo que te dé la gana —me dice Venus—, pero nosotros queremos juzgar por nosotros mismos cómo eres. Queremos saber de ti... Eres nuestro hermano.

—Hermanastro —puntualizo—. ¿Nos vamos?

—¿No tienes curiosidad por nosotros? —me dice Rafaelo—. Tengo dos hijas pequeñas y mi hermana un niño de un año. Son tus sobrinos, tu familia...

—También de nuestro padre y a él no lo queréis cerca.

Empiezo a irme y Claudia me sigue.

—Estas comportándote como un idiota... —me advierte Claudia.

—¿Y cómo sabes que no soy así?

—Sé que cuando te da miedo, muestras tu peor cara y la estoy viendo ahora.

—No me conoces...

—Ahora mismo no te reconozco, pero sí creo que te conozco.

—Yo me voy. ¿Te acompaño a tu hotel?

—No, me voy a quedar un poco más con tu maravillosa familia, esa que por miedo no quieres conocer. Ya me volveré luego.

Dudo, pero me voy necesitando el aire fresco de la noche urgentemente para ver si así consigo recordar cómo se respira sin este nudo en el pecho. Lo hago sin girarme a mirar a Claudia porque sé que veré que la estoy defraudando y ahora mismo no puedo cargar con eso.

# Capítulo 27

## Claudia

Me quedo un rato en la recepción decepcionada por la actitud de Niccolo. Una parte de mí sabe que ha huido como ese niño que no quería hablar porque tenía miedo a no gustar, a no tener nada que la gente pudiera amar... Que se sentía solo.

Hoy entiendo más a su madre, la frialdad con la que lo trató de niño y tal vez la barrera que usó para protegerse, y ahora no sabe cómo romper.

Era una niña enamorada y traicionada; embarazada y sola en un país nuevo... Tuvo que sufrir mucho.

Me giro y observo a Venus con los ojos acuosos por ver que su recién encontrado hermano no quiere saber de ellos. Se marcha para que no la vean llorar.

Empiezo a irme hacia mi cuarto para recoger mis cosas cuando siento que alguien me abraza con mucha fuerza.

Sé por su perfume y por cómo reacciona mi cuerpo ante su contacto que se trata de Niccolo; que haya vuelto me da razón en lo que pienso de él: tiene tanto miedo que huye.

—Necesito irme, pero no puedo hacerlo sin saber si estarás bien.

—Estaré bien.

—Esto me ha superado... No sé cómo reaccionar.

—Lo sé.

—Volveré a ti... pronto. Por favor, cuídate mucho.

—Lo haré.

Me da un beso en el cuello que me causa cientos de escalofríos antes de marcharse de nuevo. Con su vuelta muestra que no es un egoísta o un cabrón como sé que él piensa que es. Descubrir que su padre lo es, no lo ayuda a no creer que lo lleve en los genes.

Busco a Venus para despedirme una vez que tengo todo recogido. Mi ropa estaba sobre la cama limpia. Me he cambiado y he dejado la prestada sobre ella.

Rafaelo me dice, cuando le pregunto por su hermana, que está recogiendo en la cocina.

Entro y la veo quieta mirando hacia un punto en el horizonte con un paño en la mano.

—Hola —digo al ponerme cerca—. Me voy a marchar. Solo quería darte las gracias por todo.

—Te las tengo que dar yo por traerme a mi hermano pequeño. ¿Crees que volverá? —Una lágrima cae por su mejilla.

—No lo sé. Yo apenas lo acabo de conocer.

—Y yo, pero lo quiero... ¿Te parece raro?

—No.

—Mi madre siempre nos ha dicho que hay personas a las que quieres con tan solo una mirada. A ella le pasó con mi padre, luego con sus hijos y con la madre de Niccolo. Siempre se acordó de ella. Cuando sepa esta historia... Seguro que viene corriendo. Total para otra vez amargarle no poder hacer más por Arabela... No sé si decírselo.

—Yo no puedo aconsejarte qué hacer.

—¿Dónde lo conociste? Quiero saber más de él.

—Si quieres te lo cuento. No tengo nada que hacer.

—Vale, voy a por unas copas para tomarnos un buen limoncello fresquito.

Asiento y la espero en una mesa que hay con unas sillas.

Al poco, regresa con la bebida. Se sirve una generosa copa y se la bebe de un trago antes de servirnos una a cada una.

—Lo conocí hace menos de una semana.

—¿En serio? —Asiento—. Por la forma que lo miras, pensaba que más.

—¿Cómo lo miro?

—Como si fuera tu norte. Esa persona que da sentido a los pasos que marcan tu vida.

—No sé lo que siento.

—Veo en tus ojos que te asusta lo que sientes... Perdón, estoy

acostumbrada a leer las emociones en la gente.

—En eso te pareces a Niccolo.

Veo emoción en sus ojos por compartir algo con él.

—Sigue.

Se lo cuento; parece que hace una vida desde que nos vimos por la cantidad de cosas que hemos compartido juntos y por lo que siento cuando estoy a su lado, que no hace más que aumentar.

—Y mañana es vuestro último día juntos.

—Si regresa a mí...

—Lo hará. He visto como te miraba cuando volvió. Te miraba como un enamorado...

—Él dice que se está enamorando. Yo tengo miedo de que esto solo sea porque estamos lejos de lo que somos.

—Tú también eres esta persona. Todo lo que estás viviendo es real.

—Es que no tiene sentido... Me asusta.

Coge mis manos.

—Te deberían asustar las cosas malas, las que te hacen sufrir, pero no amar. Aunque al final duela, siempre tendrás la suerte de poder recordar los momentos donde te sentías con la fuerza suficiente para comerte el mundo. Si te da miedo reconocer lo mucho que te importa, es porque tienes miedo de que cuando lo hagas, la caída sea enorme si no sale bien. Debes de saber tan bien como yo, que por mucho que no reconozcas algo, eso no quiere decir que duela menos la caída... Si es que la hay...

—Lo sé.

Doy un largo trago a mi bebida.

—¿Qué más hay?

—Este debía de ser mi viaje de novios con otra persona y, aunque creía estar enfadada con él, me estoy dando cuenta de que hace tiempo que solo lo veía como a mi mejor amigo... No recuerdo la última vez que al mirarlo sentí que lo era todo para mí o que un beso suyo hiciera que me olvidara de todo.

—Tal vez eso nunca pasó y de pasar, hace tiempo que se extinguió. No te sientas culpable. Creo que ahora que aceptas la verdad, entiendes mejor cómo habéis llegado a tomar caminos separados.

—Sí, y lo echo de menos, pero como amigo. Él quiso hablar conmigo

antes de que me viniera de viaje... Yo lo bloqueé en todos lados para no tener que hacerlo. Ahora me arrepiento... Creo que nos debemos una conversación.

Asiente. Escuchamos unos pasos y miramos hacia la puerta. Por su cara de desilusión al ver a Andrea, sé que esperaba que se tratara de Niccolo.

—Venía a ver si quieres que te acompañe a tu hotel —se ofrece Andrea—, y, antes de que me digas que eres capaz y todo eso... en verdad soy un egoísta que como mañana regresa a su ciudad, quiere pasar más tiempo contigo.

—¿Sabes que está pilladísima por tu primo, no?

—No soy tonto, pero me gustaría tenerla como amiga. ¿Vamos?

Asiento. Me asusta menos ser su amiga que aceptar lo mucho que me gusta su primo, aunque para los dos sentimientos el tiempo sea tan escaso.

Nos despedimos de los hermanos y, tras prometerles que los llamaré o les escribiré por WhatsApp o email, me dejan ir.

—¿Cómo estás? —me pregunta Andrea cuando montamos en el metro de vuelta al hotel.

—Rara.

—¿Por?

—Me asusta que todo se haya acabado antes de tiempo. Aún me queda un día a su lado...

—¿Y luego?

—Luego quiero saber si es real.

—¿Y cómo lo vas a saber?

—No sé. ¿Alguna idea?

—No, solo un consejo.

—¿Cuál?

—Que si existe una posibilidad de que lo puedas amar... no lo dejes ir o te arrepentirás toda la vida. Para descubrir si no es real, siempre hay tiempo, pero por experiencia sé que sacar de tu cabeza una historia inacabada, es casi imposible. Siempre te preguntarás qué habría pasado si...

—Lo entiendo.

Nos quedamos en silencio y seguimos así hasta llegar a la puerta de mi hotel.

—Bueno... —No sé qué decir y tal vez por eso me abraza amigablemente.

—Sabrás de mí. Me has dado tu móvil. —Asiento—. No pienses. A veces pensar demasiado es lo que nos separa de hacer lo que de verdad deseamos.

Esta vez soy yo la que lo abraza.

Me despido de él sabiendo que seremos buenos amigos. Tengo esa certeza y esa esperanza. Ahora que lo conozco quiero que siga siendo parte de mi vida.

Voy hacia mi cuarto esperando que Niccolo esté de vuelta. No lo está y tampoco vuelve a dormir. Lo sé porque no puedo dormir en toda la noche esperándolo, deseando que ahora que es cuando más me necesita, regrese a mí.

¿Y si no vuelve?

Me costará cerrar esta historia.

# Capítulo 28

## Niccolo

—¿Qué haces aquí?

Alzo la cabeza y veo a Claudia salir de su cuarto. Al final me he debido quedar dormido en el pasillo.

Se sienta a mi lado.

—¿Por qué no has llamado?

—No quería despertarte.

—No he dormido mucho, por si venías. Eres tonto...—dice, al ver que hago un gesto de dolor al estirarme—. Anda, pasa, para que te des una ducha caliente que te relaje los músculos.

No discuto. Estoy helado y dolorido.

Entro al cuarto. Es muy temprano. El sol apenas ha despuntado en el cielo. Cojo ropa limpia y me doy una ducha muy caliente. Noto como el agua cala en mis huesos resentidos por estar tanto tiempo sentado en el suelo.

No sé qué hora era cuando vine pero sí que no quería molestarla, si ya estaba dormida por culpa de mi idiotez.

No he parado de dar vueltas a todo.

He comprendido mejor mi historia, a mi madre... y he sentido mucho dolor por ella. Llevar el nombre de mi padre, me hace ver lo mucho que lo quería y que en el fondo esperaba que él regresara. Tal vez por eso se fue convirtiendo en una persona cada vez más fría, para proteger un tierno corazón que lloraba por el desamor.

Tengo ganas de abrazarla, de acortar esa distancia que hay entre los dos y que, sin querer, los años hicieron más grande. Un día no pudo abrazarme y, cuando lo deseó, no encontró la forma.

Sé que eso es vivir con miedo al rechazo o la resignación.

Esta era la pieza que me faltaba para ver cómo es mi madre en verdad, porque los errores de una persona hablan más de ella que sus aciertos. Son

estos los que nos hacen más mella y los que hacen que los caminos que tomemos tengan un sentido u otro. Pero, aunque tengo eso claro, no sé si quiero esta nueva familia que se me brinda. Llevo treinta años sin ellos... No quiero conocerlos, no quiero ilusionarme y que luego nada sea como he soñado, como he pensado que sería de encontrarnos en este viaje.

En mi mente, son perfectos. No quiero que eso cambie.

Tardo mucho en salir de la ducha.

Claudia me espera sentada en la cama.

—No quiero pensar en ellos. Hoy no. Es nuestro último día... juntos.

No lo niega, solo asiente y eso me duele. El problema es que nunca me dijo otra cosa.

—¿Dónde quieres ir?

—Te voy a llevar a un lugar y esta tarde tengo que hacer una cosa... Luego te quiero invitar a cenar a un restaurante elegante.

—¿Tengo que ir vestida de punta en blanco? Sabes que yo soy feliz comiendo pizza o una hamburguesa.

Me acerco y acaricio su mejilla.

—Deja que esta noche sea perfecta para mí. Solo te pido que confíes en mí y que vayas como quieras. Si no te dejan entrar porque quieres vestir en vaqueros, no es un lugar para nosotros.

—Vale, me dices la dirección y la hora y allí estaré en vaqueros y deportivas. —Por su mirada sé que miente pero asiento divertido.

Cojo su cara entre mis manos y la beso.

Este beso y lo que siento es tan real que me duele saber que es lo único que sé seguro que no tendré dentro de unos días.

Tras desayunar y tomar bastante café, cogemos la moto para ir a Villa Adriana, a unos veintitrés kilómetros de Roma. Un lugar que, desde que investigué por internet, he querido visitar. Se construyó para el retiro del emperador Adriano, y en 1999 fue declarado Patrimonio de la Humanidad.

Paramos cerca y vamos hacia allí.

Andamos por la villa maravillados por la cantidad de historia que hay ante nosotros. Nos sorprende la piscina enorme que hay y que está tan bien

conservada.

—Me encantaría tener unas gafas 3D y ver a través de ellas cómo era este lugar —me dice Claudia haciendo fotos, como no, de todo.

—En muchos lugares ya se hace. Debe de ser increíble ver cómo era, quitarte las gafas y ver lo que queda.

—¿Os hago una foto juntos? —nos pregunta una turista en español.

Espero que Claudia se niegue, en todo este tiempo no ha querido que nos hiciéramos ninguna foto juntos, y como esperaba empieza a negar con la cabeza, por lo que saco mi móvil y se lo tiendo a la mujer.

Me pongo al lado de Claudia y paso mi mano por su cintura. Ella apoya la cabeza en mi pecho y posa para la foto.

Yo solo puedo mirarla a ella.

Tras hacer varias me tiende el móvil y yo cojo el de la turista para fotografiarla con su pareja.

Se va y miro las fotos sabiendo que seguramente será lo único que tenga de Claudia y que me recuerde que lo que sentí fue real.

—Hacemos buena pareja...

—Seguro que salimos genial. —No quiere mirar las fotos y no puedo obligarla. No lo hace porque eso lo hace más real y no quiere, de momento, comprender hasta qué punto lo nuestro lo es.

—Quería un recuerdo...

—No tienes que explicármelo. Igual que yo decido no quererlo, tú puedes decidir que sí. Cada uno toma sus propias decisiones y son igual de respetables ambas.

Seguimos disfrutando de este precioso y verde lugar sin apenas hablar.

Yo no sé qué decirle y creo que, si callo, es porque temo asustarla si dejo que mi boca dé voz a mis sentimientos.

Al acabar la visita, comemos algo y regresamos al hotel. Subimos a su cuarto y recojo mis cosas para cambiarme luego en mi hotel, y porque quiero darle a ella la posibilidad de pasar la noche a mi lado o irse tras estar juntos.

Con todo listo, voy hacia la puerta y la abro. Me cuesta marcharme de aquí.

—Te espero esta noche. —Asiente y me besa antes de perderse dentro de su habitación.

Si por mí fuera, no me separaría de ella pero... el trabajo manda y Rafa no para de enviarme mensajes para recordarme que no me puedo escapar... No puedo disfrutar de las últimas horas al lado de Claudia sin recordar lo que me trajo a Roma y lo que me hizo saludarla por primera vez.

Sé que le tengo que decir la verdad pero... no puedo.

# Capítulo 29

## Claudia

Estoy tomándome un café en la Galleria Alberto Sordi, cuando me llama mi hermana.

—Hola, pequeña. ¿Dónde estás? —me pregunta antes de que yo diga nada.

—Hola, estoy en unas galerías preciosas. Son mucho más increíbles de lo que vi en Google.

—¿Con tu apuesto chico?

—No, hemos quedado esta noche. Tenía algo que hacer...

—Lo dices como si te ocultara algo.

—Claro que me oculta. Se piensa que no me doy cuenta, pero lo veo en sus ojos y creo que por eso...

—Que por eso no quieres reconocer que estás muy pillada de él.

—Solo nos queda esta noche —la corto.

—¿Y no le vas a dar tus datos para poder ver si solo ha sido un amor de Roma?

—No lo sé. —Miro mi taza de café como si buscara en ella las respuestas—. Estoy hecha un lío. He escrito mi dirección en un papel y lo llevo en el bolso pero, no sé si se lo daré o si quiero dárselo. Si lo hago, es porque creo que lo nuestro tiene una posibilidad, para que salga bien o para fracasar, y me voy a tirar de cabeza a descubrirlo. He pensado buscarlo en YouTube... Ver quién es y decidir. Comprobar si es tan capullo como piensa o si es verdad que eso es un trabajo o no es así...

—No lo hagas. Si te ha pedido que confíes en él, hazlo. Cuando decidas qué hacer, ve los vídeos con él, que te explique.

—¿Y si decido pasar de él?

—Entonces puedes verlos sola, para recordarlo. Te conozco Claudia. Tú no te entregas a la pasión. Saliste con Eneko porque te enamoraste nada más

verlo... Eres de las que cree en el amor a primera vista y que el amor solo puede ser verdadero. Si te has dejado llevar por él, es solo porque cuando lo miraste la primera vez, viste a alguien de quien te podías enamorar.

Noto como una lágrima acaricia mi mejilla y me la seco con disimulo mientras reprimo el resto.

—Tengo miedo —reconozco.

—¿A apostar por él y que las dudas que tienes te hagan darte cuenta de que has sido una tonta al confiar en un extraño?

—Sí. Odio que me conozcas tan bien.

—Bueno, tú tranquila, que solo podía ser así si tu youtuber fuera el capullo de Two.

—¿Two? ¿Quién se pone Dos como nombre? Es muy simple —digo riéndome.

—Ya, él dice que es tan simple y tan conocido que siempre sale cuando la gente busca algo con ello. En la simpleza está la grandeza.

—No me digas como es...

—¿Temes que sea él?

—Puede ser cualquiera. Te cuelgo.

—Mañana nos vemos cuando regreses. Decidas lo que decidas y sea Two o no, te apoyo igualmente.

—Lo sé.

Cuelgo y pongo el YouTube. Estoy tentada a buscar a Two para ver si es o no Niccolo, pero no lo hago porque tengo un mal presentimiento y en este viaje he aprendido a creer en las coincidencias y señales.

Guardo el móvil y me voy de compras. Tal vez mañana decida que lo nuestro dure más o no, o que de vuelta a casa vea sus vídeos y odie a la persona de la que sé que me estoy enamorando, pero eso será mañana. Hoy aún sigo creyendo en lo nuestro. En que este viaje no hubiera sido lo mismo sin él.

Me pruebo varios vestidos por las tiendas tan preciosas que hay en estas galerías y al final me decanto por uno con falda roja de esas de cintura alta y abombada abajo hasta por encima de la rodilla, y un body blanco de media

manga con el cuello de barco.

Me voy a una peluquería que hay cerca donde, por suerte, tienen un hueco y les pido que me hagan ondas en el pelo. Mientras me peinan cojo el móvil y una vez más estoy tentada de buscar por las redes a Two o poner en el buscador youtubers de España famosos o conocidos.

No lo hago y me cuesta más que antes.

Decido apagar el móvil tras decirle a mi familia que no voy a tener cobertura donde voy a estar pero que no se preocupen porque estoy bien. Les miento porque necesito olvidarme de él.

Tras la peluquería me marcho a mi hotel y me doy una ducha, con cuidado de no estropear el peinado, antes de maquillarme.

He ojeado, antes de apagar el móvil, a que restaurante vamos a ir y no tiene pinta de ser de los baratos.

Le digo a la recepcionista de mi hotel que me pida un taxi y, cuando llega, le doy la dirección más nerviosa de lo que recuerdo haber estado nunca.

Esta noche va a ser especial en muchos sentidos y cuando acabe será el momento de tomar decisiones para las que no estoy preparada.

# Capítulo 30

## Claudia

Llego al restaurante y me bajo del taxi tras pagar. Busco a Niccolo entre la gente que hay en la puerta, pero me cuesta verlo porque había una pareja tapándolo. Se apartan y lo veo acercarse a mí impecablemente vestido.

Se me corta la respiración al verlo.

El traje chaqueta de color azul marino le queda como un guante y la camisa blanca realza su moreno.

Me cuesta hasta tragar.

Me sonrío y siento que ahora mismo sería capaz de darle cualquier cosa que me pidiera.

Acabo de perder la poca razón que me quedaba.

Se pone delante de mí y me mira de arriba abajo, y, cuando sus ojos se encuentran con los míos, sé que le gusta mucho lo que ve.

—Eres preciosa.

Que me diga eso en vez de decir que estoy preciosa me gusta, porque deja claro que le gusto lleve lo que lleve.

¿Es esta su verdadera cara? Eso quiero creer, porque sé que cada vez estoy más cerca de saltar al vacío y aceptar lo que siento por él sin miedo.

—Vamos. —Me tiende la mano.

Se la cojo segura, ya que al menos tengo claro que esta noche le sigo allá donde vaya.

Mañana ya se verá.

Entramos al restaurante y el metre nos dice cuál es nuestra mesa tras decir Niccolo su apellido. Niccolo D'Angelo, la verdad es que me gusta mucho como le queda.

Me quedo maravillada con el lugar. Tiene unos grandes ventanales que muestran unas vistas preciosas de la ciudad de Roma de noche.

Nuestra mesa está cerca de una gran ventana. Niccolo aparta mi silla

para que me siente tras coger la chaqueta que llevaba en el brazo. No me la puse porque no esperaba estar mucho en la calle y quería sorprenderlo cuando me viera.

Me siento y, cuando se va hacia su silla, me levanto y se la aparto.

Se ríe y se sienta.

—Me hacía ilusión —le digo cuando regreso a mi silla.

—Iguales.

—Sí.

Nos traen la carta de vinos y Niccolo me pregunta si me fio de su criterio. Asiento porque no entiendo mucho. Tras pedir uno, el camarero se va y Niccolo coge mi mano sobre la mesa. Me acaricia la palma mientras me lanza una de esas miradas que cortan el aliento.

Me podría acostumbrar a esto... A su mirada, sus caricias y sentir cientos de mariposas en mi tripa cada vez que pienso en él.

—No quiero que este viaje acabe —empieza a decir, antes de que nos interrumpan con el vino.

Nos sirven y el camarero se marcha tras ver que lo probamos, y nos gusta.

—Mañana cada uno volverá a su vida. Es lo que ambos sabíamos.

Nos traen la carta interrumpiéndonos otra vez.

Me centro en la carta que está en español y leo todo los platos sin ver nada en realidad. El precio es tan elevado que me está asustando un poco hasta pedir pan.

—¿Y si nos vamos a un McDonald's?

—¿Y si pides lo que quieres sin mirar el precio? Te dije que te invitaba.

—No me gusta aprovecharme de la gente.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Quiero regalarte esta noche especial.

—No me tienes que regalar nada. Yo sería feliz con un bocata en cualquier sitio... —Me callo porque iba a decir «contigo».

—Si quieres pido yo y así no te sientes culpable por lo que comemos porque ha sido decisión mía.

—Umm... Vale. Pero odio la carne y el pescado crudo, por si estaba entre tus planes.

Asiente con una sonrisa y ojea la carta antes de pedir. Cuando lo tiene

claro, llama al camarero y nos toma nota de lo solicitado.

Una vez más coge mi mano y me acaricia.

Quiero estar contenta pero una parte dentro de mí se está muriendo de pena porque esta pueda ser nuestra última noche juntos.

—A mí me encanta cualquier sitio donde estés tú. —Me guiña un ojo porque se ha dado cuenta de que he callado justamente eso.

De los dos, él es el más valiente.

—Te voy a contar algo más de mí. Soy de Asturias. Vivo con mi madre y su marido en un precioso pueblo costero. Estoy enamorado de mi tierra y siempre que he podido, he viajado por ella para descubrir sus tesoros ocultos.

—Siempre he querido ir a Asturias. La gente que ha ido me ha contado lo hermosa que es. Además, me encanta ese aire celta y mágico que a mí parecer la envuelve.

—Sí, pero también tiene influencias romanas.

—Toda España está llena de ruinas romanas.

—Eso es cierto. —Sonríe de medio lado.

Mi madre eligió ese destino al azar. Quería irse lo más lejos posible de Roma y cogió un vuelo que la llevó a Madrid, y luego tomó el primer autobús que salía, llegando hasta un pueblo de Asturias. Pasó allí la noche y vio que se necesitaba una camarera y alguien que limpiara en el teatro, y no se lo pensó más.

—Por como hablas de tu tierra se nota que la quieres mucho.

—Sí, y si una canción describe lo que siento es una de Melendi...

—La mi mozuca, ¿no? —Asiente—. Me encanta esa canción y Melendi, pero mi cantante preferido es Pablo López y ahora me gusta mucho Rozalén.

—La he escuchado. Tiene una voz preciosa.

—Sí, mi canción preferida es la de Baile con David Otero. Me gusta lo que dicen, de tocar haciendo que todos los sentidos estén alerta. No bailar sin más, bailar con el alma acariciando cada parte de ella... Al menos así es como la interpreto.

—Lo bueno que tiene la música es que cada uno la escucha y le transmite sensaciones diferentes.

—Si tuviera que poner una banda sonora a este viaje, sería eso, porque

cuando te vi, sentí...

—No te calles, por favor —me implora.

Y, por una vez, soy valiente.

—Sentí que estábamos conectados y que seríamos la pareja perfecta en un baile de corazones. Es una cursilada...

—Me encanta. Gracias por compartirlo conmigo.

La intensidad de su mirada corta mi respiración, por eso solo atino a asentir. Por suerte nos traen los primeros platos y evito revelar más de lo que quiero esta noche.

—Adelante —me dice cuando dudo si probar o no lo que tenemos delante.

Tiene muy buena pinta, pero es tan bonito que casi siento que estoy destrozando una obra de arte cuando meto mi tenedor.

—Me encanta —señalo tras el primer bocado—. Lástima que sea tan caro.

—No lo pienses y esta noche solo disfruta.

—Vale.

Seguimos comiendo entre miradas furtivas y sonrisas algo tímidas teniendo en cuenta que esta semana nos hemos conocido íntimamente, y que esta noche es diferente... Es como si fuera la primera vez que al mirarlo temiera que viera lo mucho que me gusta.

# Capítulo 31

## Niccolo

Tengo tanto que contarle, quiero saber tanto de ella... que solo callo y la miro como un tonto. Me aterra no volver a verla, y tengo claro que estoy enamorado de ella como no recuerdo haberlo estado nunca de nadie. A la mierda quien no entienda que se puede amar con tan solo una mirada.

Esta tarde me fui entre otras cosas porque sé que ella necesitaba espacio. Necesitaba tiempo para ella, para pensar en todo y en qué me dirá cuando le proponga seguir con lo nuestro tras esta noche.

Esa pregunta está en el aire y no sé qué respuesta tendrá.

Llegan más platos y Claudia los disfruta como una enana; solo por eso ha merecido la pena venir aquí.

Tras el postre nos acercamos a mirar por la cristalera para disfrutar del paisaje nocturno.

—Estoy llena y eso que esperaba quedarme con hambre.

—Me alegra que no sea así.

—¿Y ahora? —pregunta a mi reflejo en la cristalera.

—Quiero llevarte a un lugar antes de que digamos adiós a Roma.

Asiente y me marcho un segundo para pagar mientras se pone el abrigo. Vuelvo a su lado y salimos juntos a la calle. Hace buena noche y por suerte hoy no llueve ni espero que se acerque nadie que quiera contarme nada de mi familia.

Esta noche es solo para los dos, por eso no quiero pensar en mi familia recién descubierta.

Paseamos hasta la Fontana di Trevi.

—Aquí empezó lo nuestro...

—No, fue en el Coliseo. ¿Tienes lagunas mentales? —me dice de broma.

—Aquí decidimos dejarnos llevar y no pensar. El otro encuentro... no

fue tan importante para mí como este. Aquí te bese por primera vez y vi que tú sentías el mismo deseo que yo tras el beso.

—Te recuerdo que me estuviste esperando hasta que aparecí —señala sonriente.

—Tenía la esperanza de estar en lo cierto y encontrarte. —Saco de mi bolsillo dos monedas y se las dejo sobre su palma tras cogérsela—. Yo quiero ser ese nuevo amor Claudia. Quiero que esto no acabe aquí, en Roma.

—Yo... —No dice nada. Veo la duda pasar por sus ojos y la siento temblar.

Sé que debería callarme, pero no puedo, porque no nos queda más tiempo, y es aquí y ahora.

—Te quiero, y tal vez te cueste creerlo porque apenas nos conocemos pero... yo sé que el tiempo solo habla de un amor más profundo, no hace a un amor menos real que este.

Saco de mi bolsillo una pulsera de Pandora que le he comprado.

—Sigo sin saber qué decir...

—Sigues sin saber si te quieres tirar de cabeza como yo. —Sonrío con tristeza y le pongo la pulsera—. Una piedra azul por esta fuente —digo acariciando la piedra—, una pequeña Vespa para que pienses en nuestros viajes, un pequeño coliseo porque sí, en ese lugar nos encontramos por primera vez —reconozco—. Un corazón para que, estés donde estés, recuerdes que un día robaste el mío y... —Acaricio la última pieza—. Lo más importante: dos monedas porque, si no es conmigo, un día puedas encontrar el amor que te mereces y no dejes de luchar por ser feliz.

Se la abrocho y la veo sobre su muñeca.

Me atrevo a mirarla a los ojos y veo que un par de lágrimas caen por sus mejillas. Abro la boca para hablar pero sus labios no me dejan decir nada y me roban con sus besos lo que tengo claro no hubiera expresado mejor con palabras.

La beso sabiendo que tal vez mañana lo único que me quede de ella sea su recuerdo.

Me cuesta no derrumbarme y no lo hago por eso mismo, porque no quiero arrepentirme, cuando pase el tiempo, de no haber aprovechado los segundos a su lado.

Caminamos hacia el cuarto de mi hotel, cerca de la Fontana di Trevi, como tenía pensado, porque tengo la esperanza de amanecer juntos y si no, dejar que ella se sienta libre de elegir y no presionarla más.

Entramos a mi habitación, que ya me he encargado de tenerla presentable y de que Rafa no apareciera, ya que estos días se había instalado aquí. Pedí que me cambiaran las sábanas y lo limpiaran un poco, ya que Rafa es tan celoso de sus cosas que estos días colocaba siempre el cartel de no molestar.

Ahora mismo prefiero no pensar en él. La última vez que nos vimos esta tarde, acabamos enfadados porque le dije que al volver a España vería la forma de dejarlo todo y no tener que seguir trabajando más con él y con sus guiones, que antes me chirriaban y ahora me dan asco.

No quiero seguir siendo esa persona que se ve en YouTube.

Me centro en Claudia y la miro a los ojos un instante antes de retirar su chaqueta. Le quito la prenda y alzo mi mano para acariciar los contornos de su rostro. Lo hago memorizando cada arruga, cada peca y cada marca de ella.

—No quiero olvidar nada de ti.

—Das por sentado que no va a haber nada tras este viaje.

—Yo te he hablado de amor y tú me has dejado claro lo que sientes con tus silencios. —Abre la boca para hablar—. Tranquila, esta noche no pensemos en el mañana, ¿vale?

—Vale.

—Si yo tuviera que poner una banda sonora a este viaje... —Saco mi móvil y busco la carpeta de All of me que tengo en bucle para que suene una y otra vez. La música suena cuando dejo el móvil en la mesita—. Sería esta canción.

—Ya nunca podré escucharla y pensar que era parte de mi antigua relación —reconoce—. Tú le has dado un nuevo sentido a esta letra. Gracias.

La beso lentamente, con su cara entre mis manos. Cada vez hay más urgencia en nuestro beso, pero no quiero que este encuentro acabe rápido. Por eso le quito la ropa con lentitud, besando cada centímetro de su piel desnuda.

Me pierdo en su aroma... Me encanta como huele. Ahora sé, por haber convivido con ella, que es Sì de Giorgio Armani; un perfume que siempre me

recordará a ella cada vez que lo huela en otra persona.

Me pongo de rodillas ante ella y subo con un reguero de besos por sus perfectas y torneadas piernas. Su cuerpo no es perfecto y, tal vez, por eso me vuelve tan loco, porque es real, único y lleno de historias reales que contar.

Subo mis manos y mis labios por el interior de sus muslos arrancándole sus gemidos, notando como sus manos se enredan en mi pelo, tirando de él cada vez que el placer se hace más intenso.

Sigo subiendo hasta su estómago y doy cientos de besos alrededor de su ombligo hasta subir al contorno de sus pechos que ya están llenos y duros esperando mis caricias.

—Eres preciosa, única y real —digo ya a su altura, entrelazando mi mirada con la suya—. No cambies nunca por nadie.

No la dejo hablar. He visto en sus ojos la emoción y ahora mismo no necesito más.

La cojo en brazos al tiempo que la beso hasta llegar a la cama. Me quito la ropa una vez la dejo en el centro de la cama deseando sentir su piel fundirse con la mía.

Cuando ya no nos separa nada y nuestras pieles se juntan, siento como mi piel se eriza por no sentir nada más que a ella.

Nos besamos con la urgencia de dos amantes y con el miedo de unos enamorados que temen que el siguiente beso sea el último.

Me separo y busco la protección antes de adentrarme en su interior.

Una vez estoy dentro del todo, cojo su cara para perderme en sus ojos y no dejar escapar ni uno solo de los matices que emite su mirada.

Entro y salgo de ella con lentitud mientras le doy cientos de besos. Me queman las lágrimas conforme se acerca el final inevitable y temo no estar nunca más juntos; saber que me pasaré toda la vida buscando a otras con las que sienta una mínima parte de lo que siento ahora con ella.

Claudia pone sus piernas en mi espalda y presiona con ellas para sentirme más adentro.

Me quedo quito un segundo por el intenso placer que siento, antes de moverme buscando el alivio que no puede esperar. Es mi orgasmo el que arrastra al suyo esta vez.

La abrazo con fuerza contra mi pecho deseando que jamás se marche de

mi lado.

Este no puede ser el final.

Hace un rato que sentí que Claudia salía del cobijo de entre mis brazos y la escuché buscar su ropa.

Me levanto cuando se hace el silencio y me siento en la cama.

No me puedo callar más lo que pienso. Es hora de dar el resto.

—Quiero intentarlo. —La miro con sus cosas en la mano ya vestida—. Quiero saber dónde vives y que esto no acabe aquí.

—No vivimos en la misma ciudad y una relación a distancia es complicada.

—¿Es solo por eso?

—No... pero es una realidad. Vivimos muy lejos.

—Viajo mucho. Me paso más tiempo fuera de mi casa que en casa. No se me daría mal adaptarme a tu ciudad.

—Ya, eso pensaba mi cuñado y no se adapta. Echa mucho de menos su ciudad natal.

—¿Y por qué sigue en tu ciudad?

—Por el trabajo y porque ahí es donde está su familia.

—Pues ahí tienes la respuesta. Puede que no le guste mucho donde vive o, mejor dicho, que eche mucho de menos donde nació, pero si sigue ahí es porque por mucho que lo extrañe, sin su ciudad puede vivir, pero no sin las personas que más quiere. Ellas al fin y al cabo son su verdadero hogar.

—Eso es cierto, pero no sé qué decirte. Ahora mismo estoy bloqueada.

Tiro de ella para que se siente en la cama.

—¿Tu avión sale más tarde de las diez de la mañana? —Asiente—. Te espero a esa hora, antes de embarcar, en el aeropuerto. Si vienes es porque quieres que sepa de ti, tu número de teléfono y como poder seguir, y ver hasta dónde nos lleva todo esto. Quiero luchar por ti pero nunca haría nada que tú no quisieras. Por eso, si no vienes, no te buscaré.

Coge mi cara entre las manos y me besa lentamente. Antes de separarse, noto el salado de sus lágrimas.

—Te voy a extrañar —me dice—. Pase lo que pase y decidas lo que

decidas mañana, sé que no te voy a olvidar. Gracias por hacer que mi viaje a Roma haya sido mágico, y por hacerme recordar que la vida está llena de segundas oportunidades.

Asiento.

Me besa una vez más antes de casi correr hacia la puerta; sé que lo hace así porque teme no poder hacerlo si me besa una vez más.

Miro la puerta cerrada y noto la angustia en torno a mi pecho.

La idea de no verla más me mata. Sé que me pasaré toda la vida deseando que el destino cruce de nuevo nuestros caminos y tengamos una segunda oportunidad para demostrarnos que estamos hechos para envejecer juntos.

Ahora que se ha ido me arrepiento un poco de no haberle contado más de mí, de la verdad de por qué me acerqué a ella el primer día, de lo que esperaba de ella...

Me prometo a mí mismo que si mañana aparece, se lo contaré. Si no lo he hecho antes es porque me avergüenzo.

# Capítulo 32

## Claudia

Llego al hotel aguantándome las lágrimas. Es cerrar la puerta de mi habitación y llorar como si me acabaran de romper por la mitad.

No puedo negar que estoy enamorada de él.

No puedo negarme más esa verdad a mí misma, pero, pese a eso, necesito estar segura de qué paso dar ahora.

Tal vez hace unos años, cuando era una adolescente, me hubiera tirado de cabeza. Así lo hice con mi ex. No pensé si lo quería más o menos, si me atraía o solo quería tener novio. Me gustaban sus besos y lo que sentía al tenerlo. No me paré un segundo a ver en ninguno de esos años si eso era lo que quería.

Pero... ya no soy esa niña. Sigo creyendo en el amor y también en que antes de dar un paso tan importante hay que pensar las cosas.

Quiero ser esa adolescente que saltaba sin importar como cayera, pero no lo soy y por eso cuando me repongo, busco mi tableta y pongo YouTube para buscar a Niccolo.

Necesito saber quién se esconde tras Niccolo D'Angelo.

Por su nombre no encuentro nada, por lo que opto por poner en el buscador youtubers famosos de España. No dejo de pensar en Two pero por lo que dijo mi hermana no quiero que sea él. Quiero encontrarlo y que sea otro que no haya hecho saltar las alarmas de mi hermana.

Me aparecen cientos y los miro con miedo.

No tardo en reconocer a Niccolo y cuando veo que es Two, no puedo evitar llorar de rabia y dolor por el miedo de lo que me puedo encontrar.

Pulso el primer vídeo de su canal y ahí está Niccolo apostando con el que graba que será capaz de hacer que la tía que está con su novio comiendo, le dé su número de teléfono cuando su novio se marche a por la comida que están esperando.

El novio se marcha y Niccolo se acerca a la chica y despliega su encanto. Al verlo, siento ganas de potar porque me recuerda a cuando se me acercó a mí con esa chulería y ese aire de creído.

Ahora el que me hiciera eso de pasarme la mano por delante de la cara cuando nos encontramos en el Coliseo, encaja del todo con este chulo que tengo en la pantalla.

La chica cae y le da su número y, cuando regresa su novio, no le dice nada de lo ocurrido.

Niccolo gana la apuesta y al final del vídeo señala que nadie se puede resistir a la idea de follar con él.

Siento asco porque yo he caído en sus redes.

Sigo viendo un vídeo tras otro y en algunos solo son apuestas de lo que consigue con su cara bonita y su encanto. Otras, son bromas pesadas a turistas a los que les ofrece su ayuda para luego engañarlos, y cómo no, luego se ríen de ellos.

Noto arcadas y estas se acentúan cuando veo que los últimos son en Roma. Y reconozco los lugares donde yo estaba cerca y él se iba... a grabar.

Pulso el play y entonces veo algo que llama mi atención...

# Capítulo 33

## Niccolo

Son las diez pasadas y pienso que Claudia no va a venir. Me cuesta aceptar que no lo hará y estoy tentado de perder mi vuelo y quedarme esperando a que aparezca. No lo haré porque no puedo obligarla a sentir lo mismo que yo, a que quiera seguir a mi lado... A quererme.

Si hubiera una señal de que siente lo mismo que yo, lucharía por ella, pero solo he visto las de una mujer que como otras, disfruta conmigo en la cama.

Tal vez solo sea un cuerpo bonito... y nada más.

Estoy desvariando por el dolor que siento y que cada segundo es más intenso.

Recojo mi maleta para irme cuando son casi las diez y media.

—Two, ese es tu nombre de youtuber —dice una voz que reconozco muy bien a mi espalda.

Me giro sabiendo que en esta obra las caretas acaban de caer y solo muestran al hombre tras la máscara.

Temo lo que pueda ver en sus ojos por eso me giro y asiento sin atreverme a ver qué me cuenta su mirada.

—Ese soy yo.

—Eres un idiota, un capullo, un cara dura... La verdad es que sentí ganas de vomitar al ver los vídeos.

—Y has venido a decírmelo... Gracias, pero no dices nada que no sepa. Ya te dije que odiaba mi trabajo y te conté cómo era en esos vídeos. Te di la oportunidad de irte. Si te he ocultado algo, solo ha sido mi nombre y que he estado trabajando estos días —le digo, porque tenía pensando hacerlo si la veía—. Si lo hice es porque no puedo escapar del contrato que firmé así sin más, como Rafa me ha recordado. No te lo dije porque me sentía mal al tener que irme para grabar. A tu lado, podía evadirme y no pensar en ese trabajo

que me estaba asfixiando.

—Lo sé.

Que diga eso me descoloca y hace que lo que iba a decirle, se me olvide de golpe y solo pueda buscar sus ojos. Al hacerlo veo que sonrío y joder; nunca una sonrisa me gustó tanto como esa en este momento.

—Al principio, pensé que te odiaba y que me arrepentía de todo. Luego vi los últimos vídeos y en ellos sí te reconocí. Eras un hombre cansado y molesto con lo que hacías. Ya no existía la despreocupación de los otros.

—No podía seguir como si nada. Ya no soy el mismo que vino a Roma. Antes sabía que quería dejarlo. Tú has hecho que luche para hacerlo posible. ¿Por qué estás aquí? Llegas tarde.

—Me he visto todos tus vídeos... Algunos hasta dos veces y, al final, si vi al Nic del que me he enamorado.

—¿Has dicho que te has enamorado y me has llamado Nic al fin?

—Eso parece.

No sé qué decir. Me quedo mudo y por eso me acerco a ella, y la beso sin preguntarle más. Siento ahora mismo que tenemos todo el tiempo del mundo para contarnos tantas cosas.

El beso es intenso y lleno de promesas.

Doy una vuelta con ella y se ríe.

—Eres un exhibicionista. Nos está mirando todo el mundo.

—¿En serio? Yo solo puedo fijarme en ti.

—En serio —dice Rafa. Me tenso y me giro para mirarlo—. ¡Qué bonita pareja! —Lleva la cámara y nos está grabando, cosa que no me gusta ni un pelo—. Y más que os van a mirar porque yo hice una apuesta y él no te ha contado toda la verdad. —Le da al play a la tableta que lleva en la mano y lo vemos grabándose mientras Claudia y yo estábamos en la pista de hielo patinando—. Apuesto a que Two se va a enamorar y a que ella le va a plantar cuando sepa la verdad. Seguro que él no le dirá por qué se acercó a ella ese día en el Coliseo.

—Deja esto ya —le pido.

—¿Por qué te acercaste? —pregunta Claudia tensa y apartándose de mí—. Tenía un mal presentimiento pero no lo quería creer... ¡¿Por qué te acercaste?! —exige cuando ve que no digo nada.

—Por la amistad que tenemos deja esto ya —le pido a Rafa.

—No, ya que tú querías mandarlo todo a la mierda sin pensar en mí... Cuando suba este vídeo a mi canal tendré cientos de visitas. Gracias. Ahora ya puedes hundirte. Yo te ayudo. —Le da al play.

En el vídeo se me ve en el Coliseo buscando gente y entonces veo a Claudia.

—Esa —digo a la cámara—. Se nota que le acaban de romper el corazón, tiene cara de pena. Seguro que con dos piropos y unas caricias... Acabo por enamorarla en mi viaje. Apuesto a que se enamorará perdidamente de mí.

Se ve como me acerco a ella y como me presento, y hago el idiota al pasarle la mano por la cara. Lo hice en parte para que la gente se riera al ver el vídeo.

El vídeo sigue y se nos ve en el Coliseo, y como ella, poco a poco, va confiando en mí. También se nos ve comiendo y más vídeos de los dos que yo ignoraba porque, tras el Coliseo, le dije que lo dejaba, que no iba a seguir con esa apuesta.

—Y te ha enamorado. ¿A que es un idiota?

La bofetada de Claudia llega antes de lo que esperaba. Me cuesta reaccionar y la veo correr entre la gente.

—¡Le dije que no lo haría! —grito mientras un montón de gente que no sé de donde han salido, nos separan—. ¡Tienes que creerme! Vi que tú eres diferente...

La pierdo de vista y la gente no me deja llegar hasta ella.

—Y sí, he ganado la apuesta. Al fin Two ha recibido su merecido y ha probado en su propia carne lo que jode que apuesten sobre ti...

Apaga la cámara y le doy un puñetazo. Me lo devuelve y esto hace que los de seguridad nos separen y nos lleven a una sala perdiendo así mi posibilidad de llegar hasta Claudia.

Cuando salimos ha pasado casi una hora. Voy para embarcar y Rafa me sigue en la cola.

—La has perdido —me dice Rafa.

—Y tú también. No puedes subir ese vídeo sin su consentimiento.

—De los dos, yo siempre fui el más listo...

—El más capullo. Yo seguía tus guiones y tú convencías a la gente para que firmaran pero Claudia no firmaría nunca.

Saca de la mochila el contrato firmado.

—La has engañado. Ella se acaba de enterar...

—¿Seguro? Lo mismo le conté esto antes y ha querido darte una lección.

Me hace dudar por un segundo.

—No te creo. La creo a ella y lo que he visto en sus ojos. La has engañado a ella. Eres un ser rastrero; a saber cómo la has engañado para que te firmara esos papeles.

—Me lo pusiste a huevo al ir a patinar...

—¿Por eso nos has perseguido?

—Para tener más vídeos para el montaje final. Te etiquetaré.

—La voy a encontrar —le digo dejando mis cosas en las bandejas de control de acceso y pasando por el detector de metales.

—Suerte. Yo apuesto a que ella no es como el resto y te va a odiar para siempre.

Recojo mis cosas.

—Y yo apuesto a que tú te vas a quedar solo. A mí aún me queda una parte de alma. Tú la vendiste el día que decidiste hacer daño al único amigo que te quedaba; solo porque no aceptabas que no quería seguir tu camino.

Me marcho a buscar a Claudia dejando atrás a Rafa para siempre. Al principio de este viaje, antes de conocer a Claudia, le hablé sobre mi idea de dejarlo y se rio de mí. Me dijo que no podía y no me tomó en serio hasta que le dije que no pensaba grabar en Roma. Por eso llamó a nuestros patrocinadores, para que me presionaran y me recordaran la multa que debo pagar de romper el contrato. Nos peleamos porque vi su verdadera cara y que nunca había sido un amigo. Solo estaba a mi lado porque así podía tener dinero usándome. Esa fue la primera discusión de muchas.

Cada vez que lo veía, me recordaba que tenía que grabar y todo lo que iba a perder de no hacerlo. Ver su verdadera cara me tenía que haber puesto sobre aviso; yo que creía saber leer el alma de la gente, al final los sentimientos nublaron mi mente. Busco a Claudia por todos lados y no la veo.

Mi avión aún no ha salido.

Pregunto para ver si ha salido ya alguno para España y me dicen que sí,  
que uno para Alicante.

Siento como si alguien abriera el suelo bajo mis pies.

La he perdido.

# Capítulo 34

## Claudia

—Ten —me dice el hombre que llevo al lado en el avión, tal vez cansado de verme llorar desde que subí.

—Lo siento. No puedo parar.

—Si alguien te ha hecho llorar, es que no merece la pena.

Asiento y trato de no llorar más.

El viaje se me va a hacer eterno.

No dejo de pensar en todo. En las señales que vi y que ignoré por cómo me sentía a su lado. Me sentía de nuevo guapa, hermosa y deseable, y por eso lo pasé todo. No hice caso a las señales porque necesitaba, tras mi ruptura, sentirme querida y, por eso, cuando me contó quién era, lo ignoré. Cuando vi sus vídeos... también, porque sí... me enamoré, y eso contaba más que ese pescozón en el pecho de que algo no me cuadraba.

No me contó la verdad.

Me contó la verdad que yo podía soportar, tal vez para que su plan saliera bien.

Dejó que me enamorara.

Cuando empecé este viaje quería olvidarme de quién era al lado de mi ex, quería reencontrarme con la Claudia que quedaba tras una ruptura... Ahora pienso que ojalá nunca hubiera venido, porque los trozos que quedan de mi corazón, nunca se van a soldar.

El dolor que siento es mucho más grande porque me siento engañada, tonta y estúpida.

Yo creía que los flechazos existían, que el amor llega cuando no lo esperas y no por eso se siente menos. Me costó aceptarlo y lo hice con dudas y miedo pero, aun así, lo hice y lo iba a apostar todo a una carta.

Ahora no sé cómo reponerme de esto.

No sé mirar al frente y ver un nuevo amanecer.

Ahora mismo desearía recoger mis dos monedas de la fuente, pues en este momento no pediría un nuevo amor.

El amor duele... Duele mucho, y más cuando sientes que, si no te hubieras dejado llevar, nada de esto hubiera pasado.

## Niccolo

Trato de comprar un billete para Alicante y no consigo ninguno porque mis tarjetas no pasan. Llamo a mi banco y me cuentan que la cuenta que compartía con Rafa, donde él era el titular, ha sido cancelada y los fondos han sido trasladados a otra cuenta donde no tengo ni voz ni voto. El dinero que tengo es poco en efectivo ya que Rafa hacía días que no sacaba. Por suerte la cena de anoche la pagó mi patrocinador... Lo malo es que tuve que subir a mis redes sociales fotos hablando del restaurante porque ese era el trato.

Lo hacíamos así porque Rafa era el que daba la cara en lo referente a la publicidad y, como no quería que salpicara a mi familia y a la casa de mi familia, si salía mal, me sentía más cómodo así.

Confíe en la persona equivocada y ahora en mi cuenta solo tengo lo justo y no me da para un billete de vuelta, y para colmo he perdido mi vuelo.

Me siento en un banco y pienso en cómo se ha ido todo a la mierda en un solo día.

Llamo a mi madre para contárselo todo.

—¿Os falta para comer?

—No, hijo. Estamos bien. Me preocupas más tú. ¿Qué vas a hacer?

—Sé de un lugar donde puedo ir. Te llamo cuando vea cómo sale todo.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Mi madre no me ha dicho «te lo dije» ni nada de eso en lo referente a Rafa. No ha querido ahondar más en la herida, tal vez preocupada por como estoy yo con todo esto. Rafa era mi amigo desde hacía muchos años y, aunque no me gustaban sus formas, nunca esperé que me traicionara de esta forma. Una parte de mí creía que la amistad que nos unía sería más fuerte que todo esto.

Pero nada lo es si lo que te ofrecen es la fama.

Recojo mis cosas y con el poco dinero que tengo, pido un taxi para que me lleve al hotel de mis hermanos.

Mi idea era volver a su hotel, con Claudia. Convencerla para retrasar su vuelo unos días y que me acompañara a conocer a mi familia. Quería que ella estuviera cerca ya que me asusta un poco lo que me pueda encontrar. De hecho, llamé a Venus esta mañana para ver si tenían un cuarto disponible y, tras decirme que se alegraba mucho de que no me fuera sin verlos, me dijo que sí, y que si no tenían, lo fabricaba.

Todo lo pensé cuando al despertarme y hacer la maleta, me acordé de ellos y que, aunque había querido ignorar lo que siento, no podía alejarme ahora que nos habíamos reencontrado. Eran más reales que nunca.

El taxi me deja en la puerta y saco mi maleta tras pagarle. Me quedo un momento en la puerta. Venus me ve y espera a que entre con una cálida sonrisa en los labios.

Dudo un segundo antes de entrar.

En cuanto ve mi cara, se acerca y me abraza.

Me quedo quieto hasta que la envuelvo entre mis brazos. Nos quedamos un rato así, abrazados por primera vez. No me siento incómodo. Es como si todo estuviera bien. Y sí, es mucho mejor que en mis sueños.

—Ven y cuéntamelo todo, hermano.

Asiento y la sigo a la cocina donde estuvimos haciendo las pizzas. Pienso en Claudia, en su sonrisa y en cómo me dijo que me quería antes de salir corriendo asustada por culpa de Rafa y su sed de fama.

Pone algo de comer en una mesa que está cerca de una jardinera con colores rojos y, aunque no tengo hambre, pico mientras se lo cuento todo. Todo... desde que de crío no hablaba porque no me creía importante para hacerlo o porque tenía miedo de tener amigos y que estos fueran efímeros.

Me desnudo ante ella y llego hasta mi viaje a Roma.

—Tras nuestra visita al Coliseo supe que ella era especial y no quería meterla en mi mundo. Por eso lo cancelé todo. —Asiento y se lo sigo contando hasta el día de hoy—. Se ha ido creyendo que soy un ser rastrero que la usó para mi canal. No he podido explicarme.

—¿Y te vas a rendir?

—No, pero antes tengo que volver a España.

—Y no tienes un euro. —Asiento—. Te lo puedo prestar.

—No quiero hacerlo de ese modo. Estoy deseando llegar a ella pero no así, usando a mis recién descubiertos hermanos para ello. Me gustaría saber si me darías trabajo y así podría pagar mi billete de vuelta.

—Te lo daremos, pero siento que estás huyendo.

—No voy a dejar de buscarla, pero tal vez necesita tiempo para que cuando regrese a ella, si me perdona, sepa si lo que ha dicho sentir es real o fruto de este viaje.

—Te da más miedo el que te diga que ya no siente nada por ti, que el que no te perdone...

—Sí. Me recuerdas a mí. Ves demasiado de la gente.

—Sí, eso me dijo Claudia y ahora que has comido, te voy a decir cuál es tu habitación para que comiences a trabajar. Cuanto antes regreses, mejor. Pienses tú lo que pienses.

Asiento y la sigo a mi cuarto. Es el mismo donde nos cambiamos Claudia y yo porque estábamos empapados por la lluvia.

La miro y solo sonrío.

Entro y dejo mis cosas en la habitación.

Me siento en la cama y busco mi móvil. Busco la foto que nos hicieron juntos. Ella no la vio, pero yo solo tenía ojos para ella. Claudia sonrío a la cámara mientras yo me perdía en su sonrisa para no olvidarla jamás.

Dejo el móvil sobre la mesita y me cambio para salir a trabajar.

Por suerte Venus me da la suficiente tarea en la cocina con ella, lo que me impide pensar en nada más. No sé cómo ha sabido que aquí me sentiría a gusto. Tal vez por cómo me vio hacer la pizza. Debió de ver mejor que yo mismo que aquí me siento en mi hábitat. Hay muchas cosas de nosotros mismos obvias para los que saben leer las señales e ignoradas a propósito por nosotros, porque es complicado aceptar la realidad.

# Capítulo 35

## Niccolo

Estoy recogiendo la cocina cuando entra mi hermano.

—Con lo que has ganado hoy, te he conseguido un vuelo barato de vuelta dentro de cuatro días. No es que quiera que te vayas, pero no quiero que huyas de tu responsabilidad.

—¿Ejerciendo de hermano mayor conmigo? —le digo alzando una ceja.

—Eso parece. Venus me ha contado todo. Está viendo algunos de tus vídeos... Los que no han sido borrados.

—Eso es que Rafa quiere todo el protagonismo. No tardará en subir su vídeo estrella.

—¿Y qué vas a hacer?

—Lo estoy pensando. —Asiente.

—Bien, descansa que mañana quiero que conozcas a alguien... Unas personas especiales para mí.

Tras quedar con él temprano termino de limpiar y me marcho a mi cuarto. No consigo dormir en toda la noche y es por eso que poco antes de que amanezca, busco la cuenta de Rafa en YouTube y veo como su canal ha pasado de no tener seguidores a tener miles por mi vídeo.

Antes de verlo me meto en mi cuenta y borro todos los vídeos que Rafa no ha podido borrar. Una vez listo, me meto de nuevo en su canal y veo el vídeo que ha montado Rafa. En él se ve lo que nos enseñó y como va cortando para burlarse de mí por cómo me voy enamorando de Claudia. Ha estado en casi todas nuestras visitas y, aunque él encuentra gracioso ver cómo me enamoraba de ella, yo siento que este vídeo, más que hacerme daño, me favorece para la gente que de verdad me conoce. El final evita todo lo que nos dijimos en el aeropuerto y solo se ve a Claudia dándose cuenta de que había sido utilizada y como sale corriendo tras abofetearme.

La gente me pone verde por haberla utilizado y se alegran de que haya

probado de mi propia medicina. Dejo de leer los comentarios... Me dan lo mismo ya que ahora no quiero fama. No me importa que se hable de mí o no. No quiero esto.

He decidido romper con este mundillo.

Por eso apago el móvil y me levanto para ir a la cocina tras darme una larga ducha. Venus ya está en ella preparando comidas para el día de hoy. La ayudo, aunque ya no hace falta. Lo hago porque quiero estar a su lado.

—¿Has visto el vídeo? —me pregunta mi hermana tras servirnos un café. Asiento—. Por tu sonrisa no te preocupa.

—No, espero que ella sí vea la verdad.

—Si lo ve, puede que no quiera saber más de ti y no vea la cara de enamorado que tienes en los vídeos.

—Existe esa posibilidad, pero quiero pensar que lo hará. Por una vez, quiero creer que el destino no me da la espalda, al fin y al cabo fue él quien la puso en mi camino.

—Lo dices por tu nacimiento...

—Siempre he sentido que faltaba algo en mi vida o que no era digno de muchas cosas.

Coge mi mano y me la aprieta.

—Tuviste suerte, Niccolo. No has vivido al lado de un monstruo. Has vivido con una mujer que te quería y no has tenido que soportar ver como denigraba a tu madre... Has tenido suerte. Ahora estamos juntos. El tiempo pasado no va a volver por eso es mejor dejar de vivir anclado en lo que no se puede cambiar —me dice.

—Tienes razón.

La ayudo un poco más hasta que mi hermano entra en la cocina y me dice que lo siga a su casa. No vive muy lejos.

—No te gusta estar lejos del trabajo, ¿eh?

—No —sonríe—, pero este no es el único hotel que llevamos. Hace años nos expandimos y me toca viajar para ver cómo funcionan.

—Se nota que te gusta.

—Sí. —Llegamos a su casa y abre la puerta.

Nada más hacerlo una niña de unos cuatro años se lanza a sus brazos. La levanta y le da cientos de besos.

—¿Eres mi tío? —me pregunta en un perfecto español que me sorprende por su corta edad.

—Ese soy yo. El nuevo.

Me abraza y la cojo en brazos. Me da besos en la mejilla y se los devuelvo.

Es preciosa, con un pelo negro azabache y rasgos parecidos a su padre, por lo que sin poder evitarlo, veo cosas mías en ella.

Coge mi mano y me lleva a una salita. En ella, está la hija pequeña de mi hermano, su mujer y una anciana que, al verme, se pone a llorar.

—Has vuelto a casa... Ahora falta traer a tu madre. —Me abraza y sé que se trata de la madre de mis hermanos.

La abrazo porque se nota que es una buena mujer. Solo eso explica que tratara de apoyar a la persona con la que su marido la engañó, aunque empiezo a ver que en realidad su marido engañó a las dos y abusó de la confianza de una y de la inocencia y el amor de la otra.

Me quedo con ellos aprendiendo cosas de mi nueva familia y, aunque pensaba que me costaría más, me siento cómodo aquí.

Es tarde cuando llego a mi habitación y busco en Google donde puede vivir Claudia. Busco primero por pasajes españoles inspirados en galerías italianas y no me sale gran cosa. No saco nada en claro. Casi todas las imágenes son de Italia.

Busco lo otro me que me dijo sobre la tienda de ropa donde se había comprado su camiseta de Minnie Mouse que llevaba aquel día, La Provenza, y me sale enseguida una dirección en Albacete.

Pienso que al haberse ido en el vuelo de Alicante, es casi seguro que esa sea su ciudad, ya que Albacete está más cerca de Alicante que de Madrid.

Hay varias tiendas más, pero siento que es en la primera opción donde buscar, aunque, por si acaso, me anoto todas las direcciones del resto de tiendas y busco pasajes en Albacete. De inmediato me sale el pasaje de Lodaes y, al meterme en la Wikipedia aparece que está inspirado en las galerías italianas.

No tengo dudas de que es ahí donde debo buscarla.

Las redes son peligrosas. Nos pueden ayudar pero sin querer estamos expuestos al mundo, a la gente que nos quiere ayudar o buscar, o a los que nos

quieren lastimar. Con solo dos datos he sabido dar con su ciudad... Asusta ver como la tecnología, a la vez que nos acerca a todo, hace que nuestros datos y nuestra vida privada deje de serlo si no se tiene cuidado.

Me anoto toda la información pues pienso buscarla por esa tierra hasta encontrarla, pero antes, voy a subir un último vídeo y lo hago con el cartel del hotel de mi familia de fondo. Se lo debo por cómo se han portado conmigo al no juzgarme hasta conocerme.

Doy al play y solo digo una frase:

—Tienes que creerme, yo nunca seguí con esa apuesta. Y, aunque quiera, no puedo arrepentirme de que gracias a ella te conociera, porque me hiciste entender lo que era amar a primera vista.

Te voy a buscar.

Corto el vídeo.

Con esto acaba mi trayectoria como youtuber. Me da igual que la gente no me crea, que me critiquen, solo me importa que le llegue a ella.

# Capítulo 36

## Claudia

Espero a mi hermana tomando el que creo que es el mejor chocolate del mundo en la pastelería Chocolat MA&M de Albacete. Lo hago con un *brownie* espectacular y, aunque podría estar preocupada por coger algunos kilos de más, ni se me pasa por la cabeza porque de un tiempo a esta parte necesito comer mucho chocolate para aplacar mi dolor.

—Eres una egoísta y casi no me has dejado nada. —Mi hermana entra y me da un abrazo.

No nos habíamos podido ver antes. Más bien yo les pedí tiempo para poner en orden mis pensamientos, y lo comprendieron de inmediato.

—¿Qué tal todo?

—Eso debería preguntarlo yo —me responde.

—Estoy...

—¿Has visto el último vídeo del capullo de Rafa?

—El de cómo hundió a Niccolo, sí.

—¿Y?

—Nada.

Mi hermana me quita mi chocolate y me toca pedirme otro.

—No me digas que nada. Se nota que está pillado por ti, por mucho que su amigo haya querido haceros daño. Yo creo que son celos.

—Pensaba que no te caía bien Two.

—Ya, pero eso era antes de que me contaras toda la historia. Además, como dices, los últimos vídeos no son iguales y el que ha subido Rafa muestra la verdad para quien sabe mirar. Lo que no entiendo es por qué no está aquí ya, que te siguiera.

—Porque no le dije donde vivía... Es mejor así.

Mi hermana coge mi mano y alza mi pulsera. Me la quité pero, tras ver el vídeo, la busqué. No soy rencorosa y no me gusta hacer un castillo de un

grano de arena. He visto ese vídeo miles de veces... Nos he visto a los dos y cómo, cuando no me daba cuenta, me miraba. Sobre todo he visto su cara de dolor cuando vio que me creí todo lo que decía Rafa.

Lo he visto y he observado cómo se rompía.

Sé que lo he perdonado y, si no he dado el paso, es porque necesito saber si le importo tanto como para buscarme.

—No lo crees —me dice con la boca llena de lo que queda de mi dulce.

—Puedes comer tranquila.

—Es la costumbre. —Se relaja—. ¿Qué te preocupa?

—Que él, tras la separación, no sienta lo mismo. —Abre la boca para hablar—. Sé lo que sentimos allí, pero tal vez eso ya no exista...

—Puede ser. Pero eso no se sabrá hasta que lo veas y sepas si solo lo quisiste lejos de tu vida o lo quieres para siempre a tu lado, vivas donde vivas.

—Eso se verá, si viene.

—Vendrá. Y ahora dime cuándo has quedado con Eneko para hablar.

—Mañana. Es hora de que cierre ese episodio de mi vida y habrá otro con él... Tal vez como amigos.

Asiente y seguimos hablando de todo un poco. Sin querer miro la pulsera y la acaricio recordando las palabras de Niccolo. No dudo de lo que había en Roma, pero no sé si eso quedará al encontrarnos de nuevo.

¿Se ha acabado todo?

Por mi parte sé que lo sigo queriendo, que sin querer estoy haciendo con su recuerdo que sea parte de mis días aquí y se cuele en mi rutina. Pero sé que, si no lucha por mí, si no me busca, él no ha sentido lo mismo.

Ahora solo queda esperar.

Estamos pensando en irnos cuando me llega un mensaje de WhatsApp de una amiga. Es un vídeo de Niccolo.

Se lo digo a mi hermana y le doy al play para verlo las dos.

—¡Dios! Está colado por ti y va a encontrarte. Se le nota en la determinación de su mirada.

—Eso espero y, que cuando nos miremos, sintamos lo mismo.

—Ya verás como sí.

La miro nerviosa e ilusionada como no me sentía en años. Tal vez podría dar más vueltas a las cosas, pero, en este viaje, ya di muchas cuando

prefería hacerme la tonta a reconocer que lo quería.

## Niccolo

Llego a casa y abro la puerta. Encuentro a mi madre sola en el salón. Se gira y me mira, hay preocupación en sus ojos y noto como la esconde tras una máscara que hasta ahora no he sabido ver.

No he sabido ver la verdad de su historia, la de una niña enamorada, herida y marcada. Criando a un niño cuando ella apenas lo era. No he sabido ver que mi madre no hizo el amor, a mi madre la forzaron, aunque ella no lo supiera. Se aprovecharon de ella. Mi madre es una víctima que para sobrevivir se tuvo que endurecer y que tal vez un día no supo cómo acortar la distancia que había entre los dos. Por eso hoy no espero su abrazo. Hoy la abrazo yo.

La cojo entre mis brazos, y parece tan pequeña, tan frágil.

Es mi madre, la persona por la que soy lo que soy. Con todos mis defectos pero también con todas mis virtudes, y son gracias a ella.

—*Ti voglio bene mamma* —le digo por primera vez en su lengua natal—. Te amo, mamá —le repito esta vez en castellano.

Mi madre se rompe. Por primera vez en toda mi vida, veo como se rompe y la sujeto con fuerza, esta vez siendo yo su apoyo como ella siempre ha sido el mío. Aun cuando creía que era fría, era incapaz de ver que solo era una mujer que no sabía cómo acortar la distancia que nos separaba.

Nos sentamos a hablar y por primera vez lo hacemos de todo.

—Me fui de allí porque me avergonzaba...

—No fue tu culpa.

—Con los años lo ves, pero nunca he pensado en regresar.

—Nunca es tarde. Te quieren.

—No me importaría volver a mi tierra contigo. Quiero enseñártela desde mi punto de vista.

—Me encantará ir contigo.

Me siento ante el ordenador. Miro la cámara y pongo mi canal para borrarlo para siempre. Me han ofrecido mucho dinero por publicidad, para que cuente mi versión de los hechos como la gente espera y no solo ofrecer un vídeo donde me dirijo exclusivamente a Claudia.

Estuve tentado de hacerlo, pero, al hablarlo con mi madre, me dijo que no, que esto solo era la pescadilla que se mordía la cola, y que ya me había metido en muchos problemas. Esta vez los resolveríamos sin recurrir a ellos.

Borro una a una mis redes sociales y me siento libre. Pierdo miles de seguidores, de me gusta, de comentarios, de amigos falsos, de postureo...

Pierdo una vida que no es la mía.

A la hora de la verdad, estás solo y las personas que de verdad te quieren, no están pendiente de tus redes o de tu vida irreal en ellas; esas personas saben quién eres y qué necesitas sin necesidad de mirar tu última publicación.

Eso es lo que de verdad importa. Saber apreciar la vida real porque, como no la cuidemos, la perderemos para siempre por mucho que seas famoso en internet.

Sonrío pese a todo, porque siento que el lastre que llevaba a cuestas desde que hice esto, se desvanece. Por fin, soy libre.

# Capítulo 37

## Claudia

Espero a Eneko en el precioso pasaje de Lodares de Albacete, tomando mi té preferido, Paraíso, en el Elefante de Jade.

No tardo en verlo venir:

Me mira y cuando ve que le sonrío se relaja.

No puedo negar que lo quiero, pero no estoy enamorada de él.

Tal vez en verdad nunca lo estuve. Ahora que lo comparo con lo que me hace sentir Niccolo, no se parece a nada de lo vivido con mi ex.

Lo miro a los ojos y veo la realidad que, aunque quise quererlo y que fuera mi marido, el padre de mis hijos, y envejecer a su lado, en verdad nuestros caminos hace tiempo que partieron por separado.

—Hola —me saluda cuando llega a mi lado.

—Hola. —Nos miramos como tontos y lo abrazo.

Me abraza aliviado.

—No sabía cómo volver a ti... No porque quiera volver —me dice torpe—. Lo que quiero decir...

—Te entiendo. La mitad de mi vida la he pasado a tu lado. Eres parte de mi vida y no quiero tenerte lejos.

—Como me alegra que digas eso.

Nos sentamos y se pide otro té de la carta junto a unas galletas.

No tardan en traérnoslo.

Eneko se fija en que la gente no para de mirarme.

—¿Qué tal estas?

—¿Tú también lo has visto? —Sonríe y asiente—. Estoy bien, solo es que odio ser observada. Esta gente no me conoce de nada. Quiero mi vida privada.

—Pasará. Es una moda. Cuando pase algo nuevo, serás historia.

—Espero que pase pronto.

—Seguro que sí. Esto va así. Un día estás en lo más alto y al día siguiente te arrastra la corriente hacia el olvido. Te repito, ¿cómo estás? Te conozco y sé que te gustaba ese hombre.

—Estoy... ¿Y tú? —Sonríe y por su mirada sé que hay alguien—. ¡Dime quién es ella!

—Me conoces bien, pero no sé si...

—Tú me has visto besando a otro. Creo que no puede ser más incómodo que eso.

—Cierto. Se trata de María...

—¿Tu compañera de trabajo? —Asiente—. Te dije que estaba colgada por ti.

—Ya, y yo por respeto a ti no hablaba mucho con ella salvo del trabajo, pero cuando lo dejamos, no tenía por qué no hacerlo... Empezamos a quedar... Me gusta mucho. Más de lo que pensaba.

—Me alegro mucho por ti.

Cojo sus manos y lo miro feliz. Feliz por poder estar así juntos sin tener que aparentar, ni esperar nada.

Me fui de viaje para poder ver qué quedaba de mí tras la ruptura y saber vivir tras ella. En mi mente, pensaba que así cerraría una etapa de mi vida para siempre, sin saber que solo era un punto y aparte, que contaba una historia diferente esta vez de dos amigos que, tras haberse querido, aprenden a ser solo eso: amigos.

Yo quería un punto y final, y encontré algo muy distinto que es lo que me hace feliz.

## Niccolo

Llego a La Provenza.

Al entrar a esta coqueta tienda, me recibe un letrero en la pared que cita: «Bienvenidos a mi pequeño comercio». Me gusta porque lo hace acogedor, como si este lugar fuera como su casa y te invitara a ser parte de su mundo.

La dependienta está atendiendo a una mujer. Le cobra y me ve, por su

cara sé que me ha reconocido y, cuando nos quedamos solos, me mira de manera acusadora.

—No ha estado bien lo que has hecho.

—Lo sé, y por eso, he venido a buscarla. No dudo que sabes a quién.

—A Claudia. —Asiento. Me mira a los ojos fijamente y sé que trata de ver de qué palo vengo. Dejo que me vea sin mis muros—. Está en el pasaje de Lodaes. Me dijo que te habló de mi tienda y que si venías, podía informarte de cómo encontrarla. —Que le haya dicho eso, me da una pizca de esperanza—. Nunca la traicionaría. Ha estado aquí hace poco e iba hacia allí. No queda lejos de aquí.

—Gracias...

—Como le hagas daño... Es una buena chica.

—Lo sé. Vengo a dar la cara por lo sucedido y a luchar por ella. Merece la pena.

Asiento sonriente.

Me despido de esta buena mujer y voy en busca de Claudia, deseando que no sea demasiado tarde.

## Claudia

La gente me mira y algunos sacan el móvil, y me apuntan. Antes de girarme sé a qué se debe.

Niccolo está aquí.

Ha llegado el momento de reencontrarnos y ver si todo se quedó allí en Roma.

# Capítulo 38

## Claudia

Observo a Niccolo y siento como mi cuerpo tiembla.

Tras su vídeo sabía que vendría, pero, aun así, tenía miedo de que por el camino se arrepintiera.

Nos miramos a los ojos y ahí está esa chispa y esa atracción que nos atrapó la primera vez. Es más intensa, más fuerte y muy real.

Noto mi corazón desbocado y, cuando me levanto para ponerme a su altura, las piernas me fallan.

—Antes que nada quiero pedirte perdón a la cara y decirte la verdad. — No digo nada porque no puedo hablar. Estoy temblando por lo que siento al tenerlo delante de nuevo—. Sí, me acerqué a ti porque te vi vulnerable, pero, tras nuestra visita al Coliseo, le dije a Rafa que no iba a seguir con la apuesta, que tú eras especial. No le gustó que lo dejara todo, y menos cuando le dije que no sabía si tras el viaje, seguiría con los vídeos.

»Pensé tontamente que como amigo lo entendería. Pero no fue así.

»Me presionó con los de la publicidad y los contratos firmados, y me tocó grabar en Roma para poder tenerlo contento, para que me dejara momentos a tu lado lejos de su mundo. No te lo dije porque quería mi momento de paz, lejos de esa mierda y tú me lo dabas. A tu lado, no me sentía mal por todo ello. —La gente se acerca más y Niccolo se pone algo nervioso por tanto público, pero no se detiene—. Lo nuestro ha sido real. Él lo ha manipulado todo porque, si lo dejaba, perdía su fuente de ingresos. Me quiso hacer daño.

»Te prometo que siempre he subido vídeos con el consentimiento de la gente, como te dije. Justificaba lo que hacía con esas autorizaciones, porque pensaba que, si fuera tan malo, al menos una persona se hubiera negado. Pero no puedo seguir engañándome a mí mismo, ignorando que yo no veo bien engañar a la gente solo por tener más seguidores y patrocinadores. No soy

feliz. Por eso he roto con todo y, a partir de ahora, paso de vidas falsas. Solo quiero una vida real... A tu lado.

»Era cierto lo que te dije. Te quiero y, aunque la gente no entienda como se puede amar en una sola semana, eso es lo que yo siento por ti.

—Yo... —Me callo por los nervios no porque no tenga clara la respuesta.

Coge mis manos.

—He tardado en llegar porque me enfrenté a Rafa y nos detuvieron los de seguridad, cuando pude embarcar tú ya estabas volando y vi que había salido un vuelo a Alicante. Salí para poder comprar un billete con esa dirección y no pude porque mis cuentas habían sido canceladas por Rafa. Perdí mi vuelo y estuve trabajando en el hotel de mis hermanos hasta poder regresar a España. —Ahora comprendo por qué se veía de fondo el cartel del hotel de Venus y Rafaelo y entiendo que lo hizo así para dar publicidad a su familia—. Fui para encontrarme con mi madre porque tenía que verla antes de seguirte... Y por eso he tardado tanto en aparecer, aunque tengo algo muy claro y es que ahora mismo no me quiero separar de tu lado, si tú me dejas. ¿Puedes decir algo? Sabes que no se me da muy bien hablar de mis sentimientos.

—Lo raro es que no me cuentes todo lo malo que tienes para que me aleje.

—Lo haría, pero ya sabes que tengo muchos defectos.

—Como todos, Nic. —Que lo llame así lo relaja. Lo hice solo una vez antes de decirle que lo amaba—. Me costó perdonarte pero vi el vídeo de Rafa y vi la verdad sin necesidad de escuchar tus palabras en el último vídeo. Te supe ver a ti, a nosotros y a nuestra historia real, manipulada por alguien que no acepta la derrota. Solo esperaba que volvieras y, que al mirarte, lo que sentí no fuera fruto de un viaje.

—¿Y lo es? Sabes que lo aceptaré. No te agobiaré si me quieres lejos.

—Lo sé. —Alzo la mano y acaricio su mejilla—. Me enamoré de ti de verdad, Nic. Lo que siento por ti hubiera pasado en cualquier lugar. Como tú dijiste, el tiempo solo hace el amor más profundo, pero no menos real.

Me acerco a besarlo pero alguien se pone delante... Eneko.

—Ella es muy importante para mí. Ahora es una gran amiga y no quiero

que le hagas daño. Como esto sea un truco, te cortaré los huevos. —Me sorprende la defensa de Eneko y sé que es real, que se preocupa por mí.

Lo abrazo un segundo.

—Soy feliz.

Me mira a los ojos y asiente.

—Y yo solo quiero eso. Que ella haga lo que desee y quiera.

Eneko me guiña un ojo y, tras recoger sus cosas, se marcha. Lo veo alejarse sabiendo que esta vez no es para siempre, que es solo un hasta luego, solo que al fin sé qué lugar ocupa en mi vida ahora.

Miro a Niccolo y me sorprende verlo aquí, en este pasaje por donde tantas veces he pasado.

Es real.

Como lo que siento por él.

Alzo la mano y acaricio su mejilla. Me muero por besarlo, pero me lo tomo con calma. Tenemos todo el tiempo del mundo ahora. Al fin no es un amor contrarreloj ni una aventura con final. Tal vez lo tenga o no, y no saber qué pasará es lo que me hará luchar por lo nuestro cada día.

Me alzo y dejo un tímido beso en su mejilla, antes de perderme en sus ojos, esos que me sonríen y me miran enamorados; y lo beso como me muero por hacer tras nuestro último beso.

Sus labios saben a él. Los míos a té. Ese sabor a Paraíso nos envuelve pues, entre sus brazos, es donde siento siempre que viajo.

Al fin, esta vez, cuando me abraza y yo lo abrazo a él, no siento miedo, no tengo dudas... No tengo prejuicios por amar tan rápido.

Al fin reconozco que Niccolo es el youtuber que me enamoró y es que, aunque no me guste su pasado, no puedo ignorar que este nos hizo conocernos y llegar hasta este punto.

Al fin y al cabo, dicen que muchos aciertos se consiguen tras un error.

Tengo suerte de que a mí no me dé miedo equivocarme porque, al fin y al cabo, eso es la vida.

# Epílogo

## Niccolo

—Perdona —digo acercándome a mi mujer, la mujer de mi vida y la madre de nuestra hija que no para de llorar en mis brazos.

—¿Sí?

Se gira y la miro con el Coliseo de fondo, como aquella vez, hace ya cuatro años. Parece mentira que haya pasado tanto tiempo desde que nuestros caminos se encontraran por primera vez.

—Tu hija quiere estar contigo.

—Raro porque está enamoradita de su padre.

La pequeña sonríe cuando le guiño un ojo.

Se la tiendo a su madre y me acerco para dar un beso a Claudia.

—Si ese día te llego a besar así me la hubiera cargado, pero te mentiría si no te dijera que lo deseaba desde que te vi.

—Yo también. Y sí, te la hubieras cargado.

Acuna a nuestra hija que ya tiene sueño y le gustan los brazos de su madre.

Las miro a las dos, enamorado de ellas. Saco el móvil y les hago una foto para mi álbum personal.

Desde que dejé las redes, no he querido saber nada de ellas. Me centré en estudiar y en prepararme para abrir el primer hotel de la cadena de mis hermanos en España, exactamente en Asturias, la tierra donde vivo con Claudia y mi hija.

Tuvimos una relación a distancia de idas y venidas hasta que Claudia consiguió trabajo en Asturias, y se trasladó. Yo le dije que yo también podría hacerlo pero se enamoró de mi tierra cuando vino a conocer a mi madre, y quiso quedarse aquí.

Mi madre viajó a Roma con su marido hace ya tres años y se reencontró con su pasado, y siento que desde ese momento, algo cambió en ella. Como

si la culpa, que ahora sé que sentía, se disipara al aceptar que no debía sentirse así porque abusaran de ella.

Ahora es más feliz.

—¡Vamos o qué! —grita Venus al lado de mi madre que se ríe.

No me canso de ver su sonrisa, de verla feliz, ni de abrazarla... Lo hago siempre que quiero, ya no espero más de nadie. Si quiero algo, lo hago. No tengo que mendigar el amor. Lo tengo que dar, porque es una cuestión de dos.

Vamos hacia donde nos espera nuestra gran familia con una sonrisa y no sé si Claudia lo pensará, pero yo doy gracias a que hace años el destino nos hiciera encontrarnos por primera vez en esta ciudad a la que llaman Eterna y que, como ella, espero que lo mío con Claudia lo sea... Una relación eterna.

Yo pienso luchar por ello, cada día de mi vida. Luchar porque al despertar me mire y una vez más sienta el flechazo que nos unió, y nos hizo entender que, aunque algunos amores son lentos, otros llegan tras una sencilla e intensa mirada.

**Fin**

# Tiramisú con canela

Hola a todos.

Os dejo a continuación la receta que se hace en mi casa del Tiramisú con canela.

Debido a una alergia al chocolate de un miembro de mi familia, yo propuse probar a utilizar canela, en vez de chocolate, y desde entonces lo hacemos así.

Nos gusta mucho.

Espero que os animéis a hacerla y me enviéis vuestras fotos, comentarios... para contarme qué os parece esta versión del tiramisú.

## Receta

### Ingredientes

- 3 huevos.
- 10 cucharadas de azúcar.
- 200 gr de nata.
- 200gr de queso mascarpone.
- Café, al gusto.
- Ron.
- Soletillas, un paquete más o menos.
- Canela, al gusto.

### Preparación

Hacemos el café y lo reservamos en un bol con un chorrito de ron y, si nos gusta dulce, un poco de azúcar al gusto.

Ponemos en un bol el mascarpone. Separamos las yemas de las claras. Las yemas las ponemos en el bol del mascarpone y las claras las dejamos en otro para montarlas posteriormente.

Mezclamos primero las yemas con el mascarpone y las 10 cucharadas de azúcar.

Una vez listo, reservamos.

Montamos las claras a punto de nieve, y reservamos.

Montamos la nata.

Una vez esto está listo, mezclamos la nata con la mezcla del mascarpone, las yemas y el azúcar. Lo hacemos con movimientos envolventes, de abajo arriba, con tranquilidad, para que la mezcla no se baje y coja fuerza.

Una vez lo tenemos mezclado, hacemos lo mismo con las claras. Lo unimos con movimientos envolventes.

Lo reservamos.

Cogemos una fuente y mojamos en el café las soletillas hasta que queden empapadas. Como a mí no me gusta que el café chorree mucho, yo luego las aplasto con la mano para quitarle el exceso de líquido.

Una vez las tenemos, la ponemos en la fuente hasta cubrirla.

Echamos la mitad de la mezcla que hemos reservado. Una vez está listo, volvemos a poner más soletillas mezcladas con el café.

Luego el resto de la mezcla y para finalizar la canela encima, al gusto.

Se mete en el frigorífico y, tras unas 6 horas, se puede comer, aunque a mí me gusta más de un día para otro.

¡Espero que os guste y lo disfrutéis!

¡Es uno de mis postres sin chocolate preferidos!

# AGRADECIMIENTOS

A mi familia, gracias por estar siempre a mi lado en todo. Esto es mejor a vuestro lado. Os quiero.

A Merche por escucharme siempre, ser un gran apoyo para mí y por ayudarme con mis libros dejando su granito de arena, y sus sabios consejos.

A Clara y Natalia, por estar siempre ahí.

A Ediciones Kiwi por creer en mí siempre y por seguir apostando por mis novelas y cuidarlas tanto como yo.

A todos mis lectores, los que ya me conocen y los que espero que lo hagan. Gracias por soñar conmigo y amar mi mundo tanto como yo.